

OLGA SALAR

CÓMO SOBREVIVIR AL AMOR

Planeta

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Epílogo

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

CAPÍTULO 1

«Nora, deja a tu hermana»
(Belén, madre de Nora y Marta)

Era bastante evidente que las tres mujeres, que hablaban acaloradamente en medio de la panadería, eran familia. No porque su conversación las delatara ni porque sus cabellos, sus ojos, o su tono de piel fueran delatores de la relación que las unía. Más bien el parecido entre ellas residía en sus gestos. En las expresiones tan parecidas e igual de contrariadas con que se miraban las unas a las otras.

La más joven de las tres, Marta, miró a su madre con los ojos abiertos como platos mientras su hermana mayor, Nora, se reía de ella sin el menor disimulo.

—¡Joder! No puedes estar hablando en serio. ¡Me cago en la leche! ¡Dime que es una broma!

—Esa boca, niña. Te la voy a lavar con jabón —la regañó su madre al tiempo que arrancaba un trocito de papel del único anuncio pegado en el cristal del establecimiento —. Yo no bromeo, al menos no lo hago con las cosas serias. Y el inglés es imprescindible en los tiempos en que vivimos.

Consciente de que su hermana estaba a punto de estallar de rabia, Nora se dio la vuelta fingiendo que miraba algo que estaba más allá de su familia. La dirección que estaba tomando la discusión entre su madre y su hermana le estaba impidiendo mantenerse formal por más tiempo. Por un lado, Marta no dejaba de maldecir, y por el otro, tampoco era plan atraer más la atención de los clientes de la panadería, que a duras penas les quitaban la vista de encima.

—Mamá, no puedes hacerme esto. Haré lo que quieras, pero, mami, no me hagas ir.

—Por Dios, Marta, que solo son clases de inglés. No dramatices, hija. —Su hermana mayor estaba empezando a sentirse incómoda, teniendo en cuenta la cantidad de gente que las miraba en la panadería.

—Hasta mañana, Adela —se despidió Belén, la madre de las chicas, de la panadera, caminando delante de sus hijas, que la seguían cada una centrada en lo suyo—. Si vais Nora y tú juntas a las clases, nos ahorraremos un dinerito para las vacaciones de verano, y aprovecharemos el dinero invertido en las clases.

La tienda estaba a la vuelta de la esquina de su casa, por lo que todos los parroquianos conocían a la familia, los que no simplemente comprendían lo complicado que era lidiar con dos hijas en esa edad en que ni eran adolescentes ni adultas propiamente dichas.

—Y si no voy ahorraremos más. Mami, por favor. ¡No quiero ir!

—Marta, estás empezando a cansarme.

—Pero es que no es justo que sea Nora la que suspenda inglés y me toque a mí pagar el pato. Es ella la que tiene que aprobar para entrar en la universidad, no yo.

—El inglés es bueno para todos, Marta. Además, seguro que no te viene mal concentrarte en otra cosa que no sean los chicos.

Marta se quedó parada unos segundos, sorprendida por la respuesta de su madre, ¿cómo que los chicos no eran importantes? No cabía duda de que la edad causaba estragos en las personas, por muy inteligentes que fueran.

Echó a correr tras su madre y Nora cuando comprendió que no iban a esperarla.

—Mamá, en serio, dime qué tengo que hacer para salvarme y lo hago —insistió desesperada, comprendiendo que la excusa de las vacaciones no iba a servir para nada —. No puedes coartar así mi libertad. Soy una adolescente que necesita de su espacio para encontrarse a sí misma en el mundo.

Marta se calló de golpe cuando escuchó las risas de su hermana tras ella. De acuerdo que había sido un poco dramática, pero era justificado. ¡Estaba desesperada! Y su madre estaba tan acostumbrada a sus tácticas de evasión que iba a tener que esforzarse mucho para lograr su objetivo: escaquearse de las dichosas clases de inglés. Ella tenía las tardes ocupadas en asuntos más importantes.

Se sintió un poco mejor al comprobar que, aparte de Nora y de su madre, no la había escuchado nadie más. Al menos ya no estaban frente a las viejas chismosas del horno, aunque, a juzgar por la actitud de su familia, a ella era a la única que le importaba no hacer el ridículo en público.

—De acuerdo, haremos un trato, si eres capaz de dejar de decir palabrotas durante lo que queda de curso escolar, te libras de las clases de inglés. Si no lo haces, asistirás a ellas durante el verano, y adiós a las vacaciones. Estamos en marzo, Marta, son menos de cuatro meses. No es tan difícil. —Su madre se detuvo para encararla—. ¡Y desde ya te aviso que no es negociable! Ni una palabra malsonante.

—¡Joder, mamá! ¡Qué putada!

—Lo tienes difícil, bonita —comentó Nora, sin poder callarse—. Y deja de dar esos gritos, que se va a enterar toda Barcelona de que no quieres estudiar inglés.

Su madre enarcó una ceja antes de hablar.

—Nora, deja a tu hermana, y Marta, no te creas que porque no esté delante no me voy a enterar. Tengo ojos hasta en la nuca. Y espías por todas partes. Si te comprometes, tienes que cumplir.

—Tú no eres una madre normal, tú eres el jodido James Bond. ¡Me das miedo!

—Esa boca, Marta. Qué va a ser, ¿trato hecho? —ofreció extendiendo la mano.

—Sabes que nunca digo que no —aceptó esta estrechándosela.

Retomaron la marcha cada una de ellas satisfecha por haber conseguido lo que pretendía.

—Vistos tus últimos novios, quizás tendrías que aprender a hacerlo —se burló Nora en voz baja, pero no lo suficiente para que su hermana no la escuchara—. Decir que no de vez en cuando te hará más interesante, ¿no crees?

—¡Vete a la mierda, Nora!

—Mamá, Marta ha dicho *mierda*.

—Eso no es una palabrota, es una necesidad fisiológica universal —se defendió Marta, y girándose para encararla, le espetó—: Espero que tu profesor sea un cero patatero: feo, viejo y sudoroso. Te lo mereces por p... pava —dijo, corrigiéndose a tiempo.

—No voy a hacer nada con él. Solo me va a dar clase, aunque supongo que tú eres incapaz de aprender nada si no te lo enseña un número diez. —Se detuvo un instante y arqueó una ceja—. No, espera. Que para ti los dieces son animales mitológicos.

—¡Imbécil! —le soltó en un susurro.

—Mamáááááááááá, Marta ha dicho una palabrota.

CUATRO SEMANAS DESPUÉS...

Nora no tenía dudas al respecto, disfrutaba de una vida estupenda, puede que últimamente un poco aburrida, ahora que su hermana se había convertido en santa Marta de Jesús, pero estupenda al fin y al cabo.

De hecho, si dejaba fuera del tanteo que tenía que aprobar inglés para poder graduarse y hacer la selectividad, que su vida amorosa era un desastre y que no se preveían vistas de mejora, pasaba de estupenda a sensacional. Porque, aunque esos eran puntos que tener en cuenta, el disfrutar de unas amigas maravillosas, comer sin engordar y tener la mente repleta de ideas y el empuje necesario para llevarlas a cabo ganaban la partida a todo lo demás. Después de todo, era una realidad que el amor estaba sobrevalorado.

—Nora, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho? —preguntó el improvisado profesor de inglés que su madre le había impuesto, y que había resultado ser uno de los estudiantes de Derecho que vivían en el quinto piso de su edificio.

Estaban sentados alrededor de la enorme mesa del comedor de Fran, justo en el piso de arriba del que Nora compartía con sus padres y su hermana. A pesar del tamaño del mueble, apenas se veía la madera, enterrada entre libros de leyes, manuales de Derecho e infinidad de apuntes. De hecho, estaba igual que el primer día que había entrado en el salón cuatro semanas antes. Como si en todo ese tiempo no hubieran movido un solo folio.

—¿Dónde coméis? Es imposible que desmontéis esto dos veces al día y que os quede exactamente igual.

—¿Qué?

—¿Dónde coméis? Aquí hay mucho trasto.

—No son trastos, son apuntes de clase. El material más valioso de cualquier estudiante.

—Vale, pero ¿dónde coméis?

Fran se llevó las manos a la cabeza, y ella estuvo a un segundo de detenerle. Convencida de que tocarse mucho el pelo, al menos en su caso, no era una buena opción,

puesto que las entradas de Fran apuntaban a una calvicie inminente y sin otro remedio que un implante capilar.

—En la mesa de la cocina.

—Ya decía yo que aquí no podía ser.

—Nora, vas a tener que concentrarte si quieres aprobar tus exámenes. Tienes que tomártelo en serio. Además, tendrás que aprobar la selectividad si quieres sacar la nota que te piden para matricularte en…

Cerró los ojos y casi creyó estar escuchando a su mejor amiga, Gisela, alias *Pepito Grillo*, dándole un sermón. Gisela era la amiga que toda madre quería que tuviera su hija: educada, recatada, estudiosa, seria y sumamente responsable. La hija perfecta, la amiga perfecta. Demasiado perfecta para dejarse llevar por las hormonas, lo que se traducía en que a sus dieciocho años todavía no había disfrutado de su primer beso en condiciones.

De repente, una de esas ideas que hacían que Nora fuera esa persona ingeniosa y metomentodo surgió en su cabeza y se extendió por ella elaborándose a cada palabra que Fran pronunciaba, y que ella ignoraba deliberadamente y sin remordimientos de ninguna clase.

Acababa de descubrir que no había dos personas más afines que Gisela y Fran, incluso sus sermones sonaban similares, y, cómo no, seguían las mismas pautas: tendrías que dejar de hacer esto y hacer esto otro…

Aunque, para ser justa, tenía que aceptar, en favor de Fran, que su profesor particular tenía más sentido del humor que su mejor amiga, que era un palo. Por lo demás eran perfectos el uno para el otro: sosos, responsables y perfectamente educados.

Abrió los ojos y le miró con una sonrisa brillando en ellos:

—Fran, ¿tienes novia? ¿Amiga especial?

Él achicó los ojos, especulando sobre la razón que motivaba la inesperada pregunta.

—No, ¿por qué? ¿No estarás pensando en pedirme que salgamos juntos? —Su cara era seria mientras hablaba—. No sería ético, ya sabes, soy mayor y soy tu profesor…

—No, yo… Había pensado… Que a lo mejor…

—Nora, déjalo. Te estoy tomando el pelo —confesó riéndose de su azoramiento—. No eres mi tipo, a mí me van las rubias, aunque reconozco que las pelirrojas no estáis tan mal —siguió con la broma.

Nora se alegró de que fuera su pelo el tomado y no el de él. Dadas las circunstancias, ella era la única que podía permitirse perder algún mechón.

Respiró más tranquila y se rio con Fran, que parecía haber disfrutado con su incomodidad. «Sí —pensó—, definitivamente, Fran sabe reírse.» Y por si necesitara algún incentivo más, acababa de confesarle que le gustaban las chicas rubias, lo que convertía a Gisela en la mujer de sus sueños, aunque todavía no sabía que los tuviera.

Tenía que conseguir que su nuevo vecino y su mejor amiga se conocieran. Qué narices, ella era una persona completamente altruista, y había decidido dedicar el valioso tiempo que tenía para aprobar inglés a conseguir que Gisela, la virtuosa, se estrenara, en más de un sentido. Y encima para lograrlo le había buscado a un estudiante universitario, la fauna más codiciada entre las estudiantes de bachillerato.

Sí, volvió a la carga, era una amiga estupenda, y es que no solo le estaba haciendo un favor a Gisela, sino que también iba a conseguirle a Fran una novia antes de que se quedara sin pelo.

CAPÍTULO 2

«¿Quieres quedar fuera de clase para practicar inglés?»
(Pablo)

Los lunes eran el peor día de la semana para la gran mayoría de la humanidad por muchas y diversas razones: porque con ellos siempre comienza una larga jornada hasta el próximo fin de semana, porque después de dos días de descanso volver al trabajo se hace más cuesta arriba, el regreso a las obligaciones… Elegir es fácil, puesto que la lista es amplia.

No obstante, y a pesar del extenso abanico, para Nora era un suplicio mayor por motivos más enrevesados que para la mayoría.

Para comenzar, el día se inauguraba con una clase de inglés, lo que le molestaba porque: A) no había forma de que entendiera las estructuras de los condicionales ni, ya puestos, ninguna estructura verbal en general, y B) su compañero de mesa era Pablo, el morenazo de ojos azules que se sentaba a su lado en clase de inglés, lo que la llevaba directamente a los puntos: B1) era incapaz de decir nada inteligente en inglés con él cerca, y B2) era incapaz de decir nada inteligente en español con él cerca. Lo único que hacía el día soportable era la expectativa de que al terminar la jornada se reuniría con sus amigos en las clases de baile, a las que asistían todos juntos cada lunes por la tarde y los sábados por la mañana.

Entró en el aula fingiendo que escuchaba el parloteo de Gisela sobre el nuevo paso que había inventado para las clases de baile, siguiendo su habitual rutina de asentir cuando ella se callaba y parecer interesada cuando hablaba. Gisela era su mejor amiga por muchas razones, aunque no lo fuera por su parloteo dogmático y puritano.

Nora se fijó con disimulo en su atuendo, llevaba unos vaqueros sin forma, unas bailarinas de comunionera y bajo la chaqueta se adivinaba un suéter de color rosa, obviamente, que no atraía la atención de nadie. Se dijo que el primer punto para conseguirle un novio a su amiga pasaba por ir de compras.

Tras encaminarse cada una a su sitio en clase, inglés era la única asignatura en la que se sentaban por orden alfabético. Nora se detuvo frente a la mesa de Tania con intención de evitar cualquier tipo de conversación con su guapo compañero de mesa, lo que no la eximía de verse obligada a hablar con él en las prácticas de la asignatura si pretendía aprobarla de una vez por todas. El pobre Fran se estaba esforzando por ayudarla a comprender la gramática, y no quería defraudarle.

Aprovechando que Gisela se fue directamente a su mesa, le hizo una seña a Mateo para que se acercara hasta allí y ponerles al día de su plan:

—He encontrado el chico perfecto para Gisela —susurró arrodillada frente a la mesa de su amiga.

—Ahhh —fue la única respuesta de Tania.

—¡Joder, hija! ¡Qué expresiva! Últimamente, si no hablas de Miguel, no dices nada que tenga más de una sílaba —la regañó su amiga, para quien Tania se estaba colgando demasiado de su novio. Vale que fuera guapo, pero no había que tenerle todo el día en la cabeza.

La única respuesta que obtuvo fue que Tania le arrugara el ceño. Muy expresiva, sí, señor, se dijo Nora.

Mateo, en cambio, fue más hablador. En su opinión, demasiado.

—¿No crees que debería ser Gisela la que lo encontrara? Más que nada para que sea de su gusto y esas cosas.

—Para eso debería buscarlo y sabes que no lo hará hasta que cumpla los veinticuatro, que es la edad en la que planea casarse, y seguramente eso incluya perder la virginidad en la noche de bodas.

—Ahí tiene razón Nora —apoyó Tania—. Gisela tiene su vida planeada punto por punto y no hará nada que la saque de su esquema.

—¿Y quién es el elegido? —aceptó Mateo, eran dos contra uno y era demasiado temprano para discutir. Tres si contaba a Marta, su hermana y benjamina del grupo, que seguro que se pondría de parte de ellas, más que nada por llevarle la contraria a él.

—Mi profesor de inglés. Es simpático, inteligente y le gustan las rubias.

—No puedo opinar, no lo he visto —zanjó Tania, y añadió con una sonrisa cariñosa —: Pero me fío de tu criterio.

—Yo tampoco lo he visto, pero opinar opino. Y opino que quizás es un poquito mayor para Gisela. Ya sabes, más… experimentado —señaló Mateo, mirando en la dirección de su amiga, quien estaba sentada erguida con los bolígrafos encima de la mesa y los folios perfectamente colocados.

Nora no pudo exponer que esa era la parte más importante del proyecto porque la profesora entró en el aula en ese instante, y todos se instalaron con rapidez en sus pupitres.

Nora se sentó como siempre, evitando mirar a Pablo y centrando su atención, aparentemente, en lo que la profesora decía. Aunque en realidad era plenamente consciente de cada uno de los movimientos de su compañero de clase.

Intentando mantener la calma, se dedicó a pensar en Gisela y en la mejor manera de conseguir que esta se enamorara de Fran. Que él se sintiera atraído por su amiga no lo veía tan difícil. Al fin y al cabo, Gisela podía ser puritana y gruñona, pero era rubia, delgada y atractiva. Fran sería un tonto si no se colgaba de ella nada más verla.

Regresó al planeta tierra cuando la profesora levantó el tono de voz al regañar a Mateo:

—Estoy segura de que tu conversación es fascinante, pero ¿podrías dejarla para después de clase? —pidió con un tono educado que no auguraba nada bueno.

—Estamos hablando de la asignatura, profesora —se defendió este, logrando que media clase se echara a reír.

—¡Mateo!

—*Yes, teacher*. Me callo —se guaseó el aludido, que fue coreado por toda la clase.

—*Now!* —bramó ella, molesta por el tono burlón de su alumno—. ¡Seguid con el diálogo! Y no olvidéis añadir el *future perfect continuous*, que es el tiempo que repasamos hasta la saciedad la semana pasada.

Dicho esto, se sentó en su silla, vigilante y malhumorada. Exactamente igual que todos los días.

Nora se dio la vuelta para mirar en la dirección de Mateo, que sonreía triunfal por haber sacado de quicio a la estirada de inglés. Su amigo le guiñó un ojo e hizo un leve gesto con la cabeza señalando a Pablo, quien le habló en ese preciso instante, dejándola completamente desconcertada porque, a pesar de sus anteriores balbuceos, todavía parecía tener alguna esperanza de mantener con ella una conversación normal.

—Deberíamos hablar en inglés… Ya sabes —comentó con risa en la voz—. Después de la actuación de Mateo, no nos conviene enfadarla. Por muy divertido que sea verla ponerse verde.

—Sí, claro… Yo…

—¿Sabes? Tengo una hipótesis y necesito de tu ayuda para convertirla en teoría. Creo que para que nuestras conversaciones sean más fluidas necesitamos quedar fuera de clase. Nos tomamos algo y hablamos sin presiones, y seguro que nuestras notas en inglés mejoran como por arte de magia. ¿Qué piensas de ello?

—¿Quieres quedar fuera de clase para practicar inglés? —inquirió Nora sorprendida.

—No, quiero quedar contigo y uso la excusa del inglés para que me digas que sí. —Nora notó que se le desbocaba el corazón y comenzaban a sudarle las manos.

—Vale.

—¿Vale aceptas o vale te entiendo? —su voz volvió a sonar divertida.

—Las dos. —«Eso es, Nora, tú sigue dando discursos cada vez que hablas con él», se recriminó.

—Vale.

—Sí. —Lerda, era una completa lerda.

El club de los cinco estaban reunidos en la cafetería del instituto, vagueando hasta que comenzaran las clases de la tarde. Sentados alrededor de la mesa más alejada de la barra y más cercana a la puerta de entrada. En la zona reservada a los estudiantes de último año. Habían tenido que esperar tres años para poder sentarse allí, y ahora se estaban desquitando. En cuanto sonaba el timbre que anunciaba la hora de comer, o alguna hora libre entre medias, uno de ellos salía disparado, dejando que los demás le recogieran los apuntes y la mochila para hacerse con ella antes de que se les adelantaran.

En esos momentos, cada uno estaba perdido en sus pensamientos o haciendo los deberes en el último momento, como era el caso de Marta, que al ir dos cursos por debajo de ellos echaba mano de los apuntes de sus amigos para copiar los deberes, que se repetían año tras año. De modo que cuando Tania habló captó la atención de todos:

—Gisela, creo que deberías soltarte el pelo y tratar de caminar de un modo más sexy —lo dijo con tanta naturalidad que se ganó las risas de los demás, y la eterna gratitud de Nora al comprobar que su amiga se unía a su afán casamentero—. Y sonreír un poco más, eres demasiado seria.

Gisela iba a tener que poner de su parte para ganarse la atención de Fran. Puede que Nora fuera una buena amiga cargada de buenas intenciones, pero no hacía magia.

—Nunca podrá caminar con estilo hasta que no se deshaga de esos zapatitos de princesita —dijo Marta señalándole los pies, que, efectivamente, calzaban unas bailarinas planas con lacitos.

—¡Oye! —no pudo seguir protestando porque Mateo se adelantó.

—A muchos chicos les atrae el *look* Lolita.

—Lolita es sexy, y Gisela no lo es. Además, llevar unos zapatitos de niña no es seguir el *look* Lolita.

—Podríamos ir al centro este fin de semana. —La sonrisa de Nora delataba lo encantada que estaba con el cambio de conversación—. Necesito unos vaqueros y Gisela un par de buenos tacones —se rio a su costa.

Gisela, que había permanecido demasiado asombrada para hablar, se recuperó lo bastante como para dejar clara su opinión.

—No sé a qué ha venido eso, pero tampoco me importa. Me gustan mis zapatos, y para que lo sepáis, la ingenuidad es sexy, si no fijaros en Emma Bunton, es con diferencia la más sensual de las Spice Girls.

—Cariño, las comparaciones son odiosas —comentó Marta con fingida inocencia.

—¿Se puede saber por qué tiene que comer ella con nosotros? —preguntó la rubia señalando a Marta—. No tendría ni que estar sentada en nuestra mesa, es una cría.

—Mira, bonita… —saltó la aludida como un resorte.

Los demás intervinieron a tiempo para evitar que la gata clavara sus zarpas en la pobre inocente.

Pasaron diez largos minutos antes de que el grupo se hubiera olvidado del encontronazo. El tiempo suficiente para que Nora se replanteara su estrategia para unir a Fran y a su amiga. Estaba más que claro que Gisela no estaba dispuesta a colaborar, por suerte Tania parecía estar de su parte. Mateo era el único que semejaba no estar del todo convencido, ya que Marta aceptaría cualquier propuesta con tal de pervertir a la incorruptible. A pesar de ser más joven que ellos, Marta estaba muy adelantada en muchas materias, pero si sobresalía en alguna en particular, esa era el sexo opuesto.

Nora había estado tan centrada en su proyecto de casamentera que se había olvidado completamente de Pablo. No volvió a pensar en su inesperada propuesta hasta que Mateo no sacó el tema, con pocas sutilezas, por cierto.

—Ahora que ya hemos terminado con Gisela, es el momento perfecto para que Nora nos cuente de qué ha estado hablando tanto tiempo con Pablo —comentó Mateo con una

sonrisa traviesa—. Debía de ser algo muy interesante porque creo que es la primera vez que le dice más de tres palabras seguidas.

—Sería más realista que nos dijera qué ha tomado para poder hablar con él —se burló Gisela, todavía molesta por haber sido la protagonista de la conversación anterior.

Tania se rio disimuladamente del comentario de su amiga, pero no dijo nada que pudiera molestar a Nora.

—¡Monja! —espetó Nora, con cara de pocos amigos. Plenamente consciente de que era el apelativo que más molestaba a Gisela.

Notando la tensión, Marta intervino, tras echarle una mirada de reproche a Mateo, quien había tirado la piedra y escondido la mano.

—Pablo es por lo menos un ocho, no deberías perder la oportunidad de ligártelo. Te haces un poco la tonta, ¿me puedes explicar esto? Unas sonrisas sensuales y ¡zas!, en el bote.

—Lo de hacerse la tonta no le va a resultar difícil —volvió a la carga Mateo.

—Mateo, te estás pasando —avisó Nora, tirándole la cucharilla de plástico del café que se estaba tomando.

—Hoy estás muy alterado —coincidió Tania.

—No se lo tengáis en cuenta, tiene un mal día —se burló Marta.

—¡Cuenta! —pidió Nora, intentando desviar la atención.

—Andrea me ha dicho que no quiere salir conmigo. Dice que prefiere tenerme como amigo, no sé por qué me sorprendo si es lo de siempre.

Las chicas se miraron en silencio, fue Marta la que vocalizó lo que todas pensaban.

—Lo que es incomprensible es que sigas intentándolo con las personas equivocadas. Parecías más listo —le espetó mientras recogía sus deberes y se levantaba para marcharse.

Confuso, Mateo preguntó:

—¿Qué ha querido decir con eso?

Frustradas con él, hicieron lo mismo que Marta y abandonaron la mesa ante la mirada atónita de su amigo.

La semana siguió su curso sin que nadie volviera a sacar el tema de Gisela y Fran. El hecho de que no hablara de ello no significaba que Nora hubiera dejado estar el tema. Todo lo contrario. Había estado tan centrada en su tarea que apenas había vuelto a pensar en la propuesta de Pablo. Ni siquiera se había inmutado, como solía ser habitual, cuando en la siguiente clase de inglés se había vuelto a ver obligada a hablar con él. La inestimable ayuda de Fran con el idioma y el tener la cabeza en otros asuntos le habían permitido ser más ella que nunca, lo que provocó que Pablo se sintiera completamente intrigado por su compañera de pupitre.

—¿Empezamos? —preguntó Nora, tomando la iniciativa por primera vez.

—Claro.

—Empiezo yo. *Will you have been working this summer?*

Pablo parpadeó varias veces antes de ser capaz de responder; no obstante, su vacilación pasó desapercibida por su compañera, quien andaba más interesada en sus planes de casamentera que en su propia vida amorosa, o en su ausencia.

El resto del tiempo en que coincidía con él, bien en clase, en el pasillo o la cafetería, Nora seguía en la inopia, lo que despertaba el interés de Pablo más que cualquier aceptación directa.

Durante sus clases particulares con Fran, Nora, que consideraba que su deber como mejor amiga de Gisela era allanarle el terreno y predisponer a Fran a su favor, se dedicaba a alabar sus virtudes: «Mi amiga Gisela pronuncia como una nativa inglesa, ¿sabes que mi amiga Gisela solo escucha música en inglés…? ¡Ostras! Es lo mismo que me dice mi amiga Gisela. Gisela también está planteándose estudiar derecho, quizás podrías aconsejarla un poco…».

La primera vez que la mencionó, Fran se limitó a sonreír con simpatía, pero, tras tanta insistencia, por fin consiguió lo que tanto había esperado, y para ello solo necesitó malgastar dos sesiones de clases de inglés:

—Vas a tener que presentarme a tu amiga. Es toda una joya.

—¡Genial! El próximo día la traigo conmigo. Estoy segura de que os vais a llevar de maravilla.

Fran se quedó tan sorprendido que lo único que pudo hacer fue sacudir la cabeza, con tan poca certeza que Nora no llegó a discernir si aceptaba o negaba. Tampoco es que le importara demasiado.

CAPÍTULO 3

«Todos los ídolos caen»
(Mateo)

Como cada sábado por la mañana, el grupo se encontró en las clases de baile, a las que asistían desde que eran unos niños y Nora y Gisela se peleaban por ser Emma, de las Spice Girls. Desde entonces había llovido mucho, e incluso habían llegado a un punto en el que la profesora ya no les podía enseñar nada nuevo, haciendo suyo el dicho de que el alumno superaba al maestro. Sin embargo, seguían acudiendo cada semana y montando coreografías que la asombraban y enorgullecían.

La música de Britney Spears y Madonna en «Me against the music» sonaba de fondo mientras ellos se movían al unísono haciendo suya la melodía.

Esa noche se mostrarían más comedidos en la pista de baile, pero allí entre las paredes del estudio de Madame Silvia se dejaron llevar por el entusiasmo. Se dejaron caer al suelo en cuanto la canción terminó. Demasiado exhaustos para hacer otra cosa que reírse.

Una vez recompuestos, se levantaron y cedieron su lugar a las estudiantes de baile más nuevas que todavía necesitaban de las indicaciones de Madame Silvia.

Con las energías recargadas y saltando de euforia, sensación que siempre les despertaba el baile, se sentaron apoyados en la pared del fondo, formando un círculo.

—Esta noche podríamos hacer algo diferente —propuso Tania, debidamente advertida por Nora.

—¿Como qué? —respondió, tal y como habían ensayado.

—Podríamos ir a un sitio diferente. No sé…, ¿al Rules?

Marta dio varios saltitos sobre el mismo sitio.

—De p… maravilla. Esa discoteca está llena de universitarios.

—¿De maravilla? —repitió Mateo, sin importarle nada más que la inesperada expresión de su amiga.

—¿Qué pasa? No entiendes la expresión.

—Te has vuelto una repelente.

Mientras Mateo y Marta se sumían en una conversación paralela en la que ella defendía su nueva manera de hablar, Gisela, Tania y Nora continuaron dándole vueltas a la posibilidad de ir al Rules. Contaba desde el comienzo con el apoyo de Tania; Marta no protestaría, encantada con la idea de conocer a chicos nuevos; de Mateo se podía decir lo mismo, aunque él se empeñara en hacer parecer lo contrario. A la única a la que había

de convencer era a Gisela, y para ello tanto Tania como Nora habían marcado unas directrices que seguir:

—Siempre te quejas de que los chicos de nuestra edad son infantiles y que no piensan en nada más que en sexo. El Rules es una buena oportunidad para conocer a gente nueva —comentó Nora con seriedad, como si le estuviera hablando de algo realmente importante.

—Además, van muchos universitarios. Seguro que tienen conversaciones interesantes. Como a ti te gustan.

—Visto así… —Gisela parecía mucho más receptiva a la idea.

—Sí, Fran, mi profesor de inglés —aclaración innecesaria, ya que llevaba hablándoles de él con la misma insistencia con la que le hablaba a él de Gisela— y sus amigos van cada fin de semana, y ellos son estudiantes de Derecho. Son divertidos, educados y con una conversación muy interesante. Además, según tengo entendido, son muy buenos estudiantes.

Gisela frunció el ceño, de repente alerta, atando cabos a los extraños comentarios que sus amigos habían estado soltando durante toda la semana. Dispuesta a descubrir qué tramaban, aceptó:

—Podemos ir por cambiar un poco.

—¡Genial! —Nora ya se imaginaba el resto de la noche. Le presentaría a Fran a su amiga y el idilio comenzaría.

—¿Por qué no quedamos a las ocho en mi casa y nos arreglamos juntas? Mis padres salen esta noche. Podemos cenar en casa y salir después divinas de la muerte.

—¿Y Miguel? —preguntó Mateo, uniéndose a la conversación.

—¿Qué pasa con él?

—¿No vas a aprovechar que tus padres no están en casa para quedar con él y esas cosas…? —Le dio a su rostro la expresión perfecta para que comprendieran a qué se refería con lo de *esas cosas*, aunque la imaginación de los presentes lo hiciera absolutamente innecesario.

—Esta noche ha quedado con sus compañeros de clase. Nos veremos mañana —explicó Tania con una sonrisa poco convincente.

—¿Te cambia por sus colegas? Todos los ídolos caen —musitó Mateo con expresión apenada—. Para mí, era el novio perfecto.

—Y estaba muy cerca del diez —corroboró Marta con la misma expresión.

El Rules estaba a reventar los sábados por la noche y ese día no era una excepción.

Una barra circular rodeaba la pista de baile por el exterior, excepto en el lado sur, en que se encontraban las mesas bajas y los sofás de diseño donde se podía beber y charlar con más tranquilidad y que, por lo tanto, era la zona más buscada. Era un milagro encontrar sitio allí.

Las paredes estaban decoradas con consignas o reglas que los clientes tenían que seguir como máximas y que en general coincidían con las de cualquier joven que se

oponía a ellas por sistema: *prohibido prohibir, no sigas a nadie que no camine tras de ti, nada es imposible si lo logras primero…*

Como Nora era la única, aparte de Marta, que sabía quién era Fran, fue ella la encargada de dirigirlos. En fila y cogidos de las manos para no perderse se adentraron entre la multitud, zigzagueando entre los bailarines hasta dar con él. Una vez que lo distinguió sentado con sus amigos en la zona de mesas, se detuvo lo más cerca posible de él.

Se volvió a mirar a Tania, que era la que la seguía, y le hizo un gesto con la cabeza para que mirara en esa dirección.

—¿Cuál de todos es? —preguntó achicando los ojos para ver mejor.

—El que tiene poco pelo.

—¡Qué mala amiga eres! —se burló riendo.

—De eso nada. Ya sabes lo que dicen de los pelados y los bajitos.

—En ese caso… Mejor me callo, aunque estoy segura de que Gisela no va a valorar sus dotes.

Nora no pudo aguantarse la sonrisa.

—Tania, eres un mal bicho, pero reconozco que tienes razón.

Marta y Mateo interrumpieron sus cuchicheos alegando que iban a pedir algo en la barra. Tras escuchar los pedidos de sus amigas, se marcharon a por ellos, dejando a Tania, a Nora y a Gisela en un lado de la pista de baile.

Fue la propia Gisela la que habló en ese momento para poner un poco de cordura en el ambiente, acercándose a ambas para ser escuchada a través de la música.

—Creo que ya que estamos aquí lo más sensato sería bailar, ¿o tienes otra idea, Nora?

—Para nada. Bailar me parece perfecto.

—Eso pensaba —murmuró la rubia para sí misma, mostrándose misteriosa.

La primera parte del plan ya estaba en marcha, ahora faltaba la parte más difícil: ¿cómo iba a convertir su acoso y derribo en un encuentro casual?

—¿Y ahora qué? —inquirió Tania mientras fingía bailar.

—No tengo ni la más remota idea. ¿Se puede saber por qué me tengo que encargar yo de todo? —preguntó exasperada.

CAPÍTULO 4

«¡Qué pena que yo no sea tan perfecta!»
(Nora)

Mientras Nora se debatía entre empujar a Gisela sobre Fran o presentarlos directamente y sin artificios, sintió que su amiga la agarraba del brazo para que le prestara atención. Se dio la vuelta fulminándola con la mirada, después de todos los quebraderos de cabeza que le estaba dando, encima, iba y la interrumpía.

Ni siquiera tuvo la deferencia de intimidarse por su mirada, sino que se limitó a señalar con la cabeza a un punto a su espalda. Impaciente por volver a centrarse en lo importante, miró hacia donde le indicaban y se topó con la inesperada presencia de Pablo y varios compañeros de clase.

—¿Qué hace aquí?

—Lo mismo que nosotras. No seas tan obtusa, Nora, y ve a decirle hola.

—Creo que paso. ¿Dónde está Tania? —preguntó al darse cuenta de que su otra amiga había desaparecido.

—Ha ido a ayudar a Marta y a Mateo a traer las bebidas.

—Vamos a bailar, si quiere hablar con nosotras, que venga él —decidió, molesta consigo misma por no haber contado con la aparición de Pablo en el Rules.

—Como quieras.

—¿Como quieras? ¿No vas a intentar convencerme?

—No. Soy una buena amiga y no pienso obligarte a hacer nada que no quieras.

Nora la miró con suspicacia. Gisela era demasiado lista y su comentario no parecía ser tan casual como ella pretendía hacerle creer.

—¡Qué pena que yo no sea tan perfecta!

Y dicho eso, se dio la vuelta para evitar seguir a Pablo con la vista, quien no escondía su interés, y se puso a bailar de cara a Fran, evitando con ello ver la cara que se le había quedado a Gisela con su comentario final.

Unos minutos más tarde aparecieron los otros y Nora se olvidó temporalmente de todo. Eso era lo que normalmente sucedía cuando estaban todos juntos, que se acoplaban tan bien que lo que ocurría a su alrededor quedaba en un segundo plano.

El disc-jockey decidió pinchar en ese momento una canción que les gustaba especialmente, por lo que durante casi cuatro minutos fueron los dueños de la pista. En ningún momento se permitieron bailar del modo en que lo hacían en el estudio de baile,

pero, aun así, su estilo y su forma de moverse llamaban la atención de los demás bailarines.

Nora pudo sentir la mirada de Pablo clavada en ella, y en su concentración fue capaz de ignorarla y seguir marcando su propio ritmo sin tartamudeos, clases de inglés ni responsabilidad con las mejores amigas. Cuando la canción finalizó, se sentía mucho más tranquila de lo que había estado desde el instante en el que puso un pie en el Rules; tanto fue así que perdió de vista el motivo por el que habían ido allí.

«¡Mierda!», pensó Nora casi una hora después. Los minutos seguían pasando y no se le ocurría ningún modo sutil de acercarse a hablar con Fran. Se fijó en lo relajado que parecía allí con sus amigos, sabiendo que era el mejor momento para que Gisela y él se conocieran. Su amiga estaba guapísima con la minifalda y el top blanco que Tania le había prestado, seguramente nada que ver con lo que llevaría el martes cuando la arrastrara hasta sus clases particulares de inglés.

Tal vez podía coquetear con alguno de sus amigos, pensó, mirando con disimulo. Uno de ellos captó su inmediata atención y una de sus fabulosas ideas se abrió camino a codazos en su hiperactiva cabeza.

Sintiendo el triunfo muy cerca, se inclinó sobre la oreja de su hermana para hablarle.

—Martita, ¿has visto qué chico más guapo hay ahí sentado?

Chico y *guapo* en la misma frase era la clave para que Marta se pusiera en marcha. Buscó con la mirada hacia donde señalaba Nora y una sonrisa predadora se instaló en sus labios.

—Muy guapo —aceptó sin apartar la vista de él—. Pero sé lo que quieres de mí. No soy tan tonta. Tú lo que quieres es que te ayude con tu loco plan de conseguir despegarle las bragas a Gisela.

—De acuerdo, me has pillado. ¿Vas a ayudarme? ¿A apoyar a una amiga que lo necesita?

—Claro que sí. Soy capaz de hacer cualquier cosa con tal de que Gisela deje de ser tan santurrona, pero no va a funcionar. Las tiene pegadas con Super Glue, y Fran es demasiado majo para ella.

—Eres una bruta. Y además, Fran te parece majo porque te libraste de dar clase con él —la acusó su hermana.

—Es majo porque no hace como los demás vecinos, que en cuanto te ven llegar cierran corriendo el ascensor para subir solos. Fran se espera y saluda. —Se encogió de hombros antes de continuar hablando—: ¿Qué quieres que haga? Pero que conste que lo hago por él, el pobre necesita una novia, aunque sea Gisela.

—Ve y flirtea con su amigo un poco, y nosotras nos acercaremos en unos minutos como si fuera una sorpresa encontrar a Fran aquí.

—¡Hecho! —dijo, dispuesta a poner en práctica sus encantos, y añadió antes de marcharse—: Podrías aprovechar para poner celoso a Pablo, que no te quita ojo de encima. A ver si se decide, porque si espera que lo hagas tú, va listo.

Consciente de que Marta necesitaba tiempo para obrar su magia, se tomó las cosas con paciencia y siguió bailando. Aunque, gracias al comentario de su hermana, ahora le

resultaba más complicado ignorar a Pablo, que desde el comienzo de la noche había ido moviendo posiciones y ahora estaba cada vez más cerca.

Con disimulo se acercó a Tania y bailó con ella al tiempo que la ponía en antecedentes. Sus movimientos juntas alertaron a más de uno, y antes de que acabara la canción, ya se les habían acercado con intenciones claras. Fue en esos momentos cuando Mateo desplegó todo su encanto y flirteó sin pudor con todo el que se les acercaba, para terminar riéndose de ellos cuando se marchaban con el rabo entre las piernas.

Diez minutos después, y fingiéndose sorprendida, Nora anunció a bombo y platillo que entre el grupo de chicos donde Marta había ido de ligue se encontraba también su profesor de inglés. Tania se mostró entusiasmada, Mateo se limitó a arquear una ceja y Gisela se dejó llevar hasta la zona de mesas en la que estaban sentados.

Tal y como había esperado, Fran se mostró encantador con ella y con sus amigos, y les presentó a sus colegas.

Nora aguantó la respiración, pendiente de la reacción de Gisela y de Fran cuando se dieron dos besos a modo de saludo, pero ninguno de los dos pareció víctima de un flechazo instantáneo. Resolviendo que eso solo funcionaba en el cine, decidió esperar a ver cómo seguía la noche. Lo importante era que el primer paso ya estaba dado.

A pesar de que era evidente que los amigos de Fran eran mayores que ellos, se mostraron simpáticos y divertidos. No fue hasta que la confianza entre Marta y Fernando, el amigo de Fran, se acrecentó que el ambiente empezó a decaer.

Como si todos a la vez decidieran que era el momento perfecto para dejarles a Marta y a Fer intimidad, el grupo se levantó en estampida. Nora solo disponía de un pensamiento antes de que Fran desapareciera y fuera imposible que congeniara con Gisela.

Así que ni corta ni perezosa hizo lo que toda buena amiga hace en estos casos: la empujó con disimulo para que chocara con él y saltara la chispa. Con lo que no había contado era con que Gisela seguía teniendo la copa llena y al tambalearse la derramó completamente por encima de Fran y de ella misma.

Gisela soltó un grito que se oyó por encima de la música del local, y al apartarse del regazo de Fran, no sin cierta dificultad, quedó al descubierto por qué no era buena idea comprarse un bikini blanco. El top que lucía Gisela, del mismo color inmaculado, al mojarse y fundirse con las luces estroboscópicas de la discoteca, dejaba a la vista sus atributos superiores sin necesidad de esfuerzos.

El primero en reaccionar fue Mateo, a quien no se le ocurrió otra cosa que echarse a reír sin ningún disimulo. A sus risas les siguieron otras mezcladas con varios piropos poco galantes.

—¿Eres idiota? —le espetó Gisela a Nora—. Quítate la blusa —pidió con firmeza.

—No pienso hacerlo. Yo tengo más pecho que tú. Además, ha sido sin querer.

—Llevas una camiseta de tirantes debajo. ¡Dame la blusa!

Sin responder, Nora comenzó a desabotonarse la camisa, lo que consiguió más piropos y algún que otro silbido.

—Gracias a ti acabo de vivir la peor noche de mi vida. ¡Me voy a casa!

Y sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida.

—Quedaos —les dijo a Mateo y a Tania, que eran los únicos que se habían acercado a ella cuando Gisela salió disparada—. Yo la acompañaré a casa.

—De acuerdo —concedió Mateo—. Yo vigilaré a Marta.

—¡Marta! No puedo volver a casa antes que mi hermana, o mi madre se pondrá como loca.

—Ve a por Gisela y nos llamas. Te esperaremos para volver juntos —propuso Mateo —. Mientras, aprovecharemos la noche —dijo un instante antes de ser engullido por los que bailaban en la pista.

—Vete tranquila, yo vigilaré a Mateo —sonrió Tania, comprendiendo que Nora quería hablar a solas con Gisela, pero que seguía preocupada por sus amigos.

—Tania, eres la mejor. —Le dio un beso en la mejilla y salió de la disco tras su mejor amiga, completamente segura de que le iba a costar más que su blusa que la perdonara.

CAPÍTULO 5

«A veces hago excepciones»
(Fran)

Había salido lo más rápido que había podido del Rules, pero, aun así, no se veía a Gisela por ninguna parte. Se fijó en la gente que estaba en la puerta del local fumando y conversando, pero no había ni rastro de ella.

Sacó el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones pitillo y buscó su número en la agenda. Se estaba quedando helada, ya que solo llevaba una camiseta de tirantes al darle a su amiga su blusa, por lo que necesitaba encontrar a Gisela cuanto antes.

El teléfono sonó cuatro veces antes de que esta decidiera responder.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde estás?

—Me voy a casa, ya te lo he dicho.

—Me voy contigo, no es buena idea que te vayas sola en el metro a estas horas —dijo, buscando la boca del metro con la mirada.

—He cogido un taxi. No estoy tan loca. Una pena no poder decir lo mismo de ti. ¿Por qué narices me has empujado? ¿Querías ridiculizarme delante de tus amigos?

—¡Venga! No seas rencorosa, ha sido sin querer.

—Claro, Nora. Contigo todo es sin querer —dijo antes de colgar con brusquedad.

Conociendo el carácter de Gisela, decidió darle espacio hasta que se le pasara el mal humor.

Se debatía entre volver a entrar en el local o plantarse en la puerta de Gisela cuando una voz a su espalda la llamó. Con el corazón latiéndole a toda prisa, se dio la vuelta para toparse con Pablo, que había salido tras ella. Nora llevaba tanto tiempo centrada en su plan de emparejar a Fran y a Gisela que se había olvidado por completo del chico que le gustaba. Hasta ese preciso instante, en que lo tenía parado frente a ella mirándola con una expresión que jamás le había visto.

—Hola, Nora. ¿Te vas tan pronto a casa?

—No. Tengo que esperar a mi hermana —dijo, sorprendiéndose a sí misma por la coherencia con que lo había dicho—. He salido a buscar a Gisela, pero ya se ha ido.

—He visto lo que ha pasado. No debería habérselo tomado tan mal, tampoco la has empujado adrede.

Ella sonrió complacida por la fe que depositaba en ella.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿vas a volver a entrar?

—Debería, me estoy quedando helada. Gisela se ha llevado mi camisa.

Pablo asintió con la cabeza y en silencio se quitó la chaqueta vaquera que llevaba puesta, tendiéndosela. Nora la aceptó con el mismo silencio solemne, sintiendo el calor del cuerpo masculino en el tejido.

—¿Te quedas ahora conmigo? —preguntó él con una sonrisa que aflojó las piernas de Nora—. Quizás podríamos repasar inglés. Ya sabes, para mejorar nuestras conversaciones de clase. Aunque parece que últimamente hemos mejorado bastante.

Ella sonrió a modo de respuesta, estremeciéndose cuando Pablo la tomó de la mano para llevarla hasta un portal cercano a la discoteca, en el que se sentaron tan cerca que podía oler el aroma de su colonia.

—Debe de ser por mis clases particulares de inglés. Fran es muy quisquilloso conmigo, y ha conseguido que deje de trabárseme la lengua al hablar —explicó riendo.

—¿Fran? ¿Te da clase un chico? ¿Es un profesor mayor? ¿Un amigo de tus padres?

—Sí, es mayor que nosotros, pero no tanto como para ser amigo de mis padres. Está estudiando Derecho, creo que está en tercero. De hecho, ahora mismo está ahí dentro —dijo señalando a la entrada del Rules—. Es el chico sobre el que ha caído Gisela.

Pablo entrecerró los ojos, esforzándose en recordar el aspecto de Fran. De repente, estaba muy interesado en regresar a la disco para valorar a su rival.

A pesar de la propuesta de Pablo, no utilizaron otro idioma más que el castellano. De hecho, todo su interés se centró en saber hasta qué punto se relacionaba con Fran y con sus amigos. Pareció relajarse un poco cuando Nora le contó que, además de su profesor de inglés, era un buen amigo al que tenía intención de emparejar con Gisela. Una vez que pudo descartarlo como rival, Pablo incluso bromeó con ella sobre la asombrosa capacidad de Fran como docente.

No había duda de que había estado un pelín celoso, lo que consiguió que Nora se alegrara y se preocupara a la vez.

Varias horas después, cuando los demás salieron del Rules, se toparon con Nora y Pablo, que seguían sentados en el portal, hablando como si su amistad fuera algo antiguo y consolidado. La extrema timidez de Nora había desaparecido desde el mismo instante en que centró sus esfuerzos en otra persona y se olvidó de intentar agradarle.

La sorpresa de Mateo y las chicas fue mayúscula, si bien sabían que su amiga estaba fuera con él, ya que Nora les había llamado para que no se marcharan sin ella, pero en ningún momento esperaron encontrarles tan cómodos y sonrientes.

Temiendo que Nora pudiera volver a caer de nuevo en el balbuceo, se abstuvieron de gastar ninguna broma al respecto, limitándose a esperarla lo suficientemente lejos como para darle intimidad para que se despidiera y lo bastante cerca como para captar alguna que otra palabra suelta con que torturarla más tarde.

Estaba tan emocionada por cómo había terminado la noche que Nora no volvió a pensar en su plan hasta más tarde, cuando se metió en la cama y no pudo conciliar el

sueño dándole vueltas a su conversación con Pablo, y sintiéndose culpable por no estar más preocupada por Gisela.

Por primera vez en días se había ocupado de sí misma hasta el punto de olvidarse de que le había fastidiado la noche a su mejor amiga, que se había marchado a casa pronto y enfadada con ella.

Finalmente, decidió que tenía que buscarle el lado realista a la situación. Vale que era una amiga estupenda, pero también era humana y acababa de pasar la noche hablando con el chico que le gustaba; sin duda se merecía el momento de felicidad. Al día siguiente ya se sentiría culpable por Gisela, en esos instantes iba a disfrutar de su éxito.

Tal y como decidió la noche anterior, el domingo después de comer se propuso revisar los daños causados por el mal orquestado empujón, por lo que, armada con su libro de inglés, la libreta, un bolígrafo y su cara de preocupación, subió al piso de Fran con la excusa de que necesitaba que le echara una mano para hacer unos ejercicios que tenía que entregar al día siguiente y que la profesora evaluaría para la nota final.

Como esperaba, Fran aceptó ayudarla de buena gana. Incluso parecía más animado que nunca cuando le abrió la puerta de su casa. No cabía duda de que se lo había pasado estupendamente el día anterior, y tenía resaca de buen humor. ¿Tendría algo que ver Gisela en ello?

—¿Por qué estás tan contento? —inquirió cuando se sentaron alrededor de la desordenada mesa del comedor.

Sus dos compañeros de piso habían tenido la deferencia de dejarlos a solas para no interrumpirlos en su estudio, y ahora estaban encerrados en el cuarto de uno de ellos jugando a la PlayStation como si tuvieran trece años, con gritos histéricos incluidos, e incordiando más que si se hubieran quedado allí.

—Tengo la sensación de que me estás regañando por estarlo —bromeó.

—No te estoy regañando. Solo siento curiosidad por el motivo.

—Tú siempre sientes curiosidad por todo.

—¿Quién regaña ahora a quién? —se defendió Nora, sabiendo que acababa de ganar el asalto.

—De acuerdo. Estoy contento porque ayer lo pasé muy bien en el Rules.

—¿Y lo pasaste muy bien por algo o por alguien en particular?

—Lo siento, Nora. Tu hermana es demasiado joven para mí, y a ti te veo como una amiga —lo dijo tan serio que no se dio cuenta de que estaba bromeando.

—Yo no me refería…

Se calló cuando le vio reírse porque acababa de volver a tomarle el pelo. Su risa era tan sincera que no pudo evitar unirse a ella.

Cada vez estaba más segura de que Fran era una opción maravillosa para su amiga. Con su sentido del humor completaría a la perfección a Gisela, que carecía de él. Quizás con el tiempo se le pegaría un poco de él.

—Debería haberme dado cuenta de que te estabas burlando de mí. Me dijiste que las prefieres rubias —le guiñó un ojo con complicidad mientras lo decía—, y yo soy pelirroja.

Ambos volvieron a reír.

—Voy a tener que censurarme cuando hable contigo. Luego usas mis palabras contra mí —bromeó, olvidando el motivo que la había llevado a su casa.

—Así que rubias… —Nora no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de saber qué impresión le había dejado su amiga.

—A veces hago excepciones —comentó poniéndole ojitos exageradamente.

—Esta vez no me engañas —declaró orgullosa—. Te tengo calado.

—Se acabó la diversión. Enséñame los ejercicios que no entiendes, que tengo que estudiar Derecho Civil II —pidió, volviendo a ser el joven responsable que era.

—Suena de maravilla. Por cierto, ya que te gustan las rubias, ¿qué te parece mi amiga Gisela?

—Ya me parecía que estabas tardando demasiado en preguntarme por ella —comentó Fran divertido.

CAPÍTULO 6

«A mí me parece bien vengarme. ¿Qué tienes pensado?»
(Mateo)

El lunes ninguno de los cinco entró a la primera clase de la mañana, ni tampoco a la segunda ni a la tercera. Tania llegó al lugar donde se veían cada día para coger juntos el autobús del instituto, con los ojos hinchados y rojos, y no la dejaron escapar hasta que les contó la razón por la que estaba así. Lo que les costó más de lo esperado, porque cada vez que intentaba hablar, volvía a ponerse a llorar desconsoladamente.

Tras varios intentos que lograron ponerlos nerviosos, finalmente fue capaz de pronunciar un nombre: Miguel.

Y es que el fin de semana había sido importante para todos ellos por diversas razones: Nora había conseguido que Fran y Gisela se conocieran de un modo casual, aunque el empujón hubiera resultado una táctica desastrosa; Marta había conocido a Fernando, quien seguramente le duraría a lo sumo un par de semanas; Mateo había sido la voz del sentido común, por una vez en su vida; y Tania había roto con Miguel. O para ser más exactos, Miguel había roto con ella.

El dichoso sábado Miguel había quedado para cenar con unos compañeros de la facultad entre los que se encontraba su nuevo amor. Una chica poco agraciada que, pese a todo el vello que poblaba su cara, y que le había granjeado el apodo de Chewbacca entre Tania y compañía, había conseguido encandilarlo con unas pocas horas de conversación. Hasta ese momento, Vicky había sido la fea de la clase, la chica simpática, aunque poco agraciada, que estudiaba con Miguel. Para sorpresa de Miguel, Vicky escondía muchas de las cualidades que él más valoraba en una mujer.

De modo que al día siguiente, y sin perder el tiempo para encontrar la mejor manera para dar la noticia, se había plantado en casa de Tania para anunciarle que estaba perdidamente enamorado de otra persona, y que quería dejar su relación sentimental y mantener una amistad con ella.

Sin tener ningún miramiento por su repentina exnovia, se había llevado consigo para romper con ella a su actual pareja, demostrando con ello que ni siquiera había esperado a dejar a Tania para enredarse con Vicky, quien al quedarse esperándolo junto a su moto, que se había comprado el verano anterior tras pasarse la temporada trabajando con el padre de Tania en el restaurante familiar, había demostrado más tacto que él.

—Esto no se puede quedar así. Nos ha engañado a todos, tenemos que vengarnos.

—Nora, no empieces con tus teatrillos —se quejó Gisela, aunque estaba tan furiosa como su amiga.

—A mí me parece bien vengarme. ¿Qué tienes pensado? —preguntó Mateo con un brillo malicioso en los ojos.

Que Miguel hubiera dejado a Tania de ese modo era el colmo de los colmos, pensó Mateo. Si la pareja más perfecta que conocía terminaba tan abruptamente por culpa de una tercera persona, ¿qué esperanza podía tener él en el amor?

—Tenemos que hacer algo grandioso. Algo que no se olvide fácilmente. ¿Qué es lo que Miguel más quiere en el mundo? —insistió Nora.

—Antes te hubiese dicho que a Tania —murmuró Marta con poco tacto—, pero a la vista está que no es así.

La aludida hipó frenéticamente al escuchar el comentario.

—Fantástico, Marta. Mira que tienes tacto. —Gisela le lanzó una mirada furibunda —. Es un idiota, cariño. Tú eres infinitamente mejor que esa Vicky y que él —la consoló la rubia.

—Su moto —hipó tan fuerte que el sonido le salió entrecortado y difícilmente reconocible—. Adora a su moto y también a la fea de su nueva novia, pero el asesinato está penado con cárcel, así que mejor nos centramos en la moto —dijo finalmente Tania, a quien la posibilidad de devolverle el golpe parecía haberla animado un poco.

Una parte de ella se sentía dolida, la parte que todavía le quería lloraba su pérdida, mientras que la parte racional no dejaba de preguntarse la razón por la que la había dejado por una chica tan poco atractiva. Y era precisamente esa parte de Tania que no lograba comprender a Miguel la que le permitía sentir rabia y sed de venganza.

—¡Exacto! Y vamos a darle a probar de su propia medicina. ¿Quién tiene un euro? —pidió Nora con una sonrisa malévola.

—¿Para qué quieres un euro? —Mateo estaba metiendo la mano en el bolsillo para dárselo—. ¿No irás a tirárselo a la cabeza? —dijo riendo—. Ni siquiera le saldría un chichón.

—Ahora lo verás —anunció al tiempo que echaba a andar, alejándose del camino del instituto y seguida de cerca por sus amigos.

Apenas una hora más tarde, los cinco entraban en el *parking* del campus de la facultad de Arquitectura, buscando una moto roja con una pegatina de un dragón plateado con las alas extendidas en pleno vuelo.

Tal y como Nora había dicho, la venganza tenía que estar a la altura del agravio, e incluso superarlo. Conformarse no era una opción.

De modo que, armados con un paquete de azúcar de un kilo, iban a tomarse la justicia por su mano. Después de todo, una parte de la moto le correspondía a Tania, ya que había sido su familia la que, ofreciéndole trabajo, le había aportado a Miguel el dinero para comprarla. Y como era habitual tras una separación o un divorcio, había que dividir los bienes gananciales entre las dos partes de la pareja. Aunque en este caso la otra parte no deseara hacer uso de ella, sino impedir que nadie más pudiera hacerlo.

Una vez más y para no romper con la tradición, la única que se oponía al plan, seguramente más por sistema que por verdadera censura, era Gisela. No obstante, una vez más sus amigos habían sufrido su reprimenda con estoicismo y habían hecho después lo que querían.

Y es que cuando por fin dejó de llorar, Tania solicitó el derecho de encargarse ella misma de estropearle el motor a la Suzuki de Miguel. Ante eso ni siquiera Gisela fue capaz de decir que no.

Así pues, mientras los demás vigilaban y Marta abría con una horquilla el tapón del depósito de gasolina, Tania cortaba el paquete y disfrutaba del dulce sabor de la venganza.

Después de todo, no era un secreto que el azúcar en grandes cantidades era bueno para el alma y perjudicial para la salud.

Horas después, ajenos a todo, una pareja muy acaramelada y cogida de la mano se acercaba a la moto con la pegatina plateada, e intentaba arrancar una moto que se había atragantado con el dulce sabor de la venganza.

CAPÍTULO 7

«Me emociona tu fe en mí»
(Fran)

Los chicos pasaron el resto del día con un nudo en el estómago. Ansiosos ante la posibilidad de que Miguel descubriera que habían sido ellos los artífices del gripado del motor de su moto. No obstante, si lo supo o lo sospechó siquiera, tuvo la decencia de guardárselo para sí mismo y no apareció ni ese día ni en los posteriores para recriminarles su actuación.

Gracias al apoyo de sus amigos, y a que su ex se mantuvo alejado de ella tanto a nivel físico como emocional, a mitad de semana Tania se encontraba un poco más calmada, y los demás prácticamente se habían olvidado del incidente.

De modo que el jueves lo que menos le preocupaba a Nora era Miguel. Ese día había conseguido convencer a Gisela para que la acompañara a sus clases con Fran, y tenía que salir todo perfecto para que saltara la chispa entre ellos.

Parte del camino ya estaba allanado, puesto que Fran sí que se había quedado impresionado con ella, tal y como le había confesado el domingo cuando fue a su casa con intención de interrogarlo.

Él le había contado que lo primero que le llamó la atención fue su aspecto, pero, según el futuro abogado, su carácter estaba a la altura de su belleza. El hecho de que le hubiera plantado cara a Nora, haciéndole que se quitara la blusa para dársela, delante de todo el mundo, lo había cautivado. El poco tiempo desde que conocía a la pelirroja le había servido para hacerse una idea bastante exacta de su carácter, y sabía que no era fácil de manipular ni de convencer.

Aunque tenía buenas intenciones, Nora era dominante, metomentodo y soñadora. Todo lo contrario que Gisela, que había sabido pararle los pies a su amiga y ponerla en su sitio sin problemas.

—Los tíos sois muy raros —había dicho Nora tras la confesión—. Te gusta porque es una estirada.

—No le veo nada raro a que me atraigan las mujeres pasionales —dijo con una sonrisita misteriosa.

—¿Pasionales? Pues si lo que buscas es carácter, has dado con la mujer perfecta. Desde el primer momento supe que estabais hechos el uno para el otro.

Fran no respondió inmediatamente, sino que le ofreció antes la misma sonrisa misteriosa de unos minutos atrás.

—Desde el primer momento supe lo que estabas tramando. No eres tan buena actriz como crees.

—Soy una actriz estupenda —rebatió alzando la nariz dignamente.

—No es cierto, y además eres demasiado obvia: mi amiga Gisela no tiene novio, mi amiga Gisela es rubia, mi amiga Gisela es muy lista… Bla, bla, bla.

—Pues tú no parecías muy reacio a que te la presentara.

—Tenía curiosidad. Parecías tan convencida de que iba a funcionar que no quise negarme. En cualquier caso, no te ha salido bien la jugada. Ella no está interesada en mí. Ni remotamente —comentó con algo parecido a la tristeza.

—Eso no lo sabemos. No me he atrevido a hablar con ella sobre el tema porque es un poco rencorosa y tengo que darle tiempo para que se le pase el enfado. —Lo mejor era abordarla al día siguiente en el instituto. Después de dos días sería más fácil que reconociera que el empujón había sido accidental.

—Créeme. Esa chica no quiere saber nada de mí.

—¡Imposible!

—Me emociona tu fe en mí —rio Fran, cada vez más entretenido con la conversación.

—El jueves, que estará más calmada y receptiva, la traeré a clase conmigo y tú coquetearás con ella. Entre los dos lo conseguiremos.

—Tal vez sea mejor dejar las cosas como están. No merece la pena esforzarse tanto para gustarle a alguien.

—Fran, acabas de decepcionarme. No te creía tan cobarde —lo censuró Nora con los ojos brillantes de desdén.

El aludido levantó las manos pidiendo paz.

—Tú ganas. Tráela y veremos qué pasa.

Si Gisela había accedido a acompañarla a sus clases de inglés debía de ser por alguna razón oculta, ya que ella no necesitaba un repaso extra de esta asignatura, y Nora no estaba muy segura de que su aceptación se debiera a su diatriba sobre que con su ayuda y la de Fran conseguiría aprobar el trimestre y podría graduarse. Quizás, después de todo, no era tan reacia a Fran como él creía que era, lo que auguraba una tarde llena de éxitos. Esos eran los pensamientos que daban vueltas en la cabeza de Nora ese día mientras las horas iban dando paso a las diversas clases.

A la hora de comer todos se sentaron a su mesa en la cafetería y, como cada día, dedicaron su tiempo a idear coreografías nuevas y a comentar los últimos cotilleos del instituto. A unas mesas de distancia, y sin que Nora fuera consciente de ello, su actitud distante y concentrada en la futura felicidad de sus amigos estaba causando estragos en el ego de Pablo, quien había pasado de verla balbucear cada vez que lo tenía cerca a reparar en cómo le ignoraba sin el menor esfuerzo.

Si bien en un principio le había divertido la reacción que causaba en ella, con el paso del curso había comenzado a sentir verdadero interés. Nora era una chica contradictoria: en las demás clases participaba y daba su opinión abiertamente,

mientras que en inglés, la única clase en la que se sentaban juntos, por motivos del riguroso orden de lista que la profesora imponía, era incapaz de unir más de tres palabras con sentido en una frase.

—Nora, no te gires ahora, pero Pablo te está mirando —anunció Mateo, sin reparar en que su amiga haría todo lo contrario a lo que le había pedido.

—Es verdad, te lleva mirando desde que hemos entrado —corroboró Gisela—. ¿Os habéis hecho amigos de repente?

—Hablamos el sábado después de que te fueras, pero nada más…

—¿Y cuándo pensabas contármelo? Se supone que soy tu mejor amiga y soy la última que me entero de todo.

—Se supone —se burló en voz baja Marta.

—Estabas enfadada conmigo, ¿recuerdas? Y después pasó lo de Tania… Y me olvidé. Además, tampoco es tan importante.

—¿Que no es importante? ¿Que te olvidaste de que por fin has mantenido una conversación normal con el chico que te gusta desde principio de curso? —inquirió dándole a la pregunta un tono incriminatorio que dejó a Nora, excepcionalmente, sin palabras.

—Sí, supongo.

—Ese no es el punto —intervino Marta, para sacar a su hermana del apuro—. Lo importante es que la conversación vuelva a repetirse. Necesitas un novio, cuanto antes mejor, así dejarás de preocuparte por los problemas de otras personas poco agradecidas.

Mateo rio sin disimulo, Tania esbozó media sonrisa y Gisela, que no sabía por dónde andaban los tiros, se limitó a pasear la mirada de uno a otro.

Fue la propia Nora quien volvió a imponer la normalidad.

—Eso va a estar difícil, porque no hemos vuelto a hablar desde el sábado. El lunes nos saltamos inglés y el miércoles él no vino y tampoco me ha dicho nada cuando nos hemos visto en el pasillo.

—Pues no deja de mirarte —reiteró Mateo—. Eso tiene que significar algo.

—Si mira, pero no se acerca, tampoco es que sirva de mucho —comentó Gisela—. A lo mejor podríamos volver este sábado al Rules a ver si se te vuelve a acercar. La timidez no es propia de ti.

—Es que no lo soy.

—Yo voto por la propuesta de Gisela. Creo que es la mejor idea que ha tenido en su vida —apuntó Marta sonriente.

—Me parece bien ir al Rules, allí no conocemos a nadie, y yo necesito una noche loca —confesó Tania con la misma sonrisa triste que llevaba luciendo toda la semana.

—¿Cómo de loca? —inquirió Marta, y ambas se enfrascaron en una conversación entre ellas.

—¿Qué dices, Nora? —Mateo estaba tan encantado con la propuesta que se leía en su cara que su respuesta era afirmativa.

—Me parece bien. Yo también creo que Tania se merece una noche loca.

—Y tú, ¿piensas vivir tú una? —preguntó Gisela.

—Solo si tú también te apuntas a ella.

La rubia pareció pensárselo muy bien antes de hablar:

—Me apunto, aun sabiendo que es posible que me arrepienta de haberte dicho que sí, pero antes tengo que devolverte el favor. Ya sabes…, por la blusa —se giró en su silla y miró en dirección a la mesa en la que se encontraba Pablo.

Nora, quien comprendió inmediatamente sus intenciones, intentó detenerla, pero Gisela ya estaba vociferando el nombre del chico a través de la abarrotada cafetería.

Cuando se acercó a ellas, la rubia ya tenía su discurso perfectamente preparado:

—Hola, Pablo, te he llamado porque quería preguntarte si sabes dónde podríamos conseguir invitaciones para este sábado para el Rules. La semana pasada vimos que había gente que entraba con ellas, y como vosotros vais a menudo…

—¿Vais a ir este sábado?

Gisela asintió con lentitud.

—¿Vais a ir todos?

Volvió a asentir.

Él sonrió antes de responder:

—Dame un rato, hablaré con un amigo a ver si me puede conseguir cinco entradas más para vosotros —ofreció, mirando a Nora directamente.

—Gracias —corearon los cinco.

—Hasta luego —se despidió, regresando a su mesa.

—Gisela, cuando quieres das miedo —se carcajeó Mateo.

—Te odio —le espetó Nora, con las mejillas todavía enrojecidas.

—No mientas. Me adoras porque soy genial, y porque gracias a mí Pablo sabe dónde encontrarte este fin de semana.

CAPÍTULO 8

«Yo soy rara, no es cuestión de unos días»
(Nora)

Mientras Gisela iba refunfuñando por haberse dejado convencer, cuando ella no necesitaba ayuda extra para aprobar ningún examen de inglés, Nora estaba perdida en sus propios problemas. Por primera vez en días estaba preocupada por ella misma.

Gracias a la actuación estelar de su amiga, el sábado iba a volver a tener la oportunidad de estar con Pablo, pero ¿y si él no se acercaba? ¿Y si lo hacía?

A lo largo de sus dieciocho años había salido con diversos chicos, no es que fuera ninguna mojigata, el problema residía en que ninguno de ellos le había calado tan hondo como lo había hecho Pablo. Y una parte de ella, la parte más oscura, se alegraba de no poder hablar con él con normalidad. Se sentía segura con ello, sabedora de que él no se interesaría por ella en esas circunstancias. Que Pablo hubiese hecho todo lo contrario a lo que ella esperaba la tenía completamente desubicada y preocupada.

La voz de Gisela la sacó de golpe de su ensimismamiento:

—¿Estás preocupada por el examen? —preguntó mientras entraba con ella en el ascensor del edificio en que vivía Nora y donde, casualmente, también lo hacía su profesor de clases particulares de inglés.

—¿Qué?

—El examen de inglés. Por eso estoy aquí, ¿no? ¿Te preocupa suspenderlo?

—Un poco. Al ser evolución continua, si lo apruebo será como si lo hubiera estado haciendo durante todo el curso. Es muy importante.

—No te preocupes, te va a ir genial.

—¡Eso espero! —dijo con énfasis al tiempo que abría la puerta del ascensor y salían, Gisela pensando en cómo ayudar a Nora a aprobar un examen, y Nora urdiendo el plan perfecto para juntar a Gisela y a Fran.

—¿Hice mucho el ridículo cuando me caí sobre él? —preguntó Gisela, parándose en la puerta y deteniendo la mano de Nora, que iba a presionar el timbre.

—¿De qué hablas?

—El sábado me caí sobre Fran. ¿Crees que piensa que soy una patosa?

—Claro que no.

La puerta se abrió antes de que llamaran, y del piso salieron Raúl y Mario, los compañeros de piso de Fran.

—¿Pasáis? —preguntó Raúl cediéndoles el paso.

—Sí, gracias —aceptó Nora, entrando la primera, mientras los chicos las miraban con abierto interés. La interrupción le había impedido interrogar a su amiga sobre la inesperada pregunta, pero no por ello iba a dejarlo correr.

Sin retomar el tema, entraron y se encontraron a Fran sentado a la mesa del comedor, enterrado entre toneladas de apuntes y de libros, tan ensimismado en su lectura que ni siquiera se había dado cuenta de que ellas habían entrado.

Nora observó a Gisela, que se mantenía en silencio a la espera de que alguien hiciera algo. Parecía algo incómoda, y quizás avergonzada. Tenía las mejillas sonrosadas y se mantenía erguida como el palo de una escoba.

Decidida a no decepcionar a su amiga, lanzó un grito agudo y molesto.

—¡Fran!

El aludido dio tan gran salto que lanzó por los aires el libro, los apuntes y el fluorescente que estaba usando para subrayar.

—Por Dios, Nora. ¿Tanto odias el inglés que te has propuesto matarme para evitar mis clases? —preguntó sonriendo cuando por fin pudo hablar.

Gisela le miraba con los ojos exageradamente abiertos, sorprendida porque se hubiera tomado a risa la broma. Si le hubiera sucedido a ella, le habría montado tal escándalo a su amiga que no se le hubiese ocurrido hacérselo de nuevo.

—No pretendo matarte. Te necesito para aprobar, ¿recuerdas? Aunque, después de haberlo conseguido, no lo descarto. Sería una venganza a la altura de la tortura a la que me sometes cada semana.

—No seas cruel. Tampoco soy tan malo dando clases.

Gisela comenzó a sentirse incómoda al ver la complicidad que había entre ellos. Desde el principio había sospechado que lo que su amiga quería era endosarle a su profesor, sobre todo teniendo en cuenta que en el Rules la había lanzado literalmente en sus brazos. No obstante, en ese momento lo dudaba.

Fue Fran quien la sacó de sus pensamientos al saludarla. Un instante después les ayudaba a recoger los papeles del suelo y la complicidad entre ellos quedaba en un segundo término.

Durante la hora siguiente estudiaron el temario que entraba en el examen entre risas y buen humor. La actitud de Nora volvió a despertar recelos en Gisela. Parecía como si quisiera dejarlos a solas todo el tiempo posible. En apenas sesenta minutos fue al baño cuatro veces y la puso al día de todas las virtudes de Fran, lo que, contrariamente a lo que Nora esperaba, la ponía de mal humor. Sobre todo porque Fran parecía tan encantado con los halagos de su amiga. Como si disfrutara del interés que despertaba en ella.

Todo ello llevó a que, cuando se marcharon, Gisela estaba enfadada con ambos, y no se molestó en ocultarlo.

—¿Se puede saber para qué me has traído? Y no me vengas con cuentos porque te conozco.

—Para que me ayudes con el inglés —se justificó sin mucha convicción.

—No te hacía falta para eso, es evidente que con Fran tienes más que suficiente. Además, llevas unos días muy rara.

—Yo soy rara, no es cuestión de unos días.

—Nora, no divagues. ¿Para qué he venido? Dime la verdad.

—Te he pedido que vinieras conmigo porque… Me gusta Fran. Y como eres mi mejor amiga, esperaba que lo conocieras mejor y que me dijeras si crees que tengo posibilidades.

—¿Te gusta Fran? —la incredulidad se notaba a leguas en el tono de voz—. ¿No querías endosármelo a mí?

—Sí, digo no. Sí, me gusta, y no, no quería endosártelo. Puede que le gustes tú, pero soy capaz de hacerle cambiar de opinión.

—¿Que le gusto yo?

—Me refiero a que prefiere a las rubias, pero seguro que le convenzo para que ponga a una *pelig-roja* en su vida —comentó, saliendo del paso con ingenio.

—No lo dudo, pero ¿y qué pasa con Pablo?

—Pablo también me gusta, pero Fran es tan maduro e inteligente… Me gusta estar con él.

—Sí, es inteligente y divertido. La verdad es que es un encanto. Se ha tomado de maravilla el susto que le has dado. Yo te hubiera dado una torta, pero…

—¿Pero qué? Es muy interesante. No seas superficial —la regañó Nora.

—No iba a decir nada de eso. Es solo que no lo veo para ti. No creo que sea la clase de chico que va contigo.

«¡Bien!», pensó Nora interiormente. A Gisela no le gustaba Fran para que saliera con ella, ¿sería porque lo quería para ella misma?

—Pues yo lo veo perfecto. La única pega es que prefiere a las rubias…

—Tampoco puedo opinar, al fin y al cabo, no le conozco mucho —concedió Gisela, finalmente—. Aunque no creo que sea tan superficial como para excluir a las morenas y a las pelirrojas.

—¿No, verdad? Bueno, en cualquier caso ya lo conocerás mejor pasado mañana, porque voy a necesitar que me ayudes.

—¿Pasado mañana? —Gisela entrecerró los ojos con recelo. ¿Qué estaría planeando ahora?

—Sí, Fran también va a ir al Rules, igual que Pablo. Voy a necesitar que entretengas a Fran mientras yo aclaro las cosas con Pablo.

—¿Qué tienes que aclarar, Nora? O te gusta o no te gusta. Punto.

—No lo sabré hasta mañana. Veremos cómo va la clase de inglés y después decidiré.

—¿Me estás diciendo que tienes que resolver con cuál de los dos te quedas? —Gisela no parecía muy contenta con la idea. De hecho, parecía molesta. ¿Estaría un poco celosa?

—Bueno, más o menos. Tampoco es que los dos estén interesados, pero una vez que me decida por uno, iré a por él a ver si me lo ligo.

—Con Pablo lo tienes más fácil —anunció Gisela con seguridad—. Él está interesado.

—¿Tú crees?

—Se nota que le gustas, a Fran, en cambio… Creo que solo le caes muy bien.

—Después de todo quizás me tiña de rubia —dejó caer, de nuevo intentando picar a su amiga—. Yo sería una rubia estupenda.

—Nora, estás loca, y lo peor es que tu locura es contagiosa.

Nora no estaba segura de que eso fuera cierto. Puede que una semana antes su plan de juntar a Gisela y a Fran, dos completos desconocidos, fuera una completa locura. No obstante, en esos momentos parecía el ataque de cordura más acertado que había tenido nunca.

CAPÍTULO 9

«Los chicos y las amigas puritanas son mi especialidad»
(Marta)

Compartir dormitorio con una hermana era un engorro por muchas razones, en especial porque: A) carecías de intimidad, lo que provocaba que, A1) tus cosas dejaban de ser objetos personales, A2) hablar de espacio era una utopía y, A3) nunca dejabas de ver las mismas cosas a lo largo de tu vida. ¿Ese jersey rojo que tanto odiabas porque picaba? Pasaba a ser el favorito de esa persona, llamada *hermana*, que compartía el cincuenta por ciento de tus derechos fundamentales.

Y encima ni siquiera podía encender la luz y ponerse a leer, en un desesperado intento de conciliar el sueño o simplemente porque le daba la real gana hacerlo.

Con tan deprimentes pensamientos, Nora era incapaz de dormirse, lo que hacía que diera vueltas y más vueltas en la cama, intentando encontrar una postura con la que sentirse cómoda. Tras casi una hora viendo pasar los minutos, la voz de Marta se oyó como un rayo en medio del silencio sepulcral del dormitorio:

—¡Estate quieta, por Dios! Quiero dormir.

—¡Qué bien! Yo no quiero. Me he metido en la cama para pasar el tiempo hasta que llegue la hora de levantarse para ir al instituto —dijo usando el sarcasmo, como hacía siempre que estaba de mal humor.

—Pues cierra los ojos y estate quietecita, ¿o es que pretendes dormirte por agotamiento?

—¡Muy graciosa! Ya lo he intentado y no funciona —se quejó.

Marta se sentó en la cama, acomodó su almohada sobre el cabecero, y una vez que se sintió cómoda, encendió la luz de su mesilla de noche, iluminando con ello su parte de pared, cubierta con pósteres y fotografías de actores y cantantes famosos.

—¿Qué te pasa para que no puedas dormir? Normalmente caes en cuanto tu oreja toca la almohada.

—Me he metido en un lío.

—¿Es por Fran y Gisela? —Parecía genuinamente sorprendida porque su hermana estuviera así por esa razón. No había nadie como Nora para preocuparse por cosas que no tenían la menor importancia.

—En parte. También por Pablo, porque Gisela esta tarde ha estado a punto de pillarme y le he dicho que me gusta Fran. Así que el sábado en el Rules voy a tener que tontear con Fran para que resulte creíble que me gusta, y Pablo lo verá, y meteré la pata.

Aunque también me preocupa que a Pablo le dé igual porque yo no le importo… Escoge, la lista es interminable.

—¡Tampoco es para tanto! ¿De verdad estás preocupada por eso? Si es la mejor jugada que has hecho en tu vida —se rio Marta—. Vas a poner celoso a Pablo, lo que hará que, si realmente siente algo por ti, se ponga las pilas de una buena vez, y además ya sabes cómo es Gisela de competitiva, sobre todo contigo. Estoy segura de que has acertado de pleno.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuántos años lleváis peleando Gisela y tú por ser Emma Bunton? —No esperó una respuesta, sino que siguió con el hilo de su idea—: Te has hartado a decirnos que a Fran le gustan las chicas rubias, lo que seguro que ha despertado la suspicacia en ella, que no es tonta y ha debido de olerse que la querías liar con Fran, y ahora vas y le dices que te gusta a ti. ¿De verdad crees que te lo va a poner tan fácil? Por no hablar de la cara de baboso con que Fran la miraba el sábado pasado.

—¿Me estás diciendo que Gisela va a intentar ligárselo solo para hacerme la puñeta?

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo.

—¿Cómo es que eres tan sabia siendo tan joven?

—Estoy versada en el tema. Los chicos y las amigas puritanas son mi especialidad —sentenció Marta con seriedad—. Ahora, duérmete, que no quiero tener ojeras por la mañana. Tengo que estar perfecta para mis admiradores —dijo con una risilla infantil.

—A sus órdenes —bromeó agradecida con su hermana, quien volvía a poner la almohada en su sitio y apagaba la luz de la lámpara como si no hubiera sucedido nada fuera de lo normal.

Cuando todo volvió a estar oscuro y en calma, Nora regresó a sus cavilaciones, aunque en esta ocasión no fuera preocupación lo que las motivaba, sino intriga.

¿Sería verdad lo que le había dicho Marta? No dudaba de que hubiera acertado en lo que concernía a Pablo, que como chico que era, y además acostumbrado a tener éxito entre las mujeres, se quedaría perplejo al ver que ella, aparentemente, no estaba interesada en sus maravillosos ojos (ni en el resto de su fabuloso físico).

Se relajó un poco al darse cuenta de que de algún modo el sábado sabría la verdad sobre el repentino interés que su compañero de inglés parecía haber comenzado a sentir por ella. Si, tras su coqueteo con Fran, a quien iba a tener que poner sobre aviso para que no se asustara, Pablo se mantenía al margen, lo mejor y más sensato era que superara su enamoramiento cuanto antes. Sí, se dijo, esa parte estaba bastante clara, lo que realmente la intrigaba era la parte que implicaba a Gisela.

Había sido su mejor amiga desde el parvulario. Y a pesar de que eran las dos personas más opuestas del mundo, eran capaces de superarlo para mantener una amistad que ambas sabían que compartirían por siempre. No obstante, también era cierta la apreciación de Marta, de alguna manera retorcida, de que siempre deseaban las mismas cosas. En el baile querían la misma posición en la pista, durante sus *playbacks* ansiaban ser la misma cantante… Lo asombroso era que esos pequeños enfrentamientos no deterioraban su amistad, más bien lo contrario: la activaban. La hacían madurar, ya

que no había más opciones que ir cediendo. De algún modo, eran el cemento que las mantenía unidas.

Tras el segundo bostezo se esforzó por dejar la mente en blanco, no sin antes decidir que iba a echar mano de esa tendencia a querer lo de la otra para conseguir sus objetivos.

Marta, por su parte, no había podido volver a dormirse.

Nora era algo más que su hermana mayor, era la persona que lo había compartido todo con ella. Le había ofrecido todo cuanto tenía, desde la ropa y el espacio hasta los amigos. Sabía que no era muy frecuente que dos hermanas de distintas edades salieran juntas, y sin embargo, Nora y los demás la habían acogido con afecto y confianza.

Y lo menos que podía hacer para agradecérselo, para que supiera que podía contar con ella incondicionalmente, era echarle una mano con el tema de Fran y Gisela, que tanto parecía preocupar a su Nora.

Puede que lo más acertado fuera olvidarse de ellos y centrar sus atenciones en ayudarla con Pablo, pero algo le decía, y conocía lo suficiente a su hermana como para tener la certeza de que era así, que Nora valoraría más su colaboración en su recién estrenada faceta de casamentera.

Con un poco de suerte, tal vez Gisela lo único que necesitaba era un empujoncito —un poco más sutil que el que Nora le había propinado en el Rules—, con el que seguir la dirección apropiada. Y si en algo tenía experiencia Marta era en salirse con la suya.

CAPÍTULO 10

«Cada vez que empiezas a decir algo así, me metes en un lío»
(Gisela)

El viernes a tercera hora de la mañana, cuando Nora trasladó sus cosas hasta el pupitre pegado al de Pablo, que solo utilizaba durante las clases de inglés, sobre él descansaban las cinco entradas para el Rules que Gisela le había pedido unos días antes mientras comían en la cafetería.

Resultaba llamativo el hecho de que se las hubiera dado a ella, ya que no fue quien se las pidió. De hecho, ni siquiera habían hablado del tema ni de ninguna otra cosa desde hacía varios días. Con una agradable sensación en el estómago se sentó en su silla y se dio la vuelta para agradecérselo, pero él se mantenía ocupado en otros temas. Para ser más exactos, estaba más interesado en hablar con Sonia Navarro, una compañera de clase, conocida por sus grandes… atributos, que en escuchar su agradecimiento o en molestarse, siquiera, en reconocer su presencia.

Pablo no miró al frente ni en su dirección hasta que la profesora se acomodó en su lugar y exigió la atención de sus alumnos.

Sorprendida por el modo deliberado en que la estaba ignorando, Nora se propuso actuar con madurez y hablar la primera:

—Gracias por las entradas —susurró, acercándose sutilmente a su oído. Lo que fue sin duda un error de cálculo, ya que al hacerlo se vio sorprendida por el aroma de su colonia y la calidez de su cercanía.

—De nada —su respuesta fue dicha sin mostrar sentimiento alguno. Ni se movió ni la miró. Se limitó a seguir con la mirada al frente ignorando su presencia.

Por primera vez en los últimos días, Nora volvió a sentirse tonta e incómoda a su lado, aunque a ello se le unía un sentimiento nuevo de rabia. «¿Se puede ser más cretino?», se preguntó completamente descolocada por sus cambios de humor. El sábado había salido tras ella en cuanto la vio abandonar el Rules, y le ofreció su apoyo cuando Gisela se marchó enfadada, y, justo cuando creía que podía haber una posibilidad, por remota que fuera, de que él sintiera algo por ella, iba y le demostraba que no podía estar más equivocada.

Eso le pasaba por bajar la guardia y hacer caso a las locuras de Marta. Por dejarse llevar por la esperanza de que quizás sí que le gustaba. Sintiéndose tonta, se esforzó por apartarle de su mente y centrarse en lo que decía la profesora. Tarea difícil en cualquier momento e imposible en esa ocasión.

La clase transcurrió en la misma tónica de indiferencia. No obstante, cuando la profesora se marchó del aula y Nora volvió a recoger los bártulos para regresar a su sitio de siempre, Pablo la sorprendió despidiéndose de ella con una mirada directa y una cálida sonrisa.

—Hasta luego, Nora.

—Deberías hacértelo mirar —fue su respuesta. Exactamente la que alguien que la conociera bien podría haber aventurado que le daría.

—¿El qué? —la confusión se leía en sus ojos azules.

—Tu bipolaridad, Pablo, ¿qué si no?

Y dicho aquello, se dio la vuelta y se marchó airada, y más enfadada que cuando la había ignorado abiertamente. En su arranque había mostrado a la verdadera Nora, la que se reponía a los desastres y le plantaba cara al fracaso. Contra todo lo que hubiera esperado, su tempestiva reacción dejó al chico más admirado que nunca.

—Nora, ¡espera! —pidió, pero ella ni siquiera hizo ademán de haberle escuchado. Siguió andando con la cabeza bien alta y el orgullo trabajando horas extra.

Y es que el pobre había calculado mal su reacción. Su intención al dejarle las entradas sobre la mesa y coquetear frente a ella con Sonia era la de enviarle la señal de que, si bien estaba interesado, iba a tener que ser ella la que diera el primer paso, después de todo no era él quien tenía un profesor particular universitario con el que quedaba los fines de semana.

En lengua Gisela intentó tantear a Nora, preguntándole qué tal le había ido la hora de clase junto a Pablo. Era evidente que su amiga había estado pendiente de ellos y que sabía que apenas habían hablado, pero parecía muy interesada en que le confiara su decisión sobre con quién iba a coquetear el sábado.

—¿No le has visto con Sonia? No me ha hecho ni caso hasta que no ha sonado el timbre de cambio de clase.

—No seas paranoica, solo estaban hablando.

—¿Hablando antes de la única clase en que nos sentamos juntos? Me ha ignorado por completo. No te hagas la tonta, lo has visto perfectamente —la acusó, poniéndose la mano delante de la boca para que el profesor de lengua no se diera cuenta de que estaba hablando mientras él trataba de explicarles las oraciones subordinadas adjetivas explicativas.

—Entonces, ¿vas a seguir con tu plan de ganarte a Fran o todavía tienes esperanzas con Pablo?

Nora comenzó a dar saltitos mentales, completamente eufórica. ¿Por qué le interesaba tanto a Gisela que se decidiera por Fran?

—Seguro. Ya te dije que me parece más maduro, y al menos él no me ignora.

—¿Crees que tienes posibilidades?

Se calló deliberadamente. Fingiendo que atendía a la explicación, dejó que Gisela especulara sobre su posible respuesta. Su mejor amiga era demasiado inteligente como para insistir en busca de contestación y delatar con ello su interés, y Nora se aprovechó

de ello, de modo que no volvió a sacar el tema hasta que estuvieron sentadas en el autobús, al finalizar las clases, camino de casa.

—Gisela, sabes que eres mi mejor amiga y que confío en ti, ¿verdad?

—¿A qué viene eso? Cada vez que empiezas a decir algo así, me metes en un lío —preguntó descolocada.

Detrás de ellas, Mateo se tapó la boca con las dos manos para amortiguar sus carcajadas. Tania le dio un codazo para que se callara y los dos, que sabían por dónde iban los tiros, se quedaron a la espera del discurso de Nora, quien era capaz de venderle aire hasta a un pez.

—Menos mal que Marta se ha ido con Juan en moto. Ella no habría sido tan discreta como yo —cuchicheó Mateo.

—¡Calla! —amonestó Tania—. No me dejas escuchar.

Nora siguió con su conversación.

—Tengo un problemilla. ¿Te acuerdas de que me preguntaste hace unos días si quería endosarte a Fran?

La rubia asintió con la cabeza.

—Quería hacerlo. Él me confesó que le gustabas y yo pensé que sería un novio estupendo para ti… El problema es que ahora me gusta. Me gusta de verdad.

—¿Y?

—No quiero meterme en medio si a ti también te interesa. —Su expresión desolada bien le habría valido un Goya.

—Es simpático… Y me cae bien, pero no tengo planeado tener novio por ahora… Quizás en unos años…

—¿Y eso qué significa? ¿Me dejas el camino libre?

—Sí… Supongo. Aunque no creo que te haga falta que yo te deje nada. En cualquier caso, creo que deberías pensar bien las cosas antes de hacer ninguna locura. Aún no me has dicho qué vas a hacer con Pablo y, sinceramente, creo que es más adecuado para ti.

—No estoy tan segura. A Pablo le gustan todas. No es muy de fiar.

—Si tú lo dices —concedió.

—Lo digo. La pena es que es tan guapo…

Gisela no añadió nada más, giró la cabeza y se puso a mirar por la ventanilla.

Tras ellas, Mateo y Tania gesticulaban exageradamente.

—¡Se lo ha vendido! —comentó Mateo siseando en el oído de su amiga.

—¿Sabes lo que va a pasar ahora, no? —respondió Tania del mismo modo.

—¿Que mañana nos lo vamos a pasar de muerte?

—Eres un sádico —zanjó riendo.

CAPÍTULO 11

«Soy un tío majo y tú pareces deprimida,
¡qué le voy a hacer! Me sale natural»
(Fran)

Lo primero que Nora hizo el sábado, antes de ir a sus clases de baile, fue subir a casa de Fran y ponerle al día de sus intenciones. A pesar de que Marta le había aconsejado que no lo hiciera, ya que sería más creíble si parecía natural, teniendo en cuenta lo pésima actriz que la consideraban todos —algo con lo que ella no estaba de acuerdo—, decidió que no tenía ganas de sufrir ningún rechazo más, aunque fuera de Fran, sobre todo estando Pablo tan cerca.

Tal y como había esperado, su profesor particular se lo tomó con buen humor, divertido por la idea de verla coquetear con él para poner celosa a su mejor amiga. Su afinidad con ella se iba haciendo cada vez más profunda. A diferencia de Gisela, quien se tomaba las locuras de Nora con resignado estoicismo, para Fran eran los pequeños detalles los que hacían la vida divertida, y como tales los valoraba. Nora era una persona especial y una amiga entregada.

—¿Crees que va a funcionar? Yo lo veo una táctica infantil muy vista. Y además no me lo tendrías que haber contado, ahora me dará la risa cuando me pongas ojitos.

—No te voy a poner ojitos, y no te preocupes por que funcione. Lo hará. Gisela es más infantil de lo que parece y está predispuesta a ver que hay algo entre nosotros.

—Un piropo fabuloso para ofrecerle a tu mejor amiga —la pinchó, de muy buen humor.

—Soy sincera. Además, míralo por el lado bueno, podrás terminar de criarla a tu gusto.

Fran estalló en carcajadas.

—Nora, eres genial. Mordaz, pero genial.

—Lo sé —dijo riendo—. Pero no te emociones, que el coqueteo será de mentira, y ya puedes seguirme el juego porque además de a Gisela quiero poner celosa a otra persona.

—¿A quién?

—No le conoces. Es un compañero de clase del que quiero vengarme.

—No te preocupes, seré muy creíble —dijo Fran llevándose la mano al corazón para dar énfasis a su promesa—. Estaré a la altura del agravio que has recibido.

—Pero sin pasarse. No sobreactúes, que solo me ignoró un poco en clase —explicó, temiéndose que Fran quisiera montar una obra en tres actos.

—Entonces, ¿no voy a poder besarte? ¡Qué pena! Y eso que prefiero a las rubias —se

guaseó—. Pero contigo estaba dispuesto a hacer una excepción.

—No voy a picar. Ya conozco tu humor negro.

Fran se puso serio de repente, mirándola con fijeza.

—Estaba hablando en serio, Nora. Para que quede claro que nos gustamos tiene que haber beso.

—¡Oh!

—¡Picaste! ¡Otra vez! —se carcajeó.

—¡Idiota!

—¡Vamos! No te enfades —pidió aguantándose la risa—. No es culpa tuya que yo sea tan bueno, a diferencia de ti.

Nora le observó, entrecerrando los ojos.

—Dime una cosa, ¿por qué aceptas meterte en este lío? ¿Tanto te gusta Gisela? —Hasta ese instante no se había parado a pensar en las motivaciones de Fran para seguirle el juego. No solo era mayor que ellas, también era más maduro y centrado. No obstante, estaba muy implicado para que se tratara de algo casual.

Los ojos de Fran habían perdido el brillo divertido y le devolvían la mirada con seriedad.

—Me gusta Gisela. Hace mucho tiempo que no me gusta nadie, y para ser sincero es la primera vez que tengo un flechazo. Sea lo que sea, me gusta lo suficiente como para dejarme llevar y ver en qué acaba esto. Y por otro lado, estás tú…

—¿Yo? —interrumpió, incómoda por aparecer en la ecuación.

—Creo que eres una persona maravillosa, Nora, y si tú te tomas tantas molestias para que Gisela y yo nos conozcamos mejor, debe de ser porque vale la pena el intento.

—¿Ahora me haces la pelota? —dijo intentando parecer indignada sin conseguirlo.

—Soy un tío majo y tú pareces deprimida, ¡qué le voy a hacer! Me sale natural —se burló, a pesar de que era cierto lo que decía.

—De verdad que no sé para qué malgasto mi tiempo contigo —se quejó, ocultando una sonrisa.

Y sin añadir nada más se marchó a sus clases de baile, dejándolo partirse de risa mientras, como un buen anfitrión, la acompañaba hasta la puerta del ascensor.

Nora no dejaba de sacar ropa del armario para desecharla después dejándola caer en el montón que se acumulaba encima de su cama. Hacía por lo menos media hora que Marta se había marchado, cansada de esperar a que se arreglara.

Normalmente era su hermana pequeña la que tardaba, y ella la que se marchaba cansada de esperar. No obstante, en esa ocasión se habían cambiado las tornas. Había intentado convencer a Marta de que el desorden en su ropa no se debía a que Pablo iba a estar en el Rules, pero ni siquiera había logrado convencerse a sí misma, así que mucho menos iba a lograrlo con su suspicaz hermana.

Y allí seguía sin decidirse por nada cuando llamaron a la puerta del dormitorio:

—¿No te habías ido? —gritó, creyendo que era Marta la que estaba al otro lado.

Fue la cabeza de su madre la que asomó por la puerta entreabierta.

—Nora, ¿va todo bien? —preguntó al ver el desastre que era su parte del dormitorio.

—No. No tengo nada que ponerme —se quejó malhumorada.

—Nadie lo diría viendo todo lo que hay sobre tu cama —comentó con sarcasmo.

—No me queda bien nada, y mi ropa es de niña pequeña.

Antes de contestar, su madre se sentó en la única esquina de la cama que no estaba ocupada.

—Eso no me lo creo. ¿Me vas a decir qué pasa de verdad?

Nora se encogió de hombros.

—Quiero estar guapa y no me gusta nada de lo que tengo.

—¿No me vas a decir por qué quieres estar guapa?

—¿Porque sí?

Su madre se rio, a su pesar, ya que pretendía tomarse la conversación con la seriedad que parecía tener para su hija.

Con decisión se levantó de la cama y se dispuso a hurgar en el montón de ropa descartada por Nora, a la caza y captura del modelito perfecto. Poco satisfecha con lo que veía, murmuró por lo bajo, aunque no lo suficiente como para que Nora no la oyera.

—Tienes razón, no me gusta nada.

—¡Lo ves!

Guiñándole un ojo, se acercó al armario de su hija menor y lo abrió, sabiendo exactamente lo que buscaba. Con una sonrisa de victoria descolgó una falda corta de la percha y se la tendió a Nora, que había abierto los ojos exageradamente.

Era vaquera y muy muy corta. Marta se la había comprado después de ahorrar la paga de dos semanas. Y la guardaba solo para las ocasiones especiales.

—La falda de tu hermana quedará genial con mis botas altas de tacón —ofreció con una sonrisa.

—Marta me va a matar cuando me vea con ella.

—No lo creo. Tu hermana siempre anda preocupada por tu vida amorosa, seguro que entiende que quieras impresionar a alguien. Ahora busquemos un jersey, a ser posible con escote, que le quede bien al conjunto, y que consiga que el chico en cuestión babee al verte.

Nora se rio, mucho más relajada de lo que había estado unos minutos antes.

—¿Cómo sabes que hay un chico?

—Nora, hija, siempre hay un chico —zanjó con convicción—, ya tienes edad para saberlo.

CAPÍTULO 12

«¡Maldito sub... gusano!»
(Marta)

Contra todo pronóstico, Marta no entró en combustión espontánea cuando vio a su hermana ataviada con su preciada falda. Ni siquiera parecía molesta por que la hubiera cogido sin su permiso, lo que despertó emociones contradictorias en Nora. ¿Sería cierto, tal y como le había dicho su madre, que su hermana estaba preocupada por su nula vida sentimental? ¿Le tendría lástima y por eso no se había enfadado? Siendo sincera, si hubiera sido al revés y Marta le hubiera tomado prestada ropa sin decírselo previamente, le habría montado un buen número por ello.

—Te queda bien. Pablo no va a tener nada que hacer contra ti —se rio, y añadió con una sonrisa calculadora—: Pero ni se te ocurra manchármela o te asesinaré mientras duermes.

—Te lo prometo.

—Más te vale.

Tras la breve conversación, las dos hermanas entraron a la hamburguesería de siempre, donde estaban sus amigos, y se dispusieron a cenar y a charlar, en definitiva, a hacer tiempo hasta que llegara la hora de ir al Rules y alzar el telón.

—¿Creéis que Miguel pensará en mí alguna vez? —preguntó Tania a nadie en particular tras la segunda cerveza.

El comentario fue tan inesperado que hizo que todos se callaran de golpe.

Ninguno de ellos había vuelto a dedicarle un pensamiento a Miguel. Tras los primeros días de ruptura, Tania parecía encontrarse más repuesta, y egoístamente cada uno había ido preocupándose por sus propios problemas y olvidándose de la tristeza y del dolor de su amiga, quien por lo visto había estado fingiendo muy bien. Porque, en cuanto se había desinhibido por el alcohol, comenzaba a darle vueltas al tema.

No debería haberles sorprendido porque Tania y Miguel habían estado saliendo durante dos años y parecían la pareja perfecta, era lógico que a ella le costara superar la ruptura. De hecho, nadie se esperaba que pudieran llegar a separarse, todos tenían la sensación de que iban a estar juntos siempre.

Durante su relación, había resultado evidente a todo aquel que tuviera la dudosa suerte de quedarse a solas con ellos que estaban completamente enamorados, por lo que Nora comenzó a sentirse culpable por no haberle dedicado su tiempo a Tania. Se había

centrado tanto en Gisela y Fran que había perdido por completo la perspectiva, olvidándose de la persona que más la necesitaba.

—Seguro que sí, cariño —contestó Nora, al comprobar que nadie parecía dispuesto a decir nada—. Habéis estado juntos tanto tiempo que dudo que pueda borrarte tan rápido de su cabeza.

—Entonces, ¿por qué me dejó?

—Porque es un idiota —intervino Mateo—. No hay otra explicación para que te cambiara por la fea esa.

—¡Maldito sub… gusano! Cómo se atreve a dejarte —terció Marta, que se dio cuenta a tiempo de que iba a desbocarse y a dejar suelta la lengua.

—¿Subgusano? —preguntó Mateo con una risita burlona—. ¿Qué es eso?

—Algo muy malo.

—Te lo has inventado —la acusó sin dejar de reírse de ella.

De todos sus amigos, Mateo era el que más estaba disfrutando de que Marta no pudiera decir palabrotas. Tanto era así que había llegado a pensar que quizás después de todo era él el chivato de su madre. Al fin y al cabo, cosas más raras se habían visto.

—Ya vale —cortó Gisela la discusión—. Tania necesita ánimos, no peleas.

—Estoy bien. Solo quería saber vuestra opinión. Saber si creéis que se ha arrepentido de dejarme.

—¿Cambiaría algo? ¿Le aceptarías si viniera y te pidiera disculpas? —el tono de Nora le dijo a Tania que su amiga esperaba una negativa por su parte.

Se tomó unos segundos para meditar la pregunta y ser lo más sincera posible. Una parte de ella estaba resentida con él porque hubiera sido capaz de dejarla con tanta facilidad. Debía reconocer que esa era una parte pequeña en comparación con lo que todavía sentía por él.

De modo que, una vez que fue consciente de ello, respondió con la más absoluta verdad.

—Sí. Todavía le quiero. El problema es que él ya no me quiere a mí. Pero que le aceptara no quiere decir que no me guste la idea de verle arrepentido y arrastrándose a mis pies pidiendo perdón. —La imagen que se materializó en su mente suavizó un poco el dolor.

—¡Oh, cariño! —la abrazó Nora, que estaba sentada a su lado—. Seguro que con el tiempo se arrepiente.

—Abrazo de grupo —pidió Mateo, y con un estruendo de sillas todos se pusieron en pie y rodearon a Tania, quien durante un instante olvidó sus penas.

Siguieron allí casi una hora más, intentando animar a Tania y recordando anécdotas graciosas que habían compartido juntos para que, aunque fuera por una noche, se quitara de la cabeza las tristezas que todavía eran demasiado recientes para olvidar.

Aunque participó en la conversación como una más, Nora no podía quitarse de la cabeza la idea de que había abandonado a una amiga cuando más la necesitaba. Y lo peor de todo residía en que justamente esa noche, que era cuando más la necesitaba, ella ya había ideado un plan para estar al lado de Gisela.

Fue en ese mismo instante cuando tomó la decisión de dedicarle la noche a Tania. Gisela y Fran iban a tener que apañarse ellos solos, y Pablo..., lo mejor era que ni siquiera pensara en él. Desde siempre había tenido claro que los amigos estaban por encima de todo lo demás. Incluso de los ojazos azules de Pablo.

El Rules estaba tan lleno como siempre. Siguiendo el mismo camino que la semana anterior, se encontraron junto a Fran, Fernando y sus amigos.

Marta se lanzó rápidamente a los brazos de Fer mientras Tania y Mateo se encargaban de ir a la barra a por las bebidas.

Nora decidió aprovechar la ocasión para hablar con Fran y contarle que el plan se posponía, pero cuando se giró hacia él, se encontró con que este estaba hablando con una sonriente Gisela, que se dio la vuelta para mirarla de modo instintivo, como si hubiera notado su escrutinio en la nuca. Su rostro tenía una expresión de culpabilidad que a Nora le pareció un buen indicio.

Tuvo que esperar a que Gisela se alejara para acercarse a Fran:

—Esta noche no voy a poder estar pendiente de ti —le dijo hablándole al oído.

Fran se llevó ambas manos al pecho fingiendo una punzada de dolor.

—Me hieres, ¿por qué has decidido abandonarme? Yo que creía que estabas loca por mí.

—Tania está mal.

—¿Está enferma? —inquirió, ya sin rastro de hilaridad en su voz.

—Está deprimida. La han dejado hace poco. Su novio de siempre.

—Entiendo. Te propongo un nuevo plan. Déjame ayudarte a animarla. Yo soy muy gracioso, y soy un chico. Seguro que le subimos la moral en un pispás. Además, te prometo que soy un payaso muy competente.

Nora le ofreció una sonrisa deslumbrante y sincera. Sabía que Fran era una persona encantadora, alguien en quien se podía confiar, y acababa de volver a demostrárselo.

—Estoy segura de ello, y acepto encantada tu oferta. Como bien has resaltado —dijo riéndose abiertamente—, eres un chico y Tania necesita sentir que todavía os interesa.

—¡Fantástico! ¿Cuáles van a ser mis tareas? ¿Le digo lo guapísima que está? Por cierto, tú también estás impresionante —comentó haciendo un intento de reverencia formal, algo impensable dado el reducido espacio.

—Muchas gracias, pero mejor empecemos con otra cosa. Vamos a hacerla bailar.

—Puede que eso no se me dé tan bien —comentó Fran, pero aun así la asió de la mano y tiró de ella hacia Tania, que en ese instante llegaba con Mateo y las copas.

En cuanto repartió las bebidas, la secuestraron y se lanzaron con ella al medio de la pista. Si en un primer momento Tania parecía tímida y avergonzada, el disgusto no duró más que unos minutos.

Tania y Nora no podían dejar de reír por culpa de los exagerados movimientos de Fran, que este reservaba para los instantes en que las chicas parecían querer sentarse. El baile, las bromas y las risas reinaron durante casi una hora. Tras ello, con la garganta reseca, se desplazaron hasta la barra para recuperar fuerzas.

—Fran, eres todo un bailarín —aprobó Tania.

—Se hace lo que se puede.

A pesar de que se lo estaba pasando muy bien con Tania y Fran, una parte de ella se sentía decepcionada por no haber podido pasar tiempo con Pablo, quien hacía unos tres cuartos de hora que había llegado con sus amigos, colocándose cerca de ella, pero sin acercarse a saludar.

Mientras Fran pedía tres botellines de agua, Tania se aproximó a su oído y le dijo que no fuera cobarde, que se acercara hasta donde estaba Pablo y que le saludara. Al fin y al cabo, había sido él quien les había conseguido las entradas, y era un compañero de clase. No era tan descabellado que hablara con él.

—¿De qué habláis vosotras dos? —preguntó Fran, ofreciéndoles una botella de agua a cada una.

—Ahí está el chico que le gusta a Nora —contó Tania—. El que lleva la camiseta y los vaqueros negros. El que está hablando ahora con el chico de la camiseta roja.

—¡No miréis! —pidió Nora, pero fue ignorada por los dos.

—Deberías ir a saludarle, ya sabes, coquetea con él un poco. Si no te sale, piensa que soy yo y listo —dijo con una sonrisa traviesa—. Además, esta noche estás estupenda —la elogió acercándose y dándole un cariñoso beso en la mejilla.

Nora sonrió encantada.

—Sí, ¿verdad? La falda es muy bonita.

—No es la falda, eres tú —afirmó Tania.

—Vale. Voy a ir porque, si me quedo más tiempo con vosotros, me vais a hacer llorar de emoción —dijo, disimulando lo mucho que le había afectado el cariño de sus amigos.

Le tendió a Tania la botella de agua, suspiró con fuerza y, sin darse tiempo para pensarlo mejor, se dio la vuelta y caminó en la dirección en la que se encontraba Pablo con sus amigos.

Mientras se acercaba, sus miradas se encontraron, pero antes de que pudiera sentirse esperanzada de que él estuviera tan pendiente de ella como para localizarla al segundo, Pablo hizo algo que la dejó completamente perpleja: le tocó el hombro a una chica, quien le sonrió como si se conocieran.

Sin dejar de mirar a Nora, le pasó el brazo por los hombros, le susurró algo a la chica al oído y, lentamente, bajó su brazo de la espalda a la cintura atrayéndola hacia sí en el proceso. En cuanto la tuvo pegada a él, bajó la cabeza y la besó en los labios durante un largo minuto.

Tras el beso la tomó de la mano y salió de allí con ella sin volver a dirigir una sola mirada a Nora, quien, parada en medio de la pista, con todo el mundo bailando a su alrededor, se dio cuenta de que el amor era un terreno vetado para ella.

Por alguna razón, lo único que veía de él eran rupturas, desamor, relaciones esporádicas y traiciones.

—Eres idiota —murmuró en voz alta, aunque una parte de ella no supo si se lo decía a Pablo o a sí misma.

Consciente de que no podía seguir allí parada como un pasmarote, echó a andar camino del lavabo, pasando por delante de sus compañeros de clase y fingiendo que no le había afectado lo más mínimo que Pablo saliera con otra persona. Y es que lo que menos deseaba en esos momentos era enfrentarse a las miradas curiosas de sus amigos.

Pablo se arrepintió tres segundos después de haberlo hecho, pero estaba tan molesto por que estuviera acompañada por su profesor de inglés que en ese instante lo único en lo que pensó fue en darle a probar de su propia medicina.

Para su desgracia, su error de cálculo le costó más de lo que hubiera esperado. Ni siquiera estuvo fuera con la chica ni media hora, pero el daño ya estaba hecho.

A pesar de ello, cuando regresó fijó su atención en Nora, a la que no perdió de vista durante el resto de la noche. Ella parecía divertirse, como si no le hubiera importado el beso lo más mínimo. Si le hubiera mirado aunque fuera una sola vez, podría haberse hecho la ilusión de que lo hacía para no demostrarle que le había hecho daño al restregarle a la chica. El problema era que no había vuelto a mirarle, no había girado la cabeza para comprobar cómo reaccionaba él a su desdén. Nora actuaba como si se hubiera olvidado por completo de su existencia.

CAPÍTULO 13

«No sabía que para el amor se necesitara preparación»
(Nora)

Ya era la hora de marcharse y todas se habían dado cuenta de la desaparición de Mateo. Como buenas amigas, habían estado cuchicheando sobre ello, no obstante, lo que ninguna esperaba era que este regresara de su escapada con semejante expresión de pánico en el rostro. Estaban a punto de mandarle un SMS cuando este reapareció a su lado.

—¿Qué sucede? ¿Dónde te habías metido? —preguntó Marta, que acababa de despedirse de Fer y todavía tenía los labios hinchados por los besos.

—Luego os lo cuento, de camino a casa.

—No nos puedes dejar así —se quejó Marta.

—Paso de contarlo cuatro veces. Luego.

Tras semejante afirmación, Marta corrió la voz y todas se organizaron para salir de allí cuanto antes, Marta, Gisela y Tania ansiosas por conocer el chisme, y Nora desesperada por salir de allí y dejar de ver a Pablo, quien, aunque no había vuelto a acercarse a ninguna chica, le estaba poniendo los pelos de punta al no dejar de mirarla.

—Creo que acabo de conocer al hombre de mi vida —soltó sin ambages en cuanto salieron a la calle.

—¿Y eso es malo? —Gisela parecía confundida, por el tono en que lo había dicho Mateo parecía una catástrofe más que un momento para recordar.

—Por supuesto que lo es. ¡Es horrible! No estoy preparado para ello.

—No sabía que para el amor se necesitara preparación. —Nora se sentía frustrada por el camino que había tomado la noche y estaba dispuesta a pagarlo con quien le diera pie.

—Ahí demuestras lo poco que sabes sobre el tema —espetó Mateo—. Te creía más lista —dijo de broma, sin imaginar que ella se lo iba a tomar tan mal.

—Probablemente más que tú. Yo no me he pasado media vida tirándole los trastos a todo lo que llevara falda para después descubrir que lo que me pone son los pantalones.

—¡Nora! —amonestó Marta.

—Ni Nora ni leches, es la verdad. Y la verdad no ofende.

—No le hagas caso, está de bajón por lo de Pablo —explicó Tania mirando con comprensión a su amiga, ya que sabía de primera mano lo que esta estaba sintiendo.

Nora le respondió lanzándole una mirada fulminante, pero no lo negó.

—¿Pablo? ¿Qué ha pasado con Pablo?

—Te lo cuento cuando nos pongas al día de lo tuyo —ofreció Nora, dispuesta a olvidarse durante un rato de sus problemas—. A juzgar por tu cara de terror, lo tuyo es peor que lo mío.

Asintiendo con la cabeza, Mateo empezó a contarles cómo, cuando había ido con Tania a la barra a por las bebidas, el camarero se había mostrado extremadamente amable y sonriente. Eso había despertado su interés, puesto que no había podido decidir si su amabilidad era por Tania o por él mismo. Con intención de satisfacer su curiosidad, y completamente encantado con él, le había ofrecido a Raúl, el compañero de piso de Fran, su copa, consiguiendo la excusa perfecta para regresar a la barra y buscarle.

Como la primera vez, el camarero se acercó a él en cuanto se apoyó sobre la barra. Había otra gente delante de él, pero los pasó por alto para atenderle.

—¿Lo mismo de antes? —preguntó, dando a entender que le recordaba a la perfección.

—¿Por qué no me sorprendes? —lo desafió Mateo con una mirada que mostraba más que las palabras.

—Puedo tomarme media hora de descanso —anunció—. ¿Te he sorprendido lo suficiente? ¿O necesitas que sea más claro?

—Lo necesario.

Cinco minutos después se escondían entre las cajas de refrescos y cervezas del almacén, y la media hora había pasado a ser una hora completa, en la que no solo se habían dejado llevar por las hormonas, sino que habían tenido tiempo para hablar y conocerse un poco mejor.

Nico, que así se llamaba el camarero, le había dado su número de teléfono a Mateo con la esperanza de volverlo a ver. El problema era que Mateo se sentía más aterrado de lo que estaba dispuesto a admitir. Hacía relativamente poco tiempo que había salido, oficialmente, del armario, y aunque tenía completamente clara su sexualidad, todavía no se encontraba del todo cómodo en su piel.

Sus amigas eran la parte más cuerda de su vida, las que le mantenían con los pies en el suelo, y justo en el peor momento se topaba con el chico perfecto para él. No necesitaba pasar más tiempo a su lado para saber que ambos se compenetrarían a la perfección. La conexión había sido instantánea, y tan poderosa que le asustaba, pero era demasiado joven y él quería experimentar la vida al máximo, y sabía por la experiencia de Tania que una relación estable cortaba mucho las alas.

—Qué historia más bonita —comentó Tania soñadora—. Deberías llamarle y ver qué sucede.

Habían decidido volver a casa paseando para aprovechar el tiempo y ponerse al día de los detalles de la noche.

—Al menos tu noche ha sido fantástica —comentó Gisela alicaída.

—Oye, la mía ha sido estupenda —aclaró Marta, quien se había pasado el tiempo pegada a Fer.

—¿Se puede saber por qué tu noche ha sido mala? —la pregunta de Nora iba directamente a Gisela.

—No sé, será porque mis dos amigas se han pasado la noche tonteando con Fran y olvidándose de todo, la otra la ha pasado pegada a su novio y Mateo ha desaparecido con su gran amor, lo que me ha dejado sola y aburrida.

Nora se animó al comprobar que sin querer había matado dos pájaros de un tiro: había animado a Tania y puesto celosa a Gisela.

—Podrías haber venido a bailar con nosotros —comentó Nora—. Si no lo has hecho, ha sido porque no has querido.

—No quería molestar.

—¿Por qué ibas a molestar? Espera… ¿Estás celosa? —Nora no tenía la cabeza para muchos razonamientos; de haberla tenido, se habría guardado el comentario.

—No seas ridícula —se defendió.

—Chicas, no os peleéis y contadme qué ha pasado con Pablo —intervino Mateo.

—Fácil. Se ha ido con una chica delante de mis narices —zanjó Nora alzando la voz más de lo debido—. ¿Dejamos el tema?

Tras ello, nadie volvió a mencionarlo durante todo el camino de regreso.

Al llegar a casa, Nora se metió en el baño a toda prisa antes de que lo hiciera Marta. Se desmaquilló metódicamente, se puso su pijama favorito y se acostó con la sensación de que ese día había fracasado en todo lo que se había propuesto. No solo había descubierto que era una pésima amiga al olvidarse de apoyar a Tania en un mal momento, sino que también se había embarcado en una locura casamentera, y como colofón se había *encaprichado* —no estaba dispuesta a llamarlo de otro modo— del chico más guapo y popular de todo segundo de bachillerato del instituto Juan Boscán, haciendo con ello el ridículo más absoluto.

—Nora, ¿estás durmiendo? —susurró Marta desde su cama.

—No.

—Yo tampoco —comentó, aunque era evidente—. ¿Sabes? Creo que Pablo lo ha hecho por despecho.

—No te ofendas, Marta, pero tus teorías no suelen ser muy acertadas. Además, no me importa por qué lo haya hecho. ¡Se acabó! No voy a hacer más el ridículo con él. Me niego.

—¡Calla y escucha! Te has pasado toda la noche bailando y haciendo el tonto con Fran, seguro que pensó que no estabas interesada —insistió—. Apostaría a que estaba celoso.

—Sinceramente, lo dudo mucho. Tania estuvo con nosotros todo el tiempo. Las dos bailamos con Fran —aclaró, y cuando comprendió que, si seguía dándole pie su hermana, se pasaría la noche desmigando el tema, decidió zanjarlo—: De todos modos, ya te he dicho que no me importa. Voy a seguir tu máxima: hay más peces en el mar…

—Nunca creí que diría esto —se calló unos segundos para darle dramatismo al momento—, pero no creo que sea buena idea. No para ti, Nora. Tú eres diferente.

—Buenas noches, Marta —la cortó antes de que sacara a relucir su vena dramática.

—Que descanses.

En algún momento de la noche, el cansancio pudo con ella y se quedó dormida. Había sido una noche sin sueños, por lo que al despertar se sentía relajada, a pesar de la cantidad de ideas que bullían en ese momento en su cabeza.

La actitud de su hermana la noche anterior, comprensiva y preocupada… El modo en que sus amigos dejaron de hablar del tema en cuanto ella se lo pidió, algo que en circunstancias normales nunca hubieran hecho. Se habrían dedicado a especular el motivo por el que había sido tan descarado en su rechazo, y habrían seguido analizando cada una de sus reacciones con ella desde principio de curso.

En esa ocasión, en cambio, se habían mostrado discretos y comprensivos, como si quisieran facilitarle el mal trago, como si… sintieran lástima por ella.

Se dio la vuelta en la cama y comprobó que era casi la hora de comer. Los domingos eran el único día de la semana en que su madre les permitía dormir todo lo que quisieran. No así los sábados, que antes de irse a clase de baile tenían que ayudarla con la limpieza e ir a hacer la compra. Para llegar a tiempo a todo, Marta y ella se repartían las tareas, una acompañaba a su madre al supermercado y la otra se encargaba de recoger la casa y limpiar lo que fuera necesario.

Se levantó sin hacer ruido, ya que Marta todavía dormía, y se escabulló con una muda limpia en el cuarto de baño. Se metió bajo la ducha con el agua lo más caliente que pudo soportar, y una vez vestida salió en busca del desayuno.

Recordando el interés de su madre en su vida sentimental la tarde anterior, se obligó a sonreír cuando entró en la cocina.

Su padre estaba tras los fogones, como cada domingo era él quien se encargaba de cocinar. De manera que con la ayuda de sus hijas el sábado, y de su marido el domingo, el fin de semana era una especie de descanso para Belén.

—Una de mis chicas favoritas ya se ha despertado —la saludó con una sonrisa—. Buenos días, cariño.

—Buenos días, papá —dijo acercándose a él para darle un beso en la rasposa mejilla.

Belén entró en la cocina en ese momento, le dio un beso a su hija y le preguntó si quería café con leche o cacao.

—Mejor café.

Era la primera vez desde que tenía nueve años que su madre se ofrecía a hacerle el desayuno. La miró suspicaz, pero ella no dio ninguna muestra de saber qué había sucedido la noche anterior.

Además, no tenía modo de saberlo. Marta se había acostado en cuanto llegaron y su madre ya estaba dormida. No obstante, sus suspicacias volvieron a activarse cuando al entrar Marta en la cocina su madre no se ofreció a hacerle a ella también el desayuno. Era evidente que el especial sentido de las madres para detectar penas en sus hijos se había activado.

A partir de ese momento, Nora no pudo quitarse de encima la sensación de que era una fracasada y de que todo el mundo estaba al tanto de ello.

CAPÍTULO 14

«Me gustan las rubias, ¿recuerdas? Estás a salvo conmigo»
(Fran)

Después de comer con su familia, Nora solo pensaba en salir de casa. Necesitaba un poco de espacio y alguien con quien desahogarse. El problema era que no podía recurrir a ninguno de sus amigos de siempre. No podía contarles sus preocupaciones sin aumentar la lástima que les había despertado la noche anterior. Por esa razón decidió recurrir a los nuevos amigos.

Sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y tecleó un SMS para Fran. Para su sorpresa, la respuesta le llegó rápidamente.

«¡Sube!»

Breve y directo. Justo lo que necesitaba.

Saltó del sofá, en que se había sentado a ver la televisión, y les dijo a sus padres que iba a repasar inglés con Fran, por si querían localizarla. Si a ellos les extrañó que estudiaran un domingo, no lo dijeron. Ni siquiera Marta abrió la boca, lo que fortaleció su idea sobre la lástima.

Nora subió el tramo de escaleras que separaban su casa de la de Fran y llamó al timbre. Le abrió la puerta unos segundos después, vestido con polo rosa de Lacoste y pantalones chinos de color beis con pinzas. Al bajar la vista a sus pies, se dio cuenta de que también llevaba mocasines. Tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse.

—¿Vas de boda?

—Muy graciosa. He ido a comer a casa de mis padres —fue la explicación que dio sobre su atuendo—. Y te aseguro que esto es mucho mejor que el traje que voy a tener que llevar cuando termine la carrera.

Nora sonrió a modo de disculpa.

—Te ves… diferente.

Él se apartó para dejarla entrar en el piso.

—Muy comedida. No pareces tú.

La respuesta de Nora fue un encogimiento de hombros. Se detuvo a pocos pasos de la puerta, sin saber muy bien hacia dónde dirigirse. Frente a la mesa del comedor solo estaba Raúl, quien se veía tan concentrado en su lectura que ni siquiera levantó la cabeza del libro que estaba leyendo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Nora en voz baja. Instintivamente, supo que no era buena idea molestarle.

La respuesta de Fran todavía fue en un tono más bajo que el de ella.

—Mañana tiene examen. Lo mejor será que vayamos a mi dormitorio antes de que nos grite por hacer ruido.

Nora parpadeó, sorprendida tanto por el comentario como por la oferta.

Las otras veces que había estado allí nunca había ido más allá del salón, el cuarto de baño o la cocina. Como si supiera lo que estaba pensando, Fran se sonrió arqueando una ceja.

—Me gustan las rubias, ¿recuerdas? Estás a salvo conmigo.

—Cierto.

Siguieron por el pasillo y tras pasar la cocina y dos puertas más, con toda seguridad los dormitorios de los compañeros de Fran, este se detuvo frente al que era su refugio.

—Bienvenida a mi humilde morada —bromeó abriendo la puerta para que le precediera.

Aquello que primero captó la atención de Nora fueron los libros, había tantos que dudó de que hubiera espacio para algo más. Lo segundo, la extrema pulcritud del dormitorio. No había nada mal colocado o fuera de lugar. Parecía como si Fran hubiera milimetrado el espacio para que todo fuera armonioso y acogedor. Incluso el corcho que había encima del escritorio estaba perfectamente ordenado. Las fotografías y los pósits estaban alineados con regla. Lo tercero, el aroma a limpio que se respiraba. Olía del mismo modo que el suavizante de la ropa, delicado, suave y sutil.

—Qué ordenado eres.

Fran frunció el cejo ante el tono que ella había empleado para decirlo.

—Parece más una acusación que un cumplido —se rio divertido porque ella censurara esa cualidad.

Le señaló la silla del escritorio para que se sentara y tomó asiento a los pies de la cama, de manera que ambos quedaron uno frente al otro.

—Bueno… No es muy natural que esté todo tan perfecto —contraatacó Nora.

Fran intentó mantener la compostura y no echarse a reír. Estaba claro que evitaba a toda costa hablar de lo que fuera que la había llevado hasta allí.

—Tienes razón. No es natural, pero así soy yo. Antinatural por naturaleza —se tragó las ganas de reírse de su propio chiste.

—No sé si me estás dando la razón como a los locos o te estás burlando de mí.

—No se me ocurriría hacer ninguna de las dos cosas. —Antes de darle tiempo para que protestara, añadió—: ¿Cómo lo llevas?

La pregunta abrió la caja de Pandora, permitiendo que salieran todas las dudas y preocupaciones que guardaba dentro. ¿Se había comportado como una buena amiga con Tania? ¿Era una tonta por haber tenido esperanzas con Pablo? ¿Se había equivocado al meterse en su vida y en la de Gisela? Y la pregunta que seguía rondándole en la cabeza: ¿había alguna posibilidad de que Pablo lo hubiera hecho para darle celos?

—Tú qué crees, ¿cómo pensáis los chicos? Eres el único amigo al que le puedo preguntar algo así.

—¿Y Mateo? —interpeló con curiosidad.

—Mateo no piensa exactamente como un chico.

—Nora, no seas prejuiciosa. Porque sea gay…

No pudo seguir hablando, ya que ella le cortó con rapidez.

—Mateo no piensa de un modo especial porque sea gay, lo hace porque es Mateo, y él es especial por otras muchas razones que no tienen nada que ver con su gusto sexual —expuso ella un poco ofendida por la interpretación que Fran había hecho de sus palabras.

—¡Oh! De acuerdo.

—Estaría igual de chalado si le gustaran las mujeres —zanjó.

—Visto así… —Fran quería dejar el tema cuanto antes. Se sentía bastante incómodo como para seguir hablando de ello. No había sido su intención prejuzgar de ese modo a Nora, y ahora se sentía culpable por haberlo hecho. Justo lo mismo que había criticado cuando había supuesto que ella lo había hecho con Mateo.

Nora se encogió de hombros. Las cosas eran así, y una gran parte del encanto de su amigo residía en su manera de ser y de ver la vida.

—Muy bien. Ahora céntrate en mi pregunta —insistió Nora.

Fran pareció meditar su respuesta porque se mantuvo en silencio un largo minuto que a ella se le hizo eterno.

—Vamos a ver, es posible que los celos fueran la razón por la que lo hizo, pero lo que menos importa es el motivo. El hecho principal es que te ha hecho daño y se ha portado fatal contigo. Y lo más importante es que él sabía que te lo iba a hacer. No fue un accidente, era consciente de cómo te ibas a sentir.

—¿Y? —inquirió al ver que se quedaba callado.

—¿Cómo que y?

—¿Qué harías tú si fueras yo?

—¿Te serviría de algo que te dijera lo que no haría?

Nora asintió con la cabeza, que era mucho más rápido que hablar.

—No me preocuparía por nada que tuviera que ver con él. Y no me deprimiría porque alguien tan inmaduro pasara de mí. —Fran sabía que estaba siendo muy directo, pero no quería darle falsas esperanzas. Fuera lo que fuera lo que Pablo sintiera por ella, se había portado como un miserable al restregarle a Nora su ligue.

—Eres único para subirle la moral a la gente —bromeó, intentando quitarle profundidad a la conversación.

—Soy sincero, Nora. Ese chico no te merece. Eres demasiado buena para él.

—Gracias.

—De nada. Estoy pensando en devolverte el favor y presentarte a algún amigo que de verdad merezca la pena —ofreció.

—Creo que de momento voy a pasar de tu oferta, pero gracias.

—De nada, y por cierto, ¿qué tal lo pasó ayer Gisela? ¿Te ha contado algo que deba saber? —preguntó mirando hacia cualquier lugar menos a ella.

—¡Qué poco sutil eres!

—¡Joder, Nora! Algún defecto tenía que tener —exclamó haciendo gala de su sentido del humor.

—Perdona, Fran. Tienes toda la razón —rio Nora—. Había olvidado que eres casi perfecto.

CAPÍTULO 15

«O sea, que me prefieres por descarte»
(Mateo)

El lunes a primera hora de la mañana, Nora se encontró con Pablo ya sentado a su mesa y preparado para la clase de inglés con la que comenzaba la semana escolar. A diferencia de la última vez que habían compartido pupitre, cuando apenas se fijó en su presencia, en esta ocasión parecía que estuviera pendiente de su llegada porque le habló en cuanto se sentó a su lado, a pesar de lo mucho que ella se había esforzado en no darse cuenta de su presencia.

Lástima que hubiera escogido un momento tan inoportuno para ser amable. Su conversación del día anterior con Fran le había hecho ver las cosas desde otra perspectiva, comprendiendo que, tal y como su amigo le había hecho notar, fuera cual fuera el motivo por el que había besado a aquella chica delante de ella, el caso es que lo había hecho y era algo que no se podía cambiar.

—Nora, ¿podemos hablar un momento?

—*Sure* —dijo dándose la vuelta para mirarle, y sonriendo falsamente—. *Tell me*, Pablo.

—¿Qué? —abrió los ojos sorprendido—. ¿Por qué me hablas en inglés?

—*We are in English class* —contestó—. *You should too*.

Nora sabía que estaba siendo ridícula, pero hacerlo mitigaba su enfado y su tristeza por lo sucedido el sábado, así como su estupidez por no ser capaz de verlo venir… De modo que siguió hablando en inglés, orgullosa por todo lo que había mejorado gracias a la ayuda de Fran.

—Lo que viste el sábado… no era lo que parecía.

—*And what was it?*

—¿Vas a seguir hablando así? —preguntó clavando sus ojos azules en ella.

—*Why don't you understand?* —De acuerdo, estaba siendo infantil, pero se lo estaba pasando de maravilla. Después de su actuación en el Rules, se merecía que se riera de él un poco. Además, Fran tenía razón y no merecía la pena que se preocupara por lo que él sentía o pensaba, y el modo que había escogido para hacérselo saber era mucho más elegante que el que él había usado.

—Supongo que te da igual lo que tenga que decirte —aventuró Pablo, dando en el blanco.

—*Something like that*.

—Aun así, lo siento. Estaba enfadado, yo…

Él apartó la mirada, descolocado e incómodo porque lo hubiera admitido tan abiertamente y sin ningún tapujo. Sintió cómo se sonrojaba por la vergüenza y la rabia por sí mismo al comprender que había actuado como un idiota, sin pararse a pensar en lo que hacía ni en sus consecuencias.

—*What's done is done.*

—De acuerdo —murmuró para sí mismo, sin volver a mirarla.

Afortunadamente para ambos, la clase fue completamente teórica. La profesora no les pidió que hablaran entre ellos, lo que suavizó el ambiente, y cada uno pudo pasar los cuarenta y cinco minutos sin hablar con el otro.

Nora se obligó a mirar al frente y no dedicarle a Pablo ni un segundo de su tiempo, y Pablo, demasiado centrado en sus pensamientos, apenas se dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Había metido la pata con Nora, y ahora tenía que encontrar el modo de arreglarlo. Si unos días antes había tenido alguna oportunidad con ella, en esos instantes tenía claro que la había perdido. Nora era una chica guapa, inteligente y divertida, muchos de sus amigos estaban interesados en ella, de hecho, había sido gracias a uno de ellos que había reparado en Nora inicialmente.

Rafa, que era de la clase de segundo B, le había preguntado su nombre cuando de casualidad había entrado al cambio de hora en su aula y había visto que se sentaban juntos. A la hora del recreo se había acercado a él directamente y le había interrogado sobre todo lo que sabía de ella. Tras la confesión de Rafa, varios de sus amigos habían estado de acuerdo en que era muy guapa, y coincidido en que, además, era una chica muy divertida y simpática con la que se podía hablar.

Tras ese día había dedicado un poco de tiempo a observarla en la distancia y se había topado con una Nora completamente distinta a como la habían descrito sus amigos. Apenas hablaba, y cuando lo hacía no tenía sentido lo que le decía. Sorprendido por la contradicción, comenzó a prestar atención cuando interactuaba con otras personas: en clase, en la cafetería… Y descubrió que, cuando hablaba cualquiera que no fuera él, sí que era la chica divertida e ingeniosa que sus amigos habían admirado.

Acostumbrado al interés que despertaba en sus compañeras, sumó dos y dos y decidió que el motivo por el que Nora balbuceaba al hablar con él no era ni más ni menos que una reacción hacia su persona. Si bien en otro momento y con otra chica se hubiera hinchado como un pavo y habría seguido provocándola para que reaccionara a sus encantos, con Nora actuó de un modo completamente diferente. Se esforzó por parecer accesible, le gastó bromas, con intención de que se relajara en su presencia, y finalmente le dejó caer que el interés era mutuo. Inesperadamente, y casi tras haber perdido la esperanza de que se relajara con él, un día ella se mostró accesible, natural. Esa mañana hablaron con franqueza, la tensión parecía haber desaparecido entre ellos. El fin de semana siguiente coincidieron en el Rules, y volvieron a conectar, charlaron durante casi toda la noche… Pablo esperó que ella se diera cuenta de que le tocaba a ella mover ficha, pero el movimiento salió mal. Aun así tenía la esperanza de poder

arreglarlo en el Rules, pero entonces al sábado siguiente… Agitado por los celos y el mal humor, metió la pata de un modo escandaloso y absurdo.

Y lo más absurdo de toda la historia era que estaba tan acostumbrado a ser el perseguido que en esos momentos de desconcierto no tenía la más remota idea de cómo arreglarlo.

Tras la extraña conversación antes del comienzo de la clase de inglés, Nora pensó que ya le había dejado clara su postura a Pablo y que, por tanto, ya no volvería a intentar disculparse con ella. Se equivocó. Algo que solía hacer demasiado a menudo en los últimos días.

A la hora de comer, cuando Mateo salió disparado de clase para hacerse con la mejor mesa de la cafetería, se encontró con que esta ya estaba ocupada.

—¿Te has divorciado de tus amigos o qué? —preguntó Mateo, sentándose al lado de Pablo y mirando en dirección a la mesa que ocupaban los amigos del chico.

—No exactamente. Necesitaba hablar contigo.

—¿Cómo sabías que me tocaba a mí venir a por la mesa? —preguntó Mateo con suspicacia.

—Yo…

—¡No lo sabías! Te servía cualquiera de nosotros —lo acusó.

—De acuerdo, no lo sabía. Pero me alegro de que hayas sido tú. Marta me da miedo, Gisela no creo que quiera ayudarme, a juzgar por las miradas de odio que me lanza, y Tania anda de bajón desde que la dejó su novio —expuso con claridad.

—O sea, que me prefieres por descarte —coqueteó Mateo con una sonrisa.

—No te pongas difícil, Mateo. Necesito ayuda.

—De acuerdo, cuéntame qué tienes pensado, y date prisa antes de que lleguen las chicas y me despellejen por hablar contigo.

—¿Tan mal está la cosa? —inquirió Pablo, cada vez más perdido.

—Peor. ¿Cómo piensas arreglarlo?

—De momento voy a comer con vosotros. Tú sígueme el juego.

—Si lo hago, vas a deberme un favor muy grande. Y que quede claro que me lo cobraré —lo dijo sonriendo, con toda la intención de incomodarlo. Una cosa era que el chico fuera guapo, que lo era, y otra muy distinta que no fuera a vengarse del desplante que le había hecho a su amiga. La única razón por la que iba a ayudarle era porque Nora estaba enamorada de él, y era la primera vez en su vida que veía a su amiga en ese estado.

—Miedo me das —comentó Pablo, menos incómodo de lo que Mateo hubiera imaginado que estaría.

—¡Chico listo!

Cuando las chicas llegaron, Mateo y Pablo charlaban animadamente. Todas se quedaron paradas en la puerta de la cafetería, sin saber qué hacer ante la escena que

estaban viendo. La primera en reaccionar fue Tania.

—¿Qué hacemos? ¿Comemos detrás del gimnasio?

Las preguntas, aunque enunciadas al aire, iban directas a Nora.

—No, vamos a sentarnos en nuestra mesa. Como siempre.

Dando ejemplo, fue la propia Nora la primera en moverse y dirigirse hasta su mesa habitual. Como era de esperar, Mateo evitó mirarla a los ojos; fue Pablo el primero en hablar. Mientras, ellas iban sentándose en sus lugares de siempre, lo que colocó a Nora, casualmente, sentada junto al inesperado comensal, quien se había sentado en el lugar que cada día quedaba vacío.

—Espero que no te importe que Mateo me haya invitado a comer con vosotros.

—No. Claro que no me importa.

—Qué bien que hayas abandonado el inglés para hablar conmigo —dijo intentando hacerla hablar.

No obstante, no pudo llegar a responder porque Marta intervino en ese instante:

—Nora, llevamos todo el día esperando los detalles de lo que pasó ayer por la tarde.

—¿Qué hiciste ayer por la tarde? Me extrañó que no me llamaras —dijo Gisela mirándola con fijeza.

—Nada importante.

—No digas eso —se quejó Marta—, te pasaste la tarde en casa de Fran, seguro que hubo algo importante para que te quedaras tanto tiempo allí —dijo riéndose de un modo que daba a entender que había algo que contar.

—¡Marta! —amonestó Tania, que era la más sensata del grupo y, al parecer, la única que se daba cuenta del problema en que podía acabar todo aquello.

Antes de que Marta se defendiera o de que Nora comentara nada, sucedieron dos cosas casi a la vez: primero, Gisela palideció y se llevó la mano a la garganta para acallar una exclamación, y, segundo, Pablo se levantó de la mesa y se marchó sin decirle una palabra a nadie.

CAPÍTULO 16

«¿A qué parte te refieres? Porque la preguntita da de sí»
(Nora)

Las chicas y Mateo se miraron unos a otros asombrados por la ocurrencia de Marta y la asombrosa reacción de Pablo. De hecho, la única que ni siquiera parpadeó ante la marcha del chico fue Marta, a quien se la veía orgullosa de sí misma:

—Listo, hermanita, ya se la has devuelto. Seguro que su imaginación está torturándole ahora mismo. ¿Comemos?

Ante semejante comentario, Nora no supo si debía abrazarla, por haberle brindado la venganza en bandeja de plata, o abofetearla por el mismo motivo. Todavía aturdida por los recientes acontecimientos, comió sin saborear la comida, y ni siquiera reparó en el gesto pensativo de Gisela, quien se había quedado dándole vueltas al hecho de que su mejor amiga no la hubiera llamado como cada domingo y hubiera cambiado su compañía por la de Fran. Un chico que, a pesar de las suposiciones de Nora de que le gustaban las rubias, sin duda la odiaba.

En el Rules había estado encantador con Tania y con Nora, mientras que a ella no le había dirigido la palabra más que en la ocasión en que, al llegar al local, se había acercado a saludarles. Y ese breve instante se debía más a la educación que a un interés real de hablar con ella.

A pesar de su mal momento personal, fue Tania quien intentó sacar algún tema que les interesara a todos para acabar con el silencio que se había impuesto. No obstante, por mucho que intentó mantener viva la conversación, esta no conseguía llegar más allá de un par de frases dichas por obligación.

Por su parte, Pablo no volvió a aparecer por la cafetería, lo que propició que Nora se preguntara si estaba enfadado porque habían herido su amor propio o su orgullo.

El resto del día transcurrió dentro de una normalidad aparente, y cuando terminaron las clases y llegó la hora de regresar a casa, Gisela acompañó a Nora, ya que tenían trabajos en equipo que hacer. Por lo demás, tenían tantos deberes que durante la casi hora y media que tardaron en terminarlos todos ambas se olvidaron por completo de preocuparse por nada que no fueran oraciones subordinadas, fechas históricas que recordar y filósofos fallecidos que seguían creando dudas razonables en las pobres mentes de los alumnos. No obstante, en cuanto terminaron con todo, el interés de Gisela en sacar un tema en particular despertó la curiosidad de Nora:

—Al final no nos contaste lo que estuviste haciendo ayer en casa de Fran. Me sorprendió que no me llamaras; después de lo que había pasado con Pablo, pensé que querrías hablar, aunque supongo que quedar con Fran te hizo superar el mal rato.

Nora sonrió internamente. «¡Te delatas tú sola, bonita!», canturreó para sí.

—Somos amigos. Nos estuvimos mandando mensajes y al final subí a charlar con él —respondió, consciente de que su amiga iba a insistir en saber de qué hablaron.

—¿Y?, ¿cómo fue?

—¡Genial! En su casa estaban todos estudiando por los exámenes, así que nos escondimos en su dormitorio, charlamos, escuchamos música…

—¿Estuviste en su dormitorio?

Nora asintió con la cabeza.

—¿Y no hicisteis nada más que hablar? —insistió.

—Nada más. Pero me encantó ver su cuarto —comentó Nora con aire soñador. Y se dispuso a relatarle al detalle a su amiga cómo era el dormitorio de Fran. Si bien en otro tiempo Gisela le hubiera pedido que se callara o habría cambiado de tema con sutilezas, en esta ocasión escuchó atentamente lo que Nora tuvo a bien contarle.

Incluso llegó a preguntar ella misma sobre los libros que tenía Fran:

—¿Te acuerdas del título de algún libro?

—¡Hummm! Es posible que tuviera el *Quijote*.

—¡Vamos! Que no tienes la más remota idea —adivinó Gisela—. ¿Cómo no te fijaste en eso?

—No era tan importante y estaba interesada en otras cosas.

La réplica que Gisela tenía en la punta de la lengua fue interrumpida por la aparición de Marta.

—¿Habéis terminado ya el trabajo?

—Sí. Nos ha costado un montón, pero ya está todo hecho.

Gisela se levantó.

—Voy al aseo —anunció saliendo por la puerta del dormitorio de las chicas y dirigiéndose al aseo que estas compartían, y que estaba nada más salir a la izquierda.

—¿Cómo lo llevas? —inquirió Marta mirando a su hermana.

—¿A qué parte te refieres? Porque la preguntita da de sí.

—A la interesante, por supuesto —explicó guiñándole el ojo.

—Resumiendo: es posible que Pablo no vuelva a hablarme nunca, y con Fran las cosas van demasiado lentas, por no hablar de lo mucho que le cuesta pillar las indirectas —Nora intentaba hablar con seriedad, pero le estaba resultando difícil hacerlo con Marta mirándola tan fijamente. Como si realmente se creyera lo que le estaba contando.

—Bueno, Nora… No sé cómo decirte esto, pero a lo mejor no se trata de que las pille, igual no quiere hacerlo. Está más que claro que a Fran la que le gusta es Gisela. —Y añadió, alzando las manos para acallar la protesta de su hermana—: No digo que no puedas ganártelo, pero te va a costar un poco hacerlo. Por suerte para ti, yo soy experta en seducción y puedo ayudarte.

No siguieron hablando porque Gisela entró en ese instante por la puerta, que se había quedado entreabierta al salir.

—Se ha hecho tarde —anunció Gisela en cuanto entró en el dormitorio—. Me voy a casa.

—Ahora que ya has salido del baño, voy a ducharme —explicó Marta, y las dejó a solas.

—Creo que tendríamos que organizar una fiesta de pijamas esta semana. Tania todavía está hecha polvo y llevamos dos semanas seguidas yendo al Rules —comentó Nora con disimulo. Como si no supiera que los pensamientos de Gisela iban por otros derroteros.

—Me parece bien.

—¿Dónde podemos hacerlo? Mis padres estarán en casa.

—¿Qué? ¿El qué?

—Gisela, ¿estás bien?

Su amiga la miró, parpadeó varias veces y por fin se centró en la conversación.

—Sí, sí... La fiesta de pijamas. Hablaré con mis padres para ver si nos dejan la casa de mis abuelos, que están en el pueblo con mis tíos. —Recogía sus cosas con tanta prisa que parecía que estuviera deseando salir de allí.

—Eso sería genial.

Sin perder tiempo, se encaminó hasta la puerta con intención de marcharse y disponer de tiempo a solas para pensar en lo que había escuchado.

—Ya te cuento. Hasta mañana —se despidió la rubia.

—¡Nos vemos!

—*Ciao*, Gisela —gritó Marta, quien en ese momento se acercaba a la puerta.

Su amiga contestó ya de camino al ascensor y Nora cerró tras de sí, clavando la mirada en su hermana.

—¿Experta en seducción? ¿Crees que ha sido buena idea decir eso? Te pedí que no sobreactuaras.

—No te quejes, que ha sido perfecto. Ahora le has dado algo en lo que pensar. —Y añadió—: Además, ella cree que nos ha escuchado a hurtadillas, con lo que en ningún momento va a sospechar de que es una encerrona —explicó con una expresión triunfal. Al fin y al cabo, la idea era suya y el mérito por el éxito del plan también le pertenecía—. Soy tan genial...

—A veces me das miedo. Eres maquiavélica.

—Tengo que descargar la frustración por algún lado. Me mata no poder decir palabrotas —confesó con un encogimiento de hombros—. Creo que me estoy ablandando.

Su hermana sonrió con picardía, apoyada contra la puerta de entrada.

—¡Venga, desahógate! —la animó—. Mamá está en la cocina, es imposible que te oiga, y yo te guardaré el secreto. ¡Lo prometo! —Y para enfatizar sus palabras cruzó ambos dedos índices y los besó. Del mismo modo en que lo hacían de niñas.

Marta la miró con suspicacia, poco convencida de la oferta.

—Te lo debo. Me estás ayudando mucho con Gisela y Fran.

—Allá voy —anunció solemne—. ¡Caca, culo, pedo, pis...!

Nora abrió los ojos como platos, ¿dónde estaba su hermana y quién era el ser que tenía delante? Durante un instante fue incapaz de reaccionar, asombrada como estaba por las palabras que había lanzado Nora. Después estalló en carcajadas tan fuertes que consiguieron que le doliera el estómago y se le secara la garganta.

—¡Jodeeeeeeeeeeeeeeeer! Mamá, me has vuelto lerda —chilló Marta rayando la histeria, al tiempo que su hermana seguía riendo sin poder parar—. Esto sí que no te lo perdono —gritó para hacerse oír por su progenitora.

Se metió en la ducha todavía rumiando acerca de su metamorfosis.

CAPÍTULO 17

«¿Sabes que el voyerismo es un delito?»
(Charlie)

Tania, por su parte, dejó los deberes aparcados y dedicó su tiempo a buscar la felicidad en el único lugar en el que habitaba al alcance de todo el mundo. Salió del metro y se dirigió directamente hasta su destino. Había decidido que se merecía un final feliz y, si no podía conseguirlo en la vida real, existían millares de libros en los que encontrarlo y disfrutarlo.

Apresuró el paso y se metió en la librería a la que se dirigía. No sabía muy bien dónde encontrar lo que había ido a buscar, pero tampoco le importaba demasiado pasearse entre estanterías repletas de libros. El olor a papel siempre la ponía de buen humor; igualmente, no tenía prisa, disponía de toda la tarde para dar con su merecido final feliz.

De modo que caminó entre las estanterías buscando la sección de novela romántica cuando una voz conocida atrajo su atención. Instintivamente se puso alerta. Antes, incluso, de darse la vuelta y comprobar que su memoria no se había equivocado.

A unos pocos metros de donde se encontraba estaban Miguel y su nueva novia riendo y bromeando mientras leían una novela gráfica cuyo título Tania no pudo distinguir con claridad.

Antes de que pudieran verla, se escondió tras una estantería y se dedicó a observarlos. Quizás si lo hacía, lograría comprender el motivo por el que toda su vida se había ido a pique. Quizás encontraría la respuesta a la pregunta que no dejaba de rebotar en su cabeza: ¿en qué se había equivocado?, ¿qué había hecho mal?

Lo primero que le llamó la atención fue lo cómodos que parecían el uno con el otro. A pesar del poco cuidado que ponía ella en su aspecto y de su pésimo gusto por la moda, Miguel se comportaba como si llevara del brazo a la mismísima Miss Universo. Sus manos no se alejaban más de unos segundos de ella. Le tocaban el pelo, la mejilla, le rozaban la mano al pasar la página…

El sonido de un carraspeo hizo que Tania apartara su interés de la pareja y lo fijara en el chico rubio, con el pelo largo hasta los hombros, chaqueta de cuero y casco de motorista en mano, que había hecho el sonido y que no retiraba la mirada de ella.

Era la clase de chico al que, en una ocasión normal, no le hubiera dedicado ni siquiera un minuto de su tiempo. Todo en él irradiaba señales luminosas de peligro. Ni

en un millón de años permitirían sus padres que se viera con alguien como él. «Lástima —pensó—, porque es impresionante.»

—¿Sabes que el voyerismo es un delito? —preguntó con una mirada socarrona y muy sexy.

—No los estaba mirando. Él… —se calló al darse cuenta de que no tenía por qué explicarle de qué los conocía. Después de todo, el chico era un extraño, y por lo tanto no le debía ninguna explicación.

El rubio arqueó una ceja, y casi por arte de magia Tania se descubrió relatándole la triste historia de su ruptura con Miguel. Explicándole cómo la había dejado de un día para otro, y que para más mortificación se había llevado a su nueva chica para hacerlo.

—¿Me estás diciendo que él te dejó por ella? —inquirió en un tono de incredulidad.

—Sí, y reconozco que me alivia que te sorprenda. Estaba empezando a deprimirme.

Él sonrió con un brillo travieso en los ojos.

—¡Vaya! ¿Y qué has hecho desde entonces para acabar aquí espiándoles? Algo que por lo que veo debe de ser mortalmente aburrido. —Puede que Miguel y su chica fueran una pareja enamorada, pero el amor no les había otorgado ingenio. Eso quedaba completamente fuera de dudas.

—¿Puedo contarte un secreto? —ofreció Tania, coqueteando casi sin ser consciente de que lo estaba haciendo.

—Puedes. No me conoces. No te conozco. Yo creo que es bastante seguro que lo hagas —bromeó él con una sonrisa letal en sus carnosos labios.

—De acuerdo, allá voy —aceptó, inclinándose hacia él y percibiendo el aroma de su *aftershave* y de la cazadora de piel que vestía—. Mis amigos y yo nos vengamos de él.

—Miedo me da preguntar cómo lo hicisteis. Aunque reconozco que estoy intrigado.

Tania sonrió conspiradora.

—No tienes aspecto de asustarte fácilmente, aunque he de admitir que lo que te voy a contar es terrorífico.

Él sonrió de nuevo, logrando que el corazón de Tania volviera a acelerarse y se olvidara de que su exnovio y su nueva chica estaban a menos de dos metros de ella.

—Le pusimos azúcar en el depósito de gasolina de su moto. Tengo una amiga que es experta en abrir cerraduras, no preguntes por qué, así que fue relativamente fácil hacerlo.

El desconocido hizo una mueca de dolor antes de mirarla con abierta admiración. Tania reparó en ese instante en el casco que sujetaba en su mano.

—Me gusta tu estilo. Eres diabólica a pesar de tu apariencia angelical.

Ella sonrió complacida, y envalentonada le espetó:

—¿Tienes moto o solo paseas el casco?

—Las dos cosas —aceptó arqueando la ceja.

—Estupendo, ¿es de 125 cc? ¿Puedo pedirte un favor?

—Sí a las dos preguntas.

La respuesta de Tania fue enlazar su brazo al suyo y preguntar con fingida inocencia:

—¿Qué tal si me acompañas a echar un vistazo por la sección de novela gráfica? ¿No crees que sería un gran paso para nuestra recién estrenada amistad?

Él se rio con ganas, y Tania sintió cómo el estómago se le comprimía al ritmo de su sonido.

—¡Hecho! Pero antes vas a tener que decirme tu nombre. De pequeño me enseñaron a no fiarme de los extraños.

Charlie todavía se reía al recordar la cara de sorpresa y desconcierto que había puesto el exnovio de Tania cuando se habían acercado a ellos cogidos de la mano y riéndose todavía de la ocurrencia de la chica. Su nueva amiga había paseado la mirada por su ex como si no estuviera allí, y después había comentado que la sección era un poco infantil para su gusto. Que la gente normal no necesitaba la ayuda de las ilustraciones para entender el significado de las palabras. Si no fuera porque sabía que estaba intentando provocar a Miguel, Charlie se habría sentido insultado, dado que él era un ferviente lector de cómics.

Tras dejar a la pareja estupefacta y sin saber dónde esconderse, habían salido de la librería y se habían instalado en una cafetería cercana, en donde todavía se encontraban charlando amigablemente como si hiciera años que se conocían y no solo unas horas.

—Tengo una duda —comentó Charlie—. ¿Miguel no te ha pedido explicaciones por lo de la moto?

—No, no he vuelto a hablar con él. Para ser sincera, hoy ha sido la primera vez que nos hemos visto desde que lo dejamos, o para ser más exactos, desde que él me dejó. —La mueca que hizo al decirlo en lugar de afearla la hizo parecer traviesa y deseable.

—Es extraño que no pensara en ti como la vándala que ha atentado contra su moto —bromeó sonriendo—. Yo te calé en cuanto te vi.

—Igual piensa que ha sido otra persona.

—¿Como quién?

—¿Algún exnovio resentido de su nueva chica? A lo mejor ella también dejó a alguien para estar con él.

Charlie primero la miró fijamente, atónito, después tosió suavemente, intentando disimular la risa, y al ver que iba a ser incapaz de aguantarse las carcajadas, las dejó salir sin reparos. Sabía que estaba siendo cruel con la pobre chica, pero es que nadie que la viera podría imaginarla dejando a un hombre destrozado por su desdén.

Cuando por fin pudo parar de reír, la cafetería en pleno estaba pendiente de ellos dos.

—Lo dicho, eres diabólica, y por si te queda alguna duda, me encanta.

CAPÍTULO 18

«Casi prefiero que te pongas melodramática. Eres más divertida»
(Belén, madre de Nora y Marta)

No fue necesario nada más que abrir los ojos para que Marta se diera cuenta de que era incapaz de levantar la cabeza de la almohada. Tenía una migraña infernal, le dolían todas las articulaciones del cuerpo y le escocía la garganta como si tuviera papel de lija en ella. Se removió incómoda en la cama, no tendría que haberse acostado con el pelo mojado, pero tras la marcha de Gisela se había quedado hablando con su hermana y se había duchado después de cenar. Estaba tan cansada, tras un día sin parar un instante, que no había tenido ganas de pasarse casi media hora con el secador en la mano, de modo que se había metido en la cama con su largo pelo húmedo y ahora pagaba las consecuencias.

—Marta, ya ha sonado tu despertador —avisó Nora, que se levantaba quince minutos antes y estaba a punto de salir del dormitorio para desayunar.

Al contrario que ella, que alargaba todo lo que podía el tiempo de seguir en la cama, su hermana apagaba el despertador antes, incluso, de que llegara a sonar.

—No me voy a levantar. Me encuentro fatal. Si me levanto, me voy a caer redonda al suelo.

Notó que su hermana se inclinaba sobre ella para observarla con detenimiento.

—No te muevas de ahí. Tienes mala cara.

—Gracias. Tú también te ves muy guapa —dijo con sarcasmo, a pesar de lo mucho que le costaba hablar—. Llama a mamá —pidió con voz lastimosa.

Si tenía el aspecto acorde a cómo se sentía, seguro que nadie dudaría de su estado.

Unos pocos minutos después quedó acordado que se quedaría en la cama todo el día, a no ser que le subiera la fiebre, en cuyo caso Belén la obligaría a levantarse para ir al médico. Mientras tanto, Marta dispuso de la tranquilidad de quedarse a solas, calentita en la cama. Casi sin darse cuenta de ello, se quedó dormida, y del mismo modo abrió los ojos varias horas después.

Había tenido una serie de sueños extraños que habían hecho que estuviera intranquila, sin llegar a sacarle provecho al descanso. Con mucho cuidado se incorporó un poco en la cama hasta quedarse medio sentada, apoyada en el cabecero. Al menos ahora se sentía lo suficientemente bien como para despegar la cabeza de la almohada.

—Mamá —llamó lo más fuerte que pudo.

La garganta le escocía tanto que apenas tenía voz para gritar, y la posibilidad de tener que levantarse la aterraba. Menos mal que Belén había sido previsora y dejó la puerta del dormitorio abierta por si Marta se despertaba antes de que fuera a llevarle el desayuno. Alertada por la llamada, su madre apareció a los pocos segundos con un vaso de leche calentita en la mano y un paracetamol.

—Tómate esto, que ya te toca —ofreció, posándole la mano en la frente para ver si tenía fiebre.

—Me acabo de tomar uno —se quejó. Tenía el estómago revuelto y no le apetecía beberse la leche—. Además, ya no me duele la cabeza, bueno, al menos no tanto como antes.

—Aun así. Hace seis horas que te la has tomado y estás un poco calentita, seguramente sea por estar ahí metida —señaló a la cama—, pero, por si acaso, tómatelo.

—¿Tanto he dormido?

—Sí, es más de la una. Dentro de una horita te levantas y te comes un poquito de sopa aunque sea. No puedes estar todo el día sin meter nada en el cuerpo.

—Si hago caso, ¿me dejas dormir un poco más?

Belén sonrió con calidez y asintió con la cabeza.

Obedientemente, Marta se bebió la leche y se tomó la pastilla. Después, le tendió el vaso vacío a su madre y volvió a acurrucarse en la cama, todavía con el recuerdo de sus sueños frescos en la cabeza.

En ellos siempre acababa sola. Recordaba a la perfección haber discutido con Fer de mil modos distintos con el mismo desenlace: la separación. Lo que resultaba realmente embarazoso, porque ella nunca se interesaba tanto por alguien como para llegar a preocuparse por algo así. Y aunque estaba bien con Fer, tampoco…

—Mamá, ¿crees que debería tomarme más en serio las relaciones? ¿Ser como Nora, que se piensa tanto el salir con alguien? ¿Piensas que soy superficial por querer disfrutar de la vida y no atarme a nadie? A veces creo que hay mucha gente que me ve así. Que piensan que no me importa nada, que no me tomo nada en serio. No quiero ser vieja y quedarme sola por no haber aprovechado las oportunidades que he tenido.

—Marta, cada vez que te pones enferma te da por filosofar —sonrió Belén—. Casi prefiero que te pongas melodramática. Eres más divertida.

—¿Es una crítica?

Su madre ignoró el comentario, limitándose a responder a la pregunta inicial.

—Creo que no deberías preocuparte por ser tú misma, cariño. A pesar de tus locuras y tus arranques de mal humor, eres una persona maravillosa. Mucho más madura de lo que deberías ser para la edad que tienes. El único defecto que tenías, al menos para mí, era no poder decir tres palabras seguidas sin soltar alguna palabrota, y eso lo has corregido.

—Es verdad, me has vuelto lerda —se quejó.

Su madre volvió a ignorar el comentario. Esa era una cualidad que compartía con Nora. Ambas eran capaces de cribar la paja en las conversaciones y quedarse con la parte que les interesaba.

—No creas que no me he dado cuenta de cómo apoyas a tu hermana, la aconsejas y te preocupas por ella, a pesar de ser la pequeña.

—Es mi hermana. Y es la única que tengo, es mi obligación que me caiga bien. No es mérito mío, viene con el cargo —bromeó, sobreponiéndose al malestar del resfriado.

Belén sonrió divertida por el modo en que su hija menor reconocía su amor por su hermana.

—Lo sé, y Nora es muy especial, igual que tú, pero cada una lo es a su modo. Lo que para ti es correcto no lo es para tu hermana. Lo que quiero decir es que no debes compararte con nadie, y mucho menos preocuparte de la vejez y de la soledad.

—Estoy deseando enamorarme. —Ante la mirada incrédula de Belén, Marta decidió aclarar el punto—: Me refiero a enamorarme de verdad. Conocer al diez perfecto que consiga que no mire a nadie más.

—Todavía eres muy joven. Tendrás tiempo de sobra para hacerlo, aunque estoy segura de que serás incapaz de no mirar a los hombres atractivos —comentó con una sonrisa—. Yo lo hago y no por eso quiero menos a tu padre. Ahora, limítate a ser feliz y a disfrutar.

—¿Sabes? Para ser una madre eres muy comprensiva.

—Marta, no acabo de darte permiso para que hagas locuras, ni para que experimentes con... Ya sabes con qué —dijo, sin poder pronunciar la palabra que comienza con *s* y acaba en *o*—. Solo te digo que tienes edad para ser una adolescente y hacer cosas de adolescente, pero, eso sí, con cabeza.

—Claro que sí, mami —aceptó Marta con énfasis.

Belén arrugó el ceño al escucharla llamarla de ese modo tan cariñoso y traducir su significado real: te doy la razón para que no me des la lata, pero voy a hacer lo que yo quiera.

Suspiró resignada y pensó en su pobre madre, quien, con toda certeza, había sufrido lo mismo que ahora padecía ella con sus hijas, y pensó, como único consuelo, que algún día Marta y Nora compartirían el mismo pensamiento.

—Seguramente cuando te marches para casa me vaya contigo, así le haré una visita a la enferma —comentó Mateo cuando supo que Marta no había ido a clase ese día porque se había levantado resfriada.

Y es que, a pesar de los años de diferencia y de los caracteres opuestos de ambos, Mateo y Marta tenían una conexión especial que ninguno de los dos compartía con nadie más. Los dos eran sarcásticos, irónicos y no tenían pelos en la lengua. Juntos eran temibles, capaces de desollar viva a una persona con sus lenguas viperinas y sus miradas intimidatorias; separados eran los que le ponían la chispa y la aventura a las vidas de todo el grupo.

—Le encantará verte. Conociéndola, estará tan aburrida que ya habrá planeado multitud de formas de cargarse a mi madre y salir impune del crimen.

—Bueno, Nora... Tu madre y su leche tibia sacarían de quicio a cualquiera —la defendió Mateo.

—Eso no te lo voy a discutir. Mi madre es… Bueno, es mi madre.

—Una definición muy rebuscada. Me has dejado impresionado —se burló sin disimulos.

—¡Mateo! —llamó cuando este se dio la vuelta para sentarse en su lugar en clase.

—¿Qué?

—¡Vete a la mierda!

—¡Vaya! Al menos esto te ha costado menos —siguió riéndose de ella mientras se alejaba

CAPÍTULO 19

«Tendríamos que hacer algo también nosotras.
¡Nos lo merecemos! Somos las solteronas del grupo»
(Nora)

Dos días después, el grupo volvía a reunirse a la hora de comer. La semana había transcurrido sin ningún hecho remarcable más allá de la enfermedad de Marta y el detalle de que Tania se pasara el día pegada a su móvil enviando SMS al misterioso chico que había conocido en una librería, y del que apenas había contado nada a pesar de los intentos de sus amigos de sacarle todos los detalles.

Mateo, por su parte, parecía en la luna de Valencia, Pablo evitaba a Nora cada vez que podía y, cuando resultaba imposible hacerlo sin ser abiertamente decorado, se limitaba a mirarla con cara de cachorrito apaleado, lo que la confundía todavía más. La parte positiva de la semana era que Gisela había conseguido la casa de sus abuelos para celebrar la fiesta de pijamas que habían pensado organizar para ese mismo sábado.

De alguna manera, a todos les iba a ir bien desconectar del caos que habían vivido las dos últimas semanas. Y los exámenes se acercaban peligrosamente, lo que favorecía la necesidad de tomarse un fin de semana de relax. Acostarse tarde el sábado implicaba levantarse tarde el domingo y no abrir un libro en todo el día, y con los exámenes tan cerca eso era impensable si se quería aprobar.

De modo que la opción de la fiesta de pijamas, que llevaban haciendo desde los diez años, era la mejor manera de pasar el día juntos y a punto para retomar el estudio al día siguiente sin resaca.

La casa de los abuelos de Gisela estaba situada en la calle Sicilia, en una de las zonas más transitadas por los turistas que visitaban la ciudad y se pasaban a ver la Sagrada Familia y sus alrededores. A pesar de lo activa que era la zona, el plan del grupo esa noche era pedir pizzas para cenar y pasarse la velada viendo películas en DVD. A ser posible, comedias románticas con protagonistas masculinos perfectos con los que fantasear después cuando se metieran en los sacos de dormir.

Con intención de organizar al detalle la fiesta, el viernes por la tarde quedaron para ir a comprar patatas y bebidas, que pusieron a refrescar en la nevera. Organizaron el espacio en el que iban a dormir, es decir, movieron los muebles del dormitorio principal y extendieron las colchonetas y los sacos de dormir en el suelo, dejándolo todo preparado para el día siguiente, ya que el sábado por la mañana tenían clases de baile y no había nada en el mundo, a excepción quizás de una hecatombe nuclear, que les impidiera asistir al estudio de Madame Silvia.

Así pues, eran casi las nueve de la noche cuando comenzaron a despedirse:

—No tengo ganas de volver a casa —se quejó Nora—. ¡Es viernes! —dijo con énfasis, como si el día de la semana en que se encontraban fuera suficiente explicación. En esos momentos estaban parados frente al portal de los abuelos de Gisela, listos para marcharse.

—Yo no me voy a casa. He quedado con Fer. —Y añadió, ante la cara de su hermana —: Mamá ya lo sabe.

—Yo tampoco voy a casa… —Tania parecía poco dispuesta a contar nada más.

—¿Dónde vas, entonces? —inquirió Mateo, alzándose como la voz popular, ya que todos se hacían la misma pregunta.

—Yo…

—Suéltalo ya, Tania. Me estás poniendo nerviosa —se quejó Marta.

—No quiero gafarlo. No quería contaros nada porque mirad lo que pasó con Miguel. Os lo presenté, salimos todos juntos, se hizo amigo vuestro y al final… Se acabó de mala manera. —Se encogió de hombros.

—¿Nos estás echando la culpa de que tu relación saliera mal? —el tono de Gisela llamó la atención de todos. Había estado callada prácticamente durante toda la tarde, como si estuviera concentrada en otras cosas, y de repente, tras el comentario de Tania, parecía que regresaba al planeta tierra dispuesta a dar guerra.

—No. Solo digo que no quiero gafarlo, eso es todo. Me gustaría guardar el secreto un tiempo, hasta que todo esté más claro para mí. Miguel fue desde el principio *vox populi* y acabó fatal.

Gisela arrugó la frente poco convencida. Los amigos no se guardaban secretos, esa era una regla primordial de la amistad. ¿Por qué ninguno de ellos le daba la importancia que tenía el tema de Tania?

—De acuerdo, eso podemos hacerlo. Seremos buenos amigos y leeremos entre líneas sin necesidad de que nos cuentes los detalles. ¿Verdad, chicos? —intervino Nora con intención de establecer la paz.

Menos Gisela, asintieron todos.

—O sea, que has quedado con el tal Charlie esta noche —apuntó Mateo, por si alguien tenía alguna duda.

—Gracias —aceptó Tania, sin hacerlo abiertamente.

No es que normalmente fuera una persona supersticiosa, pero últimamente las cosas que antes le pasaban desapercibidas o directamente no le interesaban habían comenzado a despertar su curiosidad e incluso su cautela. Para muestra, Charlie, con quien había quedado después de cenar para charlar y tomarse algo juntos. El rubio era la clase de chico que nunca antes le habría atraído por muy guapo y sexy que fuera.

—Eso nos deja a Mateo, a Gisela y a mí sin plan.

—Habla por ti, bonita. Yo también tengo cosas que hacer esta noche —expuso Mateo con un brillo malicioso en los ojos.

—¿El qué?, ¿limpiarte las gafas? —le pinchó Marta.

—He quedado en el Rules con un amigo. Lo demás te lo imaginas, y cuanto peor pienses, más cerca estarás de la verdad —remarcó con pose afectada.

Marta se rio con disimulo.

—¡Genial! Mateo ha quedado otra vez con el camarero, Marta sale con Fer y Tania va a tomarse una copa con un motorista sexy al que conoció en medio de una escena de comedia romántica. ¿Qué narices le pasa al mundo, que está tan mal repartido? —se quejó Nora mirando a Gisela, la única que estaba sin plan, igual que ella—. Tendríamos que hacer algo también nosotras. ¡Nos lo merecemos! Somos las solteronas del grupo.

—Me parece bien que salgamos, pero algo tranquilo, que mañana tenemos clase de baile.

—¿Sabes, Gisela? Paso de ir a la biblioteca esta noche —se burló Nora, ganándose las risas de sus amigos—. Mejor busca otro plan.

—Qué graciosa eres. Yo estaba pensando en otra cosa. ¿Quieres ir al cine? —ofreció la rubia—. Podemos cenar allí uno de esos sándwiches vegetales tan buenos que hacen, y luego nos ponemos moradas de palomitas para olvidar que no tenemos una cita en condiciones.

—Suena bien —aceptó, y añadió con exagerado dramatismo—: Menos mal que siempre me quedará Gisela —parafraseando una famosa frase del cine y pasándole un brazo por los hombros a su amiga.

Hora y media después, y tras haber avisado en sus respectivos hogares, las dos estaban sentadas en la zona de restaurantes del cine comiéndose el tan ansiado sándwich y peleándose por la película que verían esa noche.

Ser las dos únicas del grupo que no tenían una cita romántica había deprimido a Nora lo suficiente como para negarse a ver la comedia romántica que estaba arrasando en la cartelera de medio mundo. Su propuesta era el último film de Brad Pitt, una película de acción con el éxito garantizado gracias al físico del actor y a los efectos especiales.

—No pienso pagar para ver una película solo porque el actor es guapo —protestó Gisela, cuya propuesta era la comedia con final feliz.

—No vas a pagar para ver a un actor guapo. Vas a pagar para ver a un actor impresionante dando tiros y enseñando músculo brillante por el sudor. ¿Qué más se puede pedir?

—Yo paso. El sudor es asqueroso.

Nora estaba a punto de alegar que eso era discutible y dependía de las circunstancias, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta al alzar la mirada de la cara de Gisela y toparse con quien emergía de las escaleras en ese momento. Justo la persona a la que menos esperaba ver en el cine: Pablo.

Ella y Gisela se habían sentado en una de las mesas pegadas a los ventanales de cristal que estaba justamente frente a las escaleras que daban acceso a la zona de restaurantes, por lo que fue instantáneo que reparara en su presencia.

La reacción de Nora alertó de que algo estaba sucediendo a su amiga. Gisela se dio la vuelta para seguir la dirección de su mirada.

—Entiendo —musitó la rubia.

Nora parpadeó al escucharla hablar, regresando de golpe a la realidad.

—¿Qué entiendes?

—Tu obsesión con ir a ver una película de acción. No se trata solo de Brad. Está claro que Pablo jamás entraría a ver una película de amor.

—No sabía que iba a venir. Además, fuiste tú la que propuso el cine —se defendió de la acusación velada.

—De acuerdo, Nora —concedió con una sonrisita de suficiencia.

—De acuerdo ¿qué?

—Entraré a la película que tú querías ver. Todo sea por el amor. Me apetecía verlo en pantalla grande, pero puede que sea más interesante disfrutarlo en directo —comentó antes de darle un bocado a su sándwich.

—He cambiado de opinión. La que tú has elegido es perfecta. Necesitamos ver cosas que nos alegren la vida, no que nos conviertan en psicópatas en potencia. No sé en qué estaba pensando para escoger una película solo porque el protagonista sea impresionante.

—Estás completamente loca.

—Sí, creo que ya he oído eso antes. —Y añadió—: Muchas veces.

Tania había subido en moto muchas veces. Desde que Miguel se compró la suya, habían ido a todas partes en ella. Siempre era más fácil circular por una ciudad como Barcelona en vehículos de dos ruedas, fáciles de aparcar y útiles para escapar de los atascos. Además, con ellas te ahorrabas las esperas de autobuses y trenes de metro.

A pesar de su experiencia en el terreno, no obstante, montar con Charlie era una sensación completamente nueva y distinta. No ya porque Charlie condujera a más velocidad de lo que acostumbraba a hacerlo Miguel, sino porque con él se sentía una persona diferente a la que había sido hasta entonces. Mucho más decidida y valiente, coqueta y, ¿por qué no?, también peligrosa.

—Voy a llevarte a un sitio que te va a encantar —dijo Charlie gritando para ser escuchado a través de los cascos de ambos y del ruido del viento.

—No me conoces tanto como para aventurar algo así —bromeó ella, aguijoneándole. Disfrutando al imaginar la mirada de admiración que con seguridad se veía en su rostro en esos instantes.

Charlie era mucho más de lo que nunca hubiera imaginado, la tentaba y la empujaba a dejarse llevar por lo que sentía o pensaba.

—Espera a ver a dónde vamos y después me dices si te conozco o no —propuso sonriendo para sí.

—Me parece justo. —Y añadió en el mismo tono travieso, que él percibió por encima de todo lo que los separaba—: Pero no te hagas muchas ilusiones.

Las carcajadas de Charlie resonaron por encima del ruido del motor.

—Eso ha sido cruel. Muy cruel, incluso para ti.

CAPÍTULO 20

«¿Qué pasa? ¿Te han dado cola normal en lugar de *light*?»
(Nora)

—Quiero la butaca del pasillo, paso de pelearme con otra persona, además de contigo, por el reposabrazos.

—¡Hecho! Pero solo si vas tú a por las palomitas —aceptó Nora mientras se adentraban en la sala de cine y se acercaban a las filas del final. Tras pensárselo más de lo normal, se decidieron por la antepenúltima, ni al final del todo ni muy cerca del final.

Tal y como habían acordado, Gisela se dejó la chaqueta en su asiento y se levantó a por las palomitas y la cola. Las luces todavía estaban encendidas, así que Nora se limitó a hacer tiempo, observando a la gente, hasta que comenzaran los tráileres. Poco a poco, la sala fue llenándose de parejitas que iban a ver la película. Las había de todas las edades, pocas personas entraban solas, lo que era lo más lógico dado el estilo del film.

Instintivamente comenzó a hundirse en el asiento. Su primera idea había sido la más acertada, tendría que estar preparándose para ver a Brad Pitt y no allí, deprimida en medio de personas que le recordaban que el amor y ella estaban peleados y sin posibilidad de reconciliación. De hecho, toda la culpa de que estuviera a punto de ver una película romántica y de que ello le deprimiera era de Pablo: A) porque si Pablo no hubiera aparecido, habría terminado por convencer a Gisela, ya que ni siquiera había llegado a usar el golpe certero, ojos de desolación y sonrisa triste. Su amiga nunca podía resistirse a ella. Y B) porque si no hubiera besado a aquella chica en sus narices, no estaría tan deprimida.

Unos minutos después llegó Gisela cargada de calorías. Además de las bebidas y las palomitas, se había agenciado una bolsa de gominolas.

—Parece que iba en serio lo de ponernos moradas —apuntó Nora mientras le cogía la bolsa de papel en que le habían puesto las dos colas.

—Venir al cine y no comer palomitas es como ir de compras y dejarte la cartera en casa. Absurdo.

—Sí que estás filosófica hoy.

La respuesta de Gisela fue encogerse de hombros y dedicar su ingenio a colocar en la diminuta butaca su culo, el chaquetón y el bolso.

—¡Madre mía! Esto no es normal —murmuró Gisela repentinamente, en voz tan baja que Nora no estaba segura de haber escuchado bien.

—¿Qué pasa? ¿Te han dado cola normal en lugar de *light*?

—No es eso, y no te muevas. Disimula. Pablo y Josep acaban de entrar en la sala —comentó en un susurro demasiado alto para ser considerado como tal.

—No me lo creo.

—Vale, gírate, pero disimula un poco, que están buscando dónde sentarse.

Se dio la vuelta fingiendo mirar algo que estaba más allá y se topó con la mirada azul de Pablo clavada en ella. Sorprendentemente, teniendo en cuenta que llevaba días ignorándola, el chico levantó la mano para saludarla al tiempo que esbozaba una sincera sonrisa. Como si realmente se alegrara de haberla localizado entre la gente que había en la sala.

Nora le devolvió el gesto, confundida por su reacción, mientras los veía acercarse hasta su fila.

—Hola, chicas, ¿están ocupados esos asientos? —preguntó señalando las dos butacas vacías junto a Nora.

Fue Gisela la que respondió.

—Están libres. ¿Pasáis? —preguntó levantándose para permitirles el acceso.

Con una sonrisa de agradecimiento, Pablo asintió y unos segundos después estaba sentado en la butaca junto a Nora.

—Buenas noches, Gisela; hola, Norit —saludó Josep, obligado a sentarse junto a su amigo.

—No me gusta que me llames así.

—¿Por qué? Si es un nombre perfecto para ti. Eres blandita como un corderito. Y para muestra la película que has elegido —comentó riendo—. Tiene pinta de dramón.

Nora frunció el ceño.

—¿La misma que vas a ver tú?

—Eso es cosa de este —explicó moviendo la cabeza para señalar a su amigo—. Yo quería ver la que proyectan en la sala seis.

—Tiene muy buena crítica —se limitó a decir Pablo a modo de justificación.

En ese instante se apagaron las luces y en la pantalla del cine comenzaron los tráileres, con lo que todos los presentes, o al menos la gran mayoría, se quedaron en silencio. Una vez que las luces se apagaron, dejando solo los débiles focos de emergencia, la presencia de Pablo a su lado se intensificó. No porque fuera la primera vez que se sentaba a su lado, de hecho, era algo que hacía cada semana en las clases de inglés. Se trataba de algo más íntimo, ya que en esos instantes no estaban en el instituto, y su compañía no guardaba relación con nada que hubiera vivido antes con él. Si lo pensaba bien, era lo más cercano a una cita que tendría nunca con Pablo.

«¡Deprimente! —pensó—. Ver esta película ha sido una mala idea desde el principio.»

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —preguntó Tania, al ver el sitio al que Charlie la había llevado.

Estaban a las puertas de un local cuya fachada estaba pintada de negro con letras rojas que anunciaban que se trataba de una tienda de cómics. Para ser más exactos, era

la tienda de cómics más emblemática de la ciudad.

—Para nada. Ya te dije que te iba a encantar.

—¿Cómics? ¿Encantarme? ¿A mí? Y ya puestos, ¿qué hace abierta a estas horas? —inquirió levantando la muñeca izquierda para ver la hora en su reloj.

—Ahí viene lo bueno. Hoy cuentan con la visita de un autor. —Tania seguía perdida, pero percibía algo en los ojos de Charlie que le decía que había algo más que no le estaba contando.

—Una firma de libros. Digo, de cómics... Novela gráfica. Como se diga, ¿y?

—Voy a dejar que lo adivines. Tú piensa un poco.

Tania le lanzó una mirada envenenada. Charlie sabía perfectamente que el único motivo por el que, cuando se conocieron, le había pedido que la acompañara a la sección de cómics fue para torturar a su ex por haberla dejado.

—No tengo la más remota idea —confesó dándose por vencida.

Charlie volvió a ofrecerle una sonrisa tan cautivadora como misteriosa.

—Te daré una pista. El autor que viene esta noche tiene muchos fans.

Ella se encogió de hombros.

—Eso ya lo veo —señaló mirando a su alrededor, donde se estaba formando una fila de gente que esperaba para entrar en la tienda.

—Eres una chica dura.

—¿Estás usando dura como sinónimo de tonta?

—Y además susceptible —se rio él, y añadió—: ¿Recuerdas cuando nos conocimos?

—No hace tanto tiempo y tengo muy buena memoria. Por lo demás, no eres muy memorable —dijo, con ganas de hacerle hablar.

Él ignoró la pulla y siguió con sus explicaciones.

—El autor que viene esta noche se llama Marc Toulard, ¿te suena haber visto a alguien leyendo sus historias? ¿En una librería, quizás?

Tania abrió los ojos desmesuradamente al tiempo que asimilaba lo que acababa de escuchar.

—¡No puede ser! ¡Eres increíble! ¿Piensas que van a venir?

—Ningún friki se perdería algo como esto ni en su lecho de muerte —comentó con seguridad.

—Debería ser madura y dejarlo estar, pero no lo soy. Me muero de ganas por ver la cara que pone cuando me vea contigo. Soy inmadura pero feliz.

—Buscar venganza no es lo mismo que ser inmaduro. Si no me crees, mira a Clint Eastwood.

Tania no pudo contener las carcajadas ante la ocurrencia.

«Anda..., alégrame el día», pensó sintiéndose como el detective Callahan de *Impacto súbito*.

—Tenías razón —dijo mirando a Charlie y sintiendo cómo se le aceleraba el pulso por la adrenalina—. Me encanta el sitio que has elegido para nuestra primera cita.

—Te lo dije.

—Tienes razón. Solo espero que...

Charlie le ofreció una sonrisa traviesa antes de preguntar:

—¿Qué esperas?

—Que la segunda esté a la altura de esta. Te lo has puesto muy difícil.

Nora no se estaba enterando de lo que sucedía en la película. Por mucho que intentara concentrarse, sus neuronas estaban de vacaciones fantaseando con el chico que se hallaba sentado a su lado, y que constantemente le daba suaves golpecitos con el brazo. Unas semanas antes le había acusado de ser bipolar, ahora estaba segura de que lo era.

Se había pasado días sin hablarle, dando la vuelta en el pasillo cuando la veía venir, y justo cuando ya estaba convencida de que lo que fuera que hubiera podido pasar entre ellos se había terminado, iba él y se metía a ver una comedia romanticona únicamente para sentarse a su lado.

Se acercó a Gisela para susurrarle al oído:

—Esto es surrealista.

—Es una película, Nora. Y a mí me parece preciosa.

Nora levantó los ojos al cielo con frustración.

—La película no. Pablo. Es raro que esté en esta sala y que se haya sentado con nosotras. Lleva días evitándome, y ahora…

Sin despegar los ojos de la pantalla, Gisela le ofreció un consejo.

—Deja de darle vueltas y pregúntale directamente qué le pasa contigo. Después de todo, fue él quien se buscó pareja.

—¿Tú crees? —insistió—. Si lo hago, ¿no pensará que estoy desesperada?

—¡Estás desesperada! —respondió, apartando momentáneamente la atención de la película.

—Puede, pero no quiero que lo sepa.

—Pregúntale y déjame ver la película. Cuando acabe, te dejo que me lo cuentes otra vez. Hasta te daré la razón en todo.

Definitivamente, esa no era su noche. A su mejor amiga le interesaba más una película que su triste vida sentimental, y el chico que le gustaba, que se había besado con otra en su cara, ahora estaba sentado a su lado y jugaba a hacer manitas, lo que hubiera sido genial si no fuera también muy raro.

Si Pablo no fuera él, no habría sido necesario que Gisela la aconsejara sobre cómo actuar. Ella misma se habría dado cuenta de que tenía que hablar con claridad con el chico y solucionar sus constantes desencuentros.

Suspiró con resignación y cambió el peso de su cuerpo de la izquierda, en que estaba sentada Gisela, a la derecha, donde se sentaba Pablo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Él se giró inmediatamente para mirarla.

—Claro —le ofreció toda su atención.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Para ver la película? —su respuesta sonó como una pregunta, como si quisiera evadir el tema.

—¿Por qué esta película? —contraatacó—. Josep no parecía muy contento con tu elección.

—¿Puedo preguntarte yo ahora algo a ti?

—Por supuesto.

—¿Puedo acompañarte a casa cuando salgamos del cine? —Y añadió por si quedaba alguna duda—: Los dos solos.

—Puedes.

—Entonces te contesto después. —Le guiñó el ojo y se dio la vuelta para seguir viendo la película.

CAPÍTULO 21

«Me encanta cuando te pones difícil»
(Josep)

Gisela pareció muy satisfecha consigo misma cuando Nora le informó de que Josep la acompañaría a casa porque ella había decidido quedarse un poco más con Pablo, que se había ofrecido a acompañarla a ella.

—¿Eso quiere decir que te decides por él en lugar de por Fran? —la pregunta fue tan directa que sorprendió a Nora con la guardia baja.

—No.

—¿Vas a jugar a dos bandas? —Gisela parecía escandalizada, lo que casaba perfectamente con su carácter puritano, no obstante, Nora sentía que había algo más.

—No he dicho eso. Lo que pasa es que no he decidido nada. Puede que Pablo sea más guapo que Fran, pero también es el tipo que se lio con una chica delante de mí. En cambio, Fran se preocupa por mis sentimientos y sé que nunca haría algo así.

Ante semejante comentario, Gisela no pudo disentir. No era necesaria una investigación intensiva para saber que lo que decía Nora era cierto. Se veía venir a Fran a la legua. Era un chico educado y respetuoso. Y era precisamente esa parte de él la que conseguía que Gisela se pusiera de mal humor cada vez que tenía la dudosa suerte de coincidir con él.

Fran era la clase de hombre con el que siempre había fantaseado, el problema era que en su organizada vida el romance no estaba dispuesto hasta que no entrara en la universidad y encarrilara su vida.

—Pues no tardes mucho en decidirte, no sea que te quedes sin ninguno de los dos.

—¡Envidiosa!

Gisela no pudo responder porque aparecieron Josep y Pablo, que habían ido a avisar a sus amigos de que se iban a marchar con ellas. Para ello habían tenido que esperar a que salieran de la sala contigua, ya que la película de acción duraba diez minutos más. Molesta por no poder desfogarse, Gisela se limitó a lanzarle una mirada envenenada, que esperaba que causara el mismo efecto que la respuesta airada que había tenido que tragarse.

—¡Vámonos, rubia! —dijo Josep asiéndola del brazo—. Cogemos el mismo metro para ir a casa. Así que esta noche seré tu escolta. ¿Qué te parece? Eres la chica más afortunada del cine.

—¡Genial! ¿No ves mi cara de felicidad? El sueño de mi vida es ir contigo en el metro. ¿No lo sabías?

—Me encanta cuando te pones difícil —se burló Josep sonriéndole inocentemente.

Nora disimuló una sonrisa. Si no fuera porque Gisela ya estaba pillada para Fran, Josep no sería una mala opción que tener en cuenta. Su amiga tenía que espabilarse y conseguirse un novio, y ella estaba dispuesta a organizarlo todo para que saliera perfecto.

La pareja se marchó entre bromas, dejándolos allí sin nada que decirse, lo que aumentaba la incomodidad de ambos.

—¿Dónde te apetece ir? —preguntó Pablo—. ¿Quieres que vayamos a tomar algo al Rules? Los viernes no hay que pagar entrada, y la música que ponen es muy suave, por lo que se puede hablar sin gritos.

Meterse en una discoteca no era precisamente lo que Nora tenía en mente, pero tampoco estaba dispuesta a hacérselo saber. Después de todo y con un poco de suerte, no habría mucha gente un viernes por la noche, y podían pasar una velada medianamente tranquila.

—Me parece bien.

—¿Seguro?

¿Era decepción lo que se percibía en su tono?, se preguntó Nora. ¿Acaso esperaba que fuera ella la que propusiera un encuentro más íntimo? Porque, si era el caso, se iba a llevar una decepción. Todavía tenía reciente su desplante en el Rules el sábado anterior y, si buscaba el perdón, su táctica era poco más que una chapuza.

—Segurísima. ¡Vamos!

Quince minutos más tarde giraban la esquina que daba a la calle del local.

—¿Estás segura de que te apetece entrar?

—Claro, ¿a ti no te apetece? ¿Lo has propuesto tú?

—Sí, lo decía por ti. No pareces muy convencida.

—Entonces, no te preocupes.

Con una sonrisa maliciosa en los labios, Nora entró en primer lugar en el local, que, gracias a Dios, estaba casi vacío. Apenas había unas diez personas bailando en la pista y solo dos reservados estaban ocupados. Sin darse la vuelta para comprobar si Pablo la seguía, se encaminó hacia la zona de las mesas y buscó una lo suficientemente bien ubicada como para divisar prácticamente la totalidad de la discoteca.

—¿Qué quieres tomar? —ofreció el chico.

—Una cola, por favor —pidió, echando mano al bolso para darle dinero.

—No hace falta —dijo, impidiendo que sacara la cartera—, esta ronda la pago yo.

Muy a su pesar, Nora sonrió ante la broma mientras veía cómo se encaminaba hasta la barra.

«No puedes ser débil —se dijo con firmeza—. Va a tener que hacer algo más que invitarte a una cola si quiere que te olvides de lo que te hizo el sábado.»

Cuadró los hombros, satisfecha por los derroteros en que andaba su mente, y se dispuso a observar a la gente que había allí. Como si tuviera un radar, su cabeza giró en

dirección a la barra. Justo al otro extremo en que se encontraba Pablo se topó con una espalda ancha que le resultó muy familiar, y con un cabello oscuro más largo en la nuca.

El chico estaba sentado en un taburete con un vaso de tubo en la mano, pero se hallaba demasiado lejos como para que Nora pudiera distinguir qué era lo que contenía. El chico gesticulaba mucho mientras hablaba con uno de los tres camareros que había tras la barra, podía ver cómo iba moviendo las manos y la cabeza.

Recordó entonces que Mateo había comentado esa tarde que tenía una cita en el Rules con el camarero al que había conocido el sábado pasado, por lo que atando cabos dedujo que estaba esperándole a él. Seguramente a que acabara su turno de trabajo para poder hacer algo juntos.

—La cola —ofreció Pablo, quien apareció en ese instante y se sentó a su lado en el sofá.

—¡Gracias!

—Lo que necesites.

Nora no supo si fueron sus palabras o el tono en que las dijo, pero, de repente, una idea se instaló con fuerza en su cabeza.

—Pablo, ¿tienes móvil?

El chico se hinchó como un gallo ante la pregunta, creyendo que era un modo sutil de pedirle su número de teléfono.

—Sí, claro.

—¿Mi amigo Mateo tiene tu número?

La pregunta le pilló a contrapié.

—Yo no se lo he dado, así que no lo creo, ¿por?

—¿Te importaría dejármelo un ratito? Quiero gastarle una broma —ya estaba sonriendo anticipadamente—, parece un poco aburrido.

—¿Quién, Mateo?

—Sí, mira. Está ahí sentado —dijo señalando su posición.

—¿Qué clase de broma?

—Una muy divertida, lo prometo. ¿Te apuntas?

La idea de compartir un momento de complicidad con Nora terminó de decidir a Pablo.

—¡Por supuesto! Cuenta conmigo —accedió sacando su móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Te prometo que no te arrepentirás.

Mateo estaba aburrido. Cuando aceptó quedar con Nico, no había imaginado que solo iban a disponer de quince minutos en el almacén, ni que iba a tener que esperar más de dos horas hasta que terminara su turno tras la barra.

El móvil vibró en ese momento en su bolsillo anunciando que tenía un mensaje de texto. Lo sacó desganado y mortalmente aburrido. El número que aparecía no estaba en su lista de contactos, arqueó las cejas sorprendido. Desbloqueó la pantalla y abrió el mensaje. Tuvo que leerlo dos veces antes de asimilar lo que ponía en él:

«Eres demasiado atractivo para estar solo.»

Sintió un burbujeo muy agradable en el estómago. ¿Se habrían equivocado de número de teléfono? ¿Era una broma? ¿Debía responder incluso si el mensaje no iba dirigido a él?

Sin pensarlo en profundidad, pulsó la tecla de responder y escribió una respuesta:

«Creo que te has equivocado de número. Revísalo.»

Pulsó para enviar y aguardó para ver si había respuesta. Para su sorpresa, esta no se hizo esperar.

«Sé perfectamente quién eres, Mateo.»

De acuerdo, el tema se ponía cada vez más interesante, se dijo. No solo no se habían equivocado al escribirle, sino que además la persona que lo hacía pretendía captar su atención. Algo que, sin duda, había conseguido con creces.

La pregunta que se hacía imprescindible en esos momentos era:

«¿Te conozco yo a ti?»

Al igual que la vez anterior, la respuesta llegó rápida y directa.

«Me conoces, y por si te lo estás preguntando, no soy una chica de tu entorno. Ni siquiera soy una chica.»

¡Joder! ¿Y eso qué significaba exactamente? ¿Que era una mujer adulta o que era del sexo masculino? Su preferencia se inclinaba por que fuera lo segundo.

Transmitió sus dudas a través de un nuevo mensaje de texto.

La respuesta le hizo sonreír complacido: era un chico.

Siguieron hablando a través de SMS un poco más. Su misterioso interlocutor se negó a dar su nombre, a cambio le ofreció una inicial para que pudiera llamarle de algún modo: P.

Tras varios intentos de Mateo por dar con el nombre que comenzaba con P, al final terminó por desistir y se limitó a referirse a él como P.

Impaciente por saber más de él, marcó su número. No obstante, nadie descolgó.

La idea de haber metido la pata al llamarle pasó por su mente. Fuera quien fuera, solo quería comunicarse a través de SMS. De hecho, su manera de entrarle había sido esa cuando perfectamente podría haberse acercado hasta él y hablarle en persona. Ese pensamiento le encendió una bombilla que había estado fundida temporalmente en su cerebro cuando recordó que su misterioso amigo le había preguntado por qué estaba solo, lo que significaba que podía verle.

Alzó la cabeza para buscar a Nico con la mirada, pero el chico estaba ocupado poniendo copas; por otro lado, el número desde el que le enviaban los mensajes era desconocido, lo que descartaba que Nico fuera P. Se levantó del taburete tan rápido que estuvo a punto de tirarlo al suelo. De repente, había olvidado la razón por la que estaba allí. Ni siquiera había vuelto a dirigirle una mirada a Nico hasta ese momento en que comprendió que la persona que le escribía estaba en el local.

Y es que, si había algo que captaba la atención de Mateo, eso era un buen misterio. Era demasiado cotilla como para aceptar que hubiera algo que él desconociera. Por eso se dedicaba a preguntar e indagar hasta que daba con la respuesta. Cuando andaba metido en algún enigma, ninguna negativa lograba desanimarlo. Por esa misma razón,

sus amigas se habían extrañado tanto cuando no acosó a Tania con preguntas sobre su cita para esa misma noche.

Ansioso por detectar a P, dejó que sus ojos vagaran por la pista de baile, la entrada al local, que daba justo frente a donde él se encontraba, los reservados, las mesas ocupadas…

Alzó la mano para devolver el saludo que le estaban haciendo y se encaminó hasta allí, debatiéndose entre matar a su admirador secreto por bromista o aplaudirle por su ingenio.

—Eres un mal bicho —le espetó riendo y acercándose a Nora para darle dos besos en las mejillas.

—Puede ser, pero parecías tan aburrido ahí esperando… Fue un acto de bondad —hizo que su voz sonara dulce, casi lastimosa.

Mateo suspiró exageradamente y se dirigió a Pablo, que no había abierto la boca en ningún momento, limitándose a observarlos en silencio.

—¿Cuánto de esto es cosa tuya? —preguntó dándole a su tono un toque bromista.

—Veamos, es mi móvil, la P es de Pablo y, además, soy un chico…

—¿Estás tratando de decirme algo? —inquirió fingiendo seriedad.

Pablo rio divertido.

—Me niego a contestar a esa pregunta.

Nora le dio un codazo amistoso.

—No seas cruel, Pablo. Le estás dando esperanzas y ahora tiene tu número.

Ante la broma, los tres se echaron a reír.

CAPÍTULO 22

«Bésame como me merezco y esmérate un poco»
(Marta)

Marta estaba empezando a replantearse su relación con Fer. Normalmente pasaban un par de semanas más, a veces incluso un mes completo, antes de que llegara a ese punto de no retorno, pero con Fer todo estaba yendo de forma diferente. No era una chica frívola que lo único que buscaba era añadir muescas en la culata de su revólver. Lamentablemente, se debía a que se aburría con mucha facilidad, y a pesar de su momento metafísico cuando estuvo enferma, había vuelto a reafirmarse en que era muy joven para plantearse nada serio.

Y es que no andaba buscando una relación como la que habían tenido sus padres, quienes habían comenzado a salir cuando tenían diecisiete años y ya llevaban veintidós casados. No obstante, a pesar de lo que pudiera parecer a simple vista, cuando conocía a un chico e iniciaba una relación sí que tenía la esperanza de que fuera más allá de una corta temporada y de encontrar aquello que veía en los noviazgos de sus compañeras de clase.

Al conocer a Fer había pensado que salir con un chico mayor que ella iba a ser toda una experiencia, y de algún modo lo estaba siendo, solo que no de la manera en que ella hubiera esperado que lo fuera.

Su novio se mostraba excesivamente respetuoso, al principio había pensado que se debía a que se estaban conociendo, pero ahora que ya llevaban juntos dos semanas en las que prácticamente se habían visto todos los días, la distancia que él interponía entre ellos seguía ahí.

Hasta el punto de que, a pesar de que se estaban besando en el asiento trasero de su coche, Marta era capaz de tener la mente ocupada en otros menesteres. Definitivamente, algo iba un poco mal.

Ella no era precisamente de las que dejaban pasar las oportunidades, de modo que terminó el beso y se echó hacia atrás para poder mirarlo de frente, directamente a los ojos:

—Fer, ¿yo te gusto?

—¡¿Qué?! Por supuesto que me gustas, ¿a qué viene esta pregunta tan rara?

—Me estás besando mecánicamente, como si lo hicieras sin ganas, casi por obligación —se quejó cruzando los brazos encima del pecho—, ni siquiera me has tocado.

—Marta, yo… —balbuceó.

—¿Es verdad, no? No te gusto.

De repente, a pesar de lo que había estado pensando minutos antes, la idea de que fuera él quien se hubiera cansado de ella, quien propusiera que dejaran de verse, le pareció horrible. Su expresión se volvió sombría cuando comprendió que quizás, y solo quizás, Fer le importaba más de lo que había imaginado. Lo que suponía una enorme y, de momento, desagradable sorpresa.

—Marta, no se trata de eso. Es que tengo algunas cosas en la cabeza y ando preocupado. No tiene que ver contigo —se corrigió—, bueno, sí que tiene que ver contigo, pero no del modo en que tú crees.

—¿Y en qué modo tiene que ver conmigo?

—La verdad es que no sé cómo decírtelo sin que te enfades y me digas que no —murmuró mirando por encima de su cabeza.

—O sea, que voy a tener motivos para enfadarme, pero no tiene que ver directamente conmigo —recapituló, sonando cada vez más enfadada.

—Yo no he dicho exactamente eso.

—Estás empezando a mosquearme, Fer. Di lo que tengas que decir de una vez.

—Mis padres quieren que te invite a comer el domingo que viene a casa.

—¿Qué has dicho? —la voz la traicionó haciendo un gallo.

—Mis padres quieren que te invite a comer el domingo que viene a casa.

—No hace falta que me lo repitas de nuevo, ya te he oído. Era una pregunta retórica —explicó alzando la voz ocho octavas, y, sin embargo, consiguiendo que sonara igual de aguda.

—¿Estás enfadada? Por eso estaba raro, no sabía cómo decírtelo sin que te enfadaras —explicó con tranquilidad, todo lo opuesto a como se sentía Marta.

—No estoy enfadada. Sorprendida sí. ¿Por qué me han invitado?

—Quieren conocerte. Me he pasado las últimas semanas saliendo de la facultad y yendo a verte. Es normal que se preocupen por saber con quién estoy.

—¡Está bien!

—Menos mal que lo entiendes.

—No me refiero a que lo entienda, sino a que está bien, iré a comer a tu casa. No obstante, impongo una condición.

—Lo que quieras —aceptó sin demora, demasiado sorprendido de que le hubiera resultado tan fácil convencerla.

—Bésame como me merezco y esmérate un poco. Haz que se me licúe el cerebro y no pueda pensar en nada.

Fer sonrió con picardía.

—A sus órdenes, señorita.

Mientras caminaba junto a Pablo de regreso a casa, Nora pensaba que su viernes no había sido tan malo como había supuesto que sería al comienzo de la tarde. Se había perdido media película, sí, pero lo compensaba el rato divertido que había compartido con Pablo y los mensajes a Mateo. Mientras ideaban maneras de torturar a su amigo

dejándole con ganas de saber más, habían compartido una complicidad que le recordaba a su larga charla, dos semanas antes, después de que Gisela se marchara enfadada del Rules.

Parecía como si el Pablo amigable y atento de aquella noche hubiera regresado, dejando de lado al otro Pablo que tanto daño le había hecho.

—Mateo se lo ha tomado muy bien. No creo que yo hubiera sido tan comprensivo —confesó torciendo la boca.

Nora le miró con fijeza antes de responder.

—Le hemos entretenido mientras esperaba a que Nico saliera del trabajo. Por eso se lo ha tomado bien, sabe que ha sido un detalle que le amenizáramos la espera —apuntó Nora.

—¿Sueles tener ideas tan descabelladas como la de hoy?

Nora no respondió, lo que hizo que Pablo volviera a preguntar.

—¿No vas a decírmelo?

—Estoy valorando qué es mejor, que te diga la verdad o que te haga creer que soy estupenda y perfecta —confesó sin ningún pudor.

—Digas lo que digas, seguiré pensando que eres estupenda. Lo de perfecta no puedo afirmarlo, pero te confieso que lo perfecto me resulta aburrido.

La tensión por la confesión se suavizó gracias a la broma de Pablo.

—En ese caso… Sí, suelo tener ideas de este tipo. No puedo evitarlo.

—No tienes por qué hacerlo. Supongo que es parte de tu encanto. —Y añadió—: Nora, llevo toda la noche, en realidad toda la semana, queriendo disculparme contigo, pero no me lo has puesto fácil. Primero te dedicas a hablarme en inglés y después caigo en la provocación de tu hermana… Bueno, lo que intento decir es que me gustas. Bastante. Y que lo de la otra noche no fue más allá del beso que viste, y solo lo hice porque estaba celoso.

Nora se detuvo a medio camino de dar el siguiente paso, y Pablo se paró a su lado, expectante por conocer su respuesta y con la mirada fija en su rostro, pendiente de cada expresión.

«No puedes ser débil, no puedes ser débil…», se repitió como un mantra. Puede que lo hubiera hecho por celos, pero tal y como le había hecho notar Fran, el caso era que lo había hecho. De cualquier manera, no quería demostrarle lo mucho que le había dolido, de modo que se esforzó por mostrarse natural.

—Más que una disculpa, estás cavando tu tumba —bromeó—, me sorprende que seas tan… ¿vengativo? —Se mordió la lengua porque lo que realmente quería decir era inmaduro, estúpido, egoísta insensible…

—¿Me darías otra oportunidad? —Sus ojos azules estaban clavados en los de ella mientras seguían parados en medio de la acera, pendientes el uno del otro—. La primera noche que estuvimos juntos en la puerta del Rules lo pasamos bien. Nos divertimos.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente?

—Una cita. Tú y yo, sin amigos, clases de inglés ni melentendidos.

Nora se tomó unos segundos antes de contestar. No es que fuera mucho, pero deseaba ponérselo difícil aunque fuera un instante.

—De acuerdo. Salgamos y veamos si no nos matamos al final de la noche.

—¡Cuánta confianza en mí! —se quejó sonriendo—. ¿Quedamos mañana?

—No, lo siento. Mañana ya tengo plan. He quedado.

Pablo esperó a que continuara y le dijera con quién había quedado, pero cuando ella retomó la marcha, se dio cuenta de que no iba a decírselo.

—¿No vas a decirme con quién tienes una cita? —aventuró, conociendo de antemano la respuesta.

—No. No voy a decírtelo, tengo ganas de ver cómo reaccionas esta vez.

Pablo fue incapaz de decir nada. Por primera vez en su vida, una chica le había dejado sin palabras.

CAPÍTULO 23

«No quiero asustaros, pero, si es rubio, va a haber problemas»
(Mateo)

La casa de los abuelos de Gisela estaba muy cerca de la Sagrada Familia, una zona en la que había diversos locales en los que tomarse una copa y pasar el sábado noche. No obstante, los cinco habían decidido pasarse el día en casa, por lo que para evitar la tentación se habían ataviado con el pijama.

La prenda estrella de la noche aparecía en todas sus versiones, siendo la envidia de cualquier pasarela. Desfilaban por allí desde el pijama con ositos y corazones de Gisela, el pijama de una sola pieza de Mateo, que se ataba en los riñones y que se parecía a los que usaban los bebés, el ajustado y fucsia de Marta y el masculino de Nora, al de seda con motivos japoneses que usaba Tania.

El piso que había estado pulcramente recogido cuando llegaron se encontraba ahora asaltado por mantas, sacos de dormir y bolsos. Se trataba de una casa grande, decorada por personas mayores, lo que equivalía a decir que tenía gruesas y pesadas cortinas, paredes blancas y alfombras en tonos oscuros que dominaban la decoración del salón, y una extensa colección de figuritas de porcelana.

En la entrada de la casa, para vergüenza de Gisela, sus abuelos habían colocado sobre la mesilla del recibidor una gran variedad de fotos de su nieta, que iban desde recién nacida, pasando por la primera comunión, hasta una fotografía de la Navidad anterior, en la que había salido poco favorecida.

Eran las ocho de la tarde cuando pusieron la primera película de la noche. Habían alquilado tres, a cuál más romántica. Gracias a que para entonces Nora se había reconciliado con el género. Tras el primer visionado, ya estaban los cinco suspirando por encontrar un amor tan perfecto y duradero como el que acababan de disfrutar.

Todavía de resacón romántico, a las nueve y media llamaron por teléfono para que les llevaran la cena: tres pizzas familiares y una cajita de alitas picantes. Estaban en la cocina cuando el repartidor llamó al timbre, y para sorpresa de todas fue Mateo quien se ofreció a abrir la puerta. Normalmente evitaba el movimiento lo máximo posible y, dadas las pintas que todos llevaban, en esos momentos todo presagiaba que no se ofrecería voluntario.

—Abro yo, casi todos los repartidores son hombres, y después de ver a Ryan Gosling estoy como loco por tocar carne de verdad —comentó abanicándose con la mano—. No quiero asustaros, pero, si es rubio, va a haber problemas —rio guiñándoles un ojo.

Marta salió de la cocina tras él con intención de pincharle y hacerle estallar.

—Pobre chico, le vas a dar un susto de muerte cuando te vea con ese pijama, y ese… buen humor que tienes ahí abajo —se burló Marta, bajando la mirada hacia sus zonas más sensibles.

—¿Qué quieres que haga, reina? Que uno no es de piedra y el Gosling es mucho Gosling.

Marta se dio la vuelta riendo y se metió de nuevo en la cocina para ayudar a las chicas que andaban preparando la mesa.

Tal y como Mateo había supuesto, fue un chico quien llegó con el encargo. Moreno con los ojos oscuros, unos veinte y pocos, y una barbita de varios días que le daba un aspecto muy interesante a pesar del nulo parecido con el actor que había cautivado a Mateo. Y tal y como había vaticinado Marta, el pobre repartidor se quedó paralizado ante la visión de un hombre adulto, ataviado como un bebé gigante, muy bien dotado y eufórico.

—Hola —saludó este con una sonrisa especulativa. El tipo era atractivo, ¿estaría interesado?

—Buenas noches, son treinta y cuatro con cincuenta —pidió el chico, con ganas de salir pitando de allí.

—Claro, espera, que voy a por el dinero. Entra si quieres, no hace falta que te quedes en la puerta —ofreció, dándose la vuelta y mostrando su cuerpo, embutido en el pijama, por detrás.

—No, no. Me espero aquí —dijo el pobre chico, ansioso por marcharse.

Llevaba más de un año trabajando de repartidor, y en ese tiempo había visto prácticamente de todo, mujeres entradas en años y desesperadas que se le insinuaban sin disimulo, personas mayores que se liaban con el euro… Pero, a pesar de todo, lo que estaba viendo, sin duda, subía a la primera posición de su lista personal de rarezas.

—Aquí tienes —ofreció Mateo, que volvía de la cocina con el dinero.

—Gracias —aceptó los billetes metiendo la mano en el bolsillo del uniforme para sacar el cambio.

El chico todavía estaba allí, sacando monedas, cuando Marta hizo su aparición y se colgó del brazo de Mateo.

—Hola, mi amor —saludó a su amigo con un coqueto beso en la mejilla.

Lo que hizo que al repartidor se le cayera el cambio de las manos. ¿Qué narices hacía una mujer como esa con un tipo como aquel? No era de extrañar que estuviera tan contento cuando le había abierto la puerta. La chica bien lo merecía.

Recogió el dinero sin mirar lo que hacía, pendiente de cada uno de los movimientos de Marta, que se contoneaba contra un Mateo a punto de estallar en carcajadas, divertido por el numerito de su mejor amiga.

—¿Todavía están calentitas? —preguntó con inocencia—. Las pizzas, quiero decir. Me encanta cuando el queso se deshace en la boca. —Para hacerlo más efectivo, se pasó la lengua por los labios.

—Sí, sí… Tomad las vueltas. —El chico alargó la mano para ofrecérselas y fue Marta la que extendió la suya, rozándole los dedos con descaro.

—Muchas gracias —dijo Mateo.

—Sí. Adiós —se despidió, saliendo completamente desconcertado de allí. Y tan feliz como lo había estado Mateo unos minutos antes.

Marta se tapó la boca con las manos en cuanto cerraron la puerta. Esperó varios segundos, con intención de dar tiempo a que el chico se marchara, y entonces estalló en estruendosas carcajadas.

—¡Dios! Eres diabólica. El pobre chico va a estar dolorido durante una semana —apuntó Mateo.

—Acabo de salvarte del ridículo. ¡De nada!

—Qué envidiosa eres. Lo tenía en el bote, y lo sabes.

Después de la segunda película a ninguno le apetecía ver una tercera, por lo que, tras asegurar a Gisela que repondrían lo que se bebieran, se pusieron a escudriñar en el mueble bar de los abuelos de esta en busca de alguna bebida espiritosa que les alegrara la noche.

Al final resultó que la familia de Gisela era tan puritana como ella misma y los abuelos solo tenían en casa vino blanco, con el que seguramente la abuela cocinaba, y dos botellas de Ponche Caballero.

—Yo paso del vino —anunció Nora—. Me da dolor de cabeza.

—¿Abrimos el ponche? —propuso Mateo.

—¿Vamos a beber esto sin nada? —Gisela arrugó la nariz anticipando el sabor de la bebida.

—Solo tenemos cola —apuntó Marta—. Vamos a probar a qué sabe con ella. Casi todo está bueno con cola.

Con esa idea en mente se sentaron formando un círculo sobre la alfombra del comedor y repartieron vasos con el contenido. Uno a uno lo fueron probando y aprobando el resultado. Era dulce y entraba sin dificultad. Estaba fresquito y sabía muy rico.

De modo que, cuando quisieron darse cuenta, ya habían terminado con una botella entera de dos litros de cola, y poco le quedaba a la de ponche para terminarse también. Fue a Nora a la que encargaron ir a la nevera a por más.

No obstante, cuando intentó levantarse del suelo, se dio cuenta de que era más complicado de lo que había esperado. Tras varios intentos que arrancaron las risas de sus amigos, por fin pudo hacerlo, y tambaleándose llegó hasta el frigorífico, con la sensación de que no había bebido tanto para estar tan mareada. Después de todo, parecía que los abuelos de Gisela no eran tan perfectos como su nieta.

—¿Por qué no jugamos a algo? —propuso Tania—. Beber así porque sí es un poco aburrido —comentó cuando ya había dado buena cuenta de la botella.

—Pues yo no estoy nada aburrida —apuntó Gisela.

—Eso es porque estás borracha. No hay nadie más aburrido que tú —expuso Marta —. Nunca has tenido novio ni amigo especial, te vistes como si tuvieras diez años en lugar de dieciocho, y ni siquiera te maquillas. Dudo que sepas hacerlo.

—No puedo más que darte la razón —apoyó Mateo—, pero puede que no podamos conseguirle un novio… —Se calló un segundo para carcajearse. Risas a las que también se unieron Tania, Marta y Nora, que había regresado con la botella de dos litros del refresco—. Pero podemos hacer algo con ella, le quitamos la coleta y probamos algo distinto con su cara. ¿Alguna lleva maquillaje en el bolso?

—¿Vais a pintarme? ¿Para qué? No va a verme nadie hoy.

—Eso lo solucionamos después —volvió a apuntar Mateo, quien se había convertido en la voz del grupo—. De momento, comencemos por el principio —anunció arrancándole la goma del pelo para dejarle el cabello suelto por los hombros.

—Mucho mejor —aprobó mirándola apartarse el cabello de la cara.

No obstante, antes de ponerse manos a la obra, repartieron una nueva ronda, y después cada una de las chicas buscó en su bolso el maquillaje que llevaba. La que se llevó la palma fue Marta, quien portaba un neceser con sombras de ojos, lápices y hasta tres barras de labios de distintos colores.

—Los labios rojos no, que es muy rubia y parecerá una p… pilingui —se corrigió Marta antes de decir la otra palabra que tenía en mente.

—Deja de hablar así si no quieres que me dé un ataque de nervios —comentó Mateo, y añadió—: Se dice mujer de la vida, por Dios, Marta.

Ante el comentario, todos se echaron a reír con tanta fuerza que derramaron un poco del contenido de sus vasos sobre la alfombra de la abuela.

Suavizada por el alcohol, Gisela se dejó hacer. Las únicas veces que protestó fue porque no le permitían beber por miedo a que se le corriera el color de los labios.

Tras media hora de brochas y polvos, todos quedaron listos. Incluso Nora y Tania se decidieron a probar los colores de labios de Marta, y todos, incluyendo a Mateo, terminaron con los labios rojos y pintados como puertas.

—¡Estamos guapísimos! —anunció Gisela dando saltitos de alegría—. La pena es que no nos vayan a ver.

—Eso hay que remediarlo. ¡Gisela, coge las llaves de casa! ¡Marta, los pintalabios! Chicas, estamos buenísimas, vayamos a hacer el amor y no la guerra.

—Me gusta hacer el amor —canturreó Marta siguiendo a Mateo, que se dirigía hacia la puerta de la calle.

—¡Esperad! —pidió Nora—. Primero tenemos que llenar esto —dijo levantando una botella de cola vacía.

—Nora, eres un genio —alabó Mateo.

—Yo quiero hacer el amor y no la guerra —lloriqueó Gisela.

—Sí, cariño, pero primero hay que conseguir suministros. El amor y la guerra dan mucha sed —se rio Tania, achispada por el alcohol ingerido.

Salieron a la calle maquillados de un modo que parecían una extraña mezcla entre góticos y estrellas del pop, con el pijama puesto, las zapatillas de estar por casa, y dos botellas de cola mezcladas con la segunda botella de Ponche Caballero que quedaba en la casa. Lo hicieron dispuestos a llevar a cabo su lema: haz el amor y no la guerra, predicando con el ejemplo.

En cumplimiento de su nueva máxima, fueron depositando besos marcados de carmín a todo cuanto encontraron a su paso, desde farolas, bancos del parque, hasta coches, personas que les daban el último paseo del día a sus perros, personas que salían de los locales de ocio… Cualquier superficie era apropiada para que los chicos dejaran la huella de sus labios.

El más pintoresco de todos era Mateo, precisamente el que se tomaba más en serio lo que hacían. Anda que te andaré terminaron entrando en la plaza de la Sagrada Familia, un espacio ajardinado frente al monumento del mismo nombre, y a solo cinco minutos de casa de los abuelos de Gisela, lo que hubiera favorecido que los vecinos reconocieran a la joven si no fuera porque con el cabello suelto, en pijama y maquillada era casi impensable que fuera ella.

Como si se tratara de una comuna *hippie* de los años sesenta, se acomodaron en medio de la plaza y bailaron mientras Mateo cantaba a voz en grito:

Haz el amor y no la guerra.
Besa. Con los ojos abiertos, cerrados o entornados.

Siguieron saltando y cantando completamente convencidos de que estaban haciendo lo correcto. Ellos eran la generación del futuro y tenían que dejar clara su postura al mundo. El amor era la respuesta a todos los problemas, o al menos lo era esa noche.

El alcohol que habían estado bebiendo los hacía inmunes al ridículo. Apenas conscientes de que estaban en pijama montando un escándalo en medio de un lugar público, lo que A) era delito, y B) estaban borrachos.

Las luces de las viviendas que quedaban cerca comenzaron a encenderse iluminando las ventanas, desde donde algunos curiosos asomaron la cabeza para descubrir el origen del ruido.

Besa sin distinción.
Haz el amor y no la guerra. Verás que es lo mejor.

Cuando la improvisada canción terminó, los cinco se dejaron caer en el suelo terroso, exhaustos y absolutamente felices por haber predicado su nuevo lema: haz el amor y no la guerra.

—¡Os quiero, chicas!

—Y nosotras a ti, Mateo —corearon al unísono.

CAPÍTULO 24

«Haz el amor y no la guerra»
(Mateo, Tania, Nora, Gisela y Marta)

El sonido del teléfono fue lo que despertó a Tania, quien se levantó a toda prisa y a punto estuvo de caer sobre Nora, que dormía a su lado en los colchones que habían transportado el viernes al dormitorio principal. Semejante odisea para comprobar que no era el suyo el que sonaba en ese momento. Aun así, tenía tres llamadas perdidas de su casa, lo que logró despertarla completamente.

Soltó un alarido cuando se dio cuenta de la hora que era. La una del mediodía y, si no hubiese sido por la llamada, seguirían durmiendo como si nada.

—Chicos. ¡Es tardísimo! ¡Arriba!

Entre el grito y la llamada poco a poco fueron despertándose todos mientras el teléfono impertinente seguía sonando e insistiendo para ser respondido.

—Nora, es el tuyo. ¡Cógelo para que se calle! —se quejó Marta—. Y Tania, deja de gritar, me va a estallar la cabeza.

A ella se sumaron las protestas de los otros, que se quejaban del mismo mal, por lo que Nora, que tampoco se sentía mucho mejor, terminó por arrastrarse hasta su bolso, colgado de la única silla del dormitorio, y contestó sin mirar siquiera quién la llamaba.

—Dígame.

—Nora, ¿estás bien? —preguntó Fran al instante.

—¿Fran?

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás?

—Perfectamente. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Y por qué llamas tan pronto?, es domingo.

—No es pronto, ¿y cómo que por qué te pregunto cómo estás? Ayer me llamasteis tú y Gisela. Parecíais borrachas, casi no podía entenderos. Además, me extrañó no veros en el Rules.

—¿Te llamamos? —repitió, más para asimilar la información que porque necesitara confirmación de que lo había hecho.

—Me llamasteis y me contasteis varias locuras. No dejabais de decir algo como haz el amor y no la guerra, y después me colgaste sin decirme dónde estabas o si os había pasado algo. Te volví a llamar varias veces, pero no me contestaste.

—No me acuerdo de haberte llamado. Y no te preocupes, estoy bien. Hemos celebrado una fiesta de pijamas, y puede que ayer bebiéramos más de la cuenta —contó,

tratando de quitarle importancia.

—Esa parte ya me la sé. Me lo dijiste anoche.

—No hay mucho más que contar —intentó escabullirse.

—De eso nada. Esta tarde a las cinco quedamos a tomar café y me lo cuentas todo. No te creas que te vas a ir de rositas sin soltar prenda. Llevo preocupado por vosotras todo el día.

—¿A las cinco? Estoy agotada, mejor quedamos en otro momento. —Realmente estaba cansada, y al mirar hacia abajo vio que además estaba completamente llena de barro.

¡Dios! Qué narices había hecho la noche anterior.

—De eso nada. A las cinco en el portal. No faltes o llamaré a tu madre y le explicaré en qué entretenimientos te metiste anoche.

—Eso es chantaje.

—Por supuesto que lo es —aceptó sin una pizca de arrepentimiento.

—Le diré a Gisela que también venga.

—Vale. Como quieras. Hasta las cinco —se despidió y colgó.

Nora se frotó las sienes, intentando asimilar lo que acababa de saber y lo poco que recordaba de la noche anterior.

—Chicos, tenemos un problemilla —expuso al fijarse en que todos llevaban los ojos como un oso panda y la ropa llena de suciedad—. Puede que ayer la liáramos un poquito. Revisad vuestras llamadas telefónicas.

Cuando llegaron a casa, Nora y Marta, tras recoger la casa de los abuelos de Gisela y limpiar las zonas que habían utilizado, se toparon con que Belén no estaba de buen humor, seguramente porque habían llegado más tarde de lo que ella esperaba.

Fue Javier, el padre de las chicas, quien las puso sobre aviso en cuanto las vio entrar en la cocina. Entre el dolor de cabeza que todavía llevaban a cuestas y el cansancio, lo último que necesitaban era encontrarse con su madre de mal humor. Por ello, con la mayor sutileza posible se excusaron para ducharse y cambiarse de ropa, quitándose de en medio.

Únicamente salieron de sus dominios cuando ya no pudieron esconderse por más tiempo, ya que la comida estaba en la mesa.

Belén se sentó rígida en su silla y, tras desafiarlas a que se quejaran, puso el programa de cotilleos de todos los domingos. Por supuesto, su familia apreciaba su vida lo bastante como para aceptar enterarse de quién había dejado a quién en el mundo del famoseo.

Harta de la incómoda situación y encantada de poner en la palestra sus dotes dramáticas, Marta decidió sacarse un as de la manga.

—Mamá, los padres de Fer, mi novio universitario que estudia Derecho —aclaró por si les quedaba alguna duda de a qué Fer se refería—, me han invitado a comer a su casa el domingo. ¿Puedo ir?

—¿Qué has dicho?

—Si puedo ir a comer a casa de Fer el domingo que viene, que me han invitado sus padres.

—¿A comer a casa de Fer con sus padres?

—Sí. Deduzco, ya que me han invitado, que ellos también estarán allí. No creo que me hagan ir para estar sola con su hijo.

Mientras la conversación entre Marta y Belén tenía lugar, tanto Nora como su padre se habían encogido en su asiento y no levantaban la cabeza del plato que tenían delante, temerosos de que se escapara alguna frase y fuera directa a ellos.

—¡Madre mía, Marta! —exclamó Belén llevándose la mano a la garganta, lo que no auguraba nada bueno, ni siquiera aceptable—. ¡Hija! —Esa parte ya era más positiva. Todavía quedaban esperanzas de sobrevivir a la comida, pensó Nora.

—Mamá, ¿qué te pasa? Parece que te vaya a dar un ataque. ¿Puedo ir o no?

—Claro que puedes ir, cariño mío —dijo levantándose de la mesa con rapidez—. Por fin encuentras a un chico serio y listo, ¿y crees que te voy a decir que no? Yo nunca te haría algo así, cariño. —Y girándose para mirar a su marido, añadió—: Creo que nosotros deberíamos hacer lo mismo, ¿verdad, Javi? Le invitamos a cenar un día de estos y así le conocemos… Sería lo correcto…

El aludido se limitó a asentir con la cabeza, dejando que su mujer siguiera divagando y disfrutando del momento. Al fin y al cabo, era la primera vez que Marta se decidía a hablarles de un chico. Y no era porque no se relacionara con ellos, no. Para su desgracia, más bien era todo lo contrario.

De repente, el oscuro humor de Belén se había transformado en sonrisas y palabras de afecto que repartía a diestro y siniestro. Como si el sol hubiera salido de pronto en medio del comedor de su casa.

—¿Lo has hecho a propósito? —inquirió Nora en voz baja a su hermana—. Espero, sinceramente, que sea verdad que te han invitado a comer, porque si no a mamá le va a dar algo.

—Por supuesto que me han invitado. Soy un gran partido —respondió en el mismo tono bajo—. Parece mentira que no te hayas dado cuenta —añadió sin dejar de cuchichear.

No obstante, tampoco hubiera supuesto ninguna diferencia que lo hubiera gritado. Belén estaba tan concentrada en lo que acababa de saber que apenas podía digerir nada más. Y Javier había aprovechado la tolerancia de su mujer para hacerse con el mando de la televisión y poner el programa de deportes del mediodía.

La madre de Marta estaba tan contenta que ni siquiera había protestado, a pesar de que no había abierto un libro en todo el día, cuando Nora le dijo que había quedado con Fran para tomar un café.

—Cariño, no me digas que tú también sales con un universitario que estudia Derecho —bromeó con una sonrisa radiante.

—Somos amigos, mamá. —Y añadió, sabiendo que iba a ganar puntos por eso—: Y lo somos gracias a ti, que me apuntaste a sus clases de inglés.

—Es cierto. Y supongo que Marta conoció a Fer porque tú conocías a Fran, al que conociste por mí, lo que se resume en que tu hermana tiene por fin un novio formal

gracias a mi buen hacer.

—Sí, mamá. Quiere decir exactamente eso —dijo acercándose para darle un beso en la mejilla antes de marcharse.

Estaba saliendo por la puerta cuando recibió una llamada perdida de Gisela, lo que significaba que ya estaba en su portal esperándola.

Cuando abrió la puerta de abajo, se topó con que Fran también la estaba esperando.

—Hola, chicos. ¿Cómo estás, Gisela? —preguntó a su amiga, que tenía la misma cara de derrotada que ella misma.

—Si lo quieres resumido: fatal. Si lo quieres detallado: me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto.

—Yo estoy igual.

—No me dais pena —comentó Fran, a quien habían olvidado mientras se quejaban —. Me habéis hecho pasar una noche horrible preocupado porque os hubiera pasado algo. Así que ahora os venís conmigo y me contáis por qué tenéis esa cara de zombis. La parte del alcohol os la podéis ahorrar porque ya me la imagino.

Con los hombros caídos y arrastrando los pies, las dos le siguieron hasta una cafetería del barrio. Allí se negaron a consumir nada que no fuera una manzanilla, lo que hizo sonreír a Fran, que, a pesar de su pose dura, sentía pena por el estado en que se encontraban.

Con ganas de volver lo más rápido posible a casa y dejarse caer en el sofá, le contaron las partes que recordaban de la noche anterior. Cómo habían cenado y visto películas hasta que alguien dijo que deberían beber algo porque entre tanta comedia romántica estaban empezando a atontarse.

El problema era que no había nada más que ponche, y a pesar de no haberlo probado nunca, entre todos acabaron con las reservas del abuelo de Gisela.

—¿Ponche? —preguntó Fran con guasa—. Normal que acabarais tan mal. Las bebidas dulces son las peores para la resaca. Y además, como están buenas, bebes y bebes hasta que eres incapaz de distinguir la izquierda de la derecha.

—¡Qué listo eres! Podrías habérnoslo dicho antes. ¡Gracias! Ahora ya lo he descubierto por mí misma —espetó Nora de mal humor. Quería irse a casa, Gisela podía quedarse con Fran si eso era lo que deseaba, pero ella lo único que deseaba era meterse en la cama y dormir.

En esos momentos estaba tan mal que ni siquiera era capaz de ver la oportunidad que se le había presentado de dejar a su mejor amiga con el chico que había elegido para ella.

—Nora, no seas borde —la amonestó Gisela—. Tiene derecho a estar enfadado, le molestamos de madrugada.

—No solo soy borde, además me voy a casa.

—Primero acaba la historia —pidió Fran envalentonado por el apoyo de Gisela.

—Bebimos, nos maquillamos y por culpa de la sesión de cine que nos habíamos pegado decidimos que teníamos que compartir amor… O algo así, no me acuerdo muy bien. Después bailamos…

—En pijama. En mitad de la calle —apuntó Gisela visiblemente avergonzada al recordarlo—. Y en el parque también.

—Eso, y con las zapatillas de ir por casa puestas. Y ya no me acuerdo de nada más. ¿Te sirve como explicación?

—Me sirve —aceptó Fran al ver que a cada minuto que pasaba se estaba poniendo más pálida.

—Genial. Adiós, chicos. Voy a hibernar hasta mañana —explicó levantándose de la silla.

Los otros dos la siguieron con la mirada.

—¿Crees que deberíamos acompañarla a casa? —preguntó la rubia.

—No creo que haga falta. Estamos solo a dos calles —contestó.

Ni loco pensaba moverse de allí en un buen rato. Por fin podía pasar un tiempo con Gisela y conocerla mejor. Además, ella había tenido la oportunidad de marcharse con su amiga y, sin embargo, se había quedado con él, y lo había hecho a pesar de haber confesado que se sentía fatal. Quizás, después de todo, Nora tenía razón y disponía de una oportunidad. En cualquier caso, no iba a desperdiciar la ocasión.

CAPÍTULO 25

«Soy una chica con suerte»
(Nora)

El lunes llegó cargado de sorpresas, la primera de ellas fue una confesión de Marta, quien les contó a sus amigos la misma noticia bomba que había dejado caer en la sobremesa del domingo en su casa: que había accedido a ir a comer el domingo con los padres de Fer. La noticia los dejó completamente atónitos. Marta jamás se había tomado una relación tan en serio como para llegar hasta ese punto antes, y, a diferencia de Belén, quien todavía sonreía al recordarlo, sus mejores amigos se lo tomaron a guasa.

El que más la machacó fue Mateo, que no dejó de hacer bromas cada vez que se daba la oportunidad.

Otra de las sorpresas del día fue que Pablo y Josep se sentaron a comer con ellos. Como si el viernes hubiese sido algo más que un encuentro casual que terminó en una cita pendiente. Nadie se mostró sorprendido por los nuevos ocupantes de la mesa, y la comida fue amena y cargada de risas y bromas, favorecida por el estupendo sentido del humor de Josep.

Iban por el pasillo de camino a clase cuando sonó el móvil de Nora, que se detuvo para sacarlo del bolsillo de la cazadora. Solo Gisela se paró a esperarla, los demás continuaron andando sin darse cuenta de nada.

—Hola, Fran, qué sorpresa, ¿pasa algo? ¿Quieres cambiar la clase de inglés de día?

—Hola, Nora. No, no pasa nada. Solo quería pedirte que te pases por casa esta tarde cuando termines en el instituto. Tengo una cosa que darte.

—¿Me has comprado un regalo? —preguntó, sabiendo que Gisela no se perdía detalle de la conversación.

En todo lo que iba de día no había hecho ni una sola referencia al café con Fran, y ella tampoco le había contado de qué habían hablado cuando se marchó. No obstante, con Fran no pensaba ser tan discreta.

—Algo así. Te espero, ¿de acuerdo? No faltes.

—Claro que no. Ahí estaré.

Todavía no había colgado cuando Gisela se abalanzó sobre ella, metafóricamente hablando, y la interrogó sobre la parte de la conversación que no había podido escuchar.

—¿Era Fran? ¿Qué quería?

—Nada, que suba a su casa esta tarde. Que tiene algo para mí.

—¡Oh! Qué bien. ¿Y qué pasa con Pablo?

—No pasa nada con Pablo como tampoco pasa nada con Fran, solo somos amigos.

—Parece que últimamente tienes muchos amigos.

—Soy una chica con suerte.

—Sí que lo eres.

Nora se limitó a ofrecerle una gran sonrisa antes de retomar el camino a clase.

Gisela no la siguió inmediatamente. La tarde anterior había estado charlando con Fran cuando Nora se marchó a casa y había sentido una conexión con él. Una conexión que, al parecer, ella era la única que la había notado.

De hecho, una vez que su amiga desapareció de la cafetería, habían mantenido una conversación típica de una primera cita.

Comenzaron por la familia, por lo que supo que Fran tenía una hermana mayor y que sus padres vivían en un pueblo cercano a Barcelona. Esa había sido la razón por la que él se había mudado al comenzar la universidad, ya que desplazarse hasta allí cada día era más caro que compartir un piso de estudiantes.

Después pasaron a tratar el tema de los gustos musicales, lo que derivó en el cine, y finalmente llegaron a un punto en que tenían mucho en común: el literario.

Gisela ya sabía por Nora que Fran era un lector ávido, por lo que sacó el tema con la ventaja del conocimiento previo. Lamentablemente, su amiga no recordaba ningún título con el que Gisela podría haber comenzado la conversación. No obstante, sacó el tema sobre el que todo lector tiene, prácticamente, la misma opinión.

—Me encanta el cine. De hecho, me gustan casi todos los géneros, a decir verdad, lo único que llevo un poco mal son las adaptaciones de libros. Casi siempre son una decepción para los lectores.

—¿Verdad que sí? Yo no suelo ver la película hasta que no he leído el libro.

—¡Yo hago lo mismo! —afirmó Gisela, fingiéndose sorprendida.

—Parece que además de a Nora tenemos más cosas en común —apuntó Fran con una sonrisa franca.

—Eso parece —corroboró Gisela, a quien la mención de su amiga le pareció poco acertada. Era horrible hablar de una ex a la nueva novia. La simbología era poco certera, pero muy apropiada.

—¿Qué tal te va con el que no debe ser nombrado? —preguntó Nora a Tania en el descanso entre clase y clase.

—Por muy graciosa que sea tu manera de preguntar, de momento no voy a decirte nada. Mis labios están sellados.

—Lo que significa que, de momento, hay algo que decir —aventuró Nora sin darse por vencida.

—Siempre has sido un hacha leyendo entre líneas —se rio Tania.

Entraron en el aula cuando vieron aparecer al profesor por el pasillo.

—¿Y qué tal tú con Pablo? —Esta vez fue Tania la que andaba en busca de respuestas—. Él ha dado el primer paso sentándose con nosotros para comer. Incluso se ha traído a su amigo, que, por cierto, es un encanto.

—No creo que a tu nuevo amigo le hiciera gracia escuchar lo que acabas de decir —pinchó.

—No cuela.

Nora suspiró exageradamente y retomó la conversación en el punto en que se había quedado antes de su patético intento por sonsacarle información a Tania.

—No, el primer paso lo di yo cuando acepté salir con él el sábado.

—¡Humm! Esto tiene muy buena pinta.

—Yo no lo tengo tan claro —intervino Gisela, que se había acercado a ellas aprovechando que el profesor se había quedado de cháchara en la puerta del aula con el colega de la clase de al lado.

—No le hagas caso. Lo que le pasa a Gisela es que está celosa porque yo tengo dónde elegir —apuntó Nora.

Tania alzó las cejas interrogativamente.

—Fran y Pablo —explicó la pelirroja.

Tania escondió una sonrisa. Tras la aclaración de su amiga, la repentina hostilidad de Gisela empezaba a tener sentido. No había ninguna duda de que la rubia estaba celosa.

Como prometió, Nora llegó a casa, descargó la mochila y subió para hablar con Fran. Con intención de disimular, cogió el libro de inglés y fingió que subía para que le solucionara una duda, ya que su madre, tras la noticia del noviazgo de Marta, estaba muy susceptible con ella y con Fran.

Subió el tramo de escaleras que la separaba de casa de Fran y llamó al timbre. Mientras esperaba que le abrieran, intentó ordenar sus ideas. La llamada de Fran había resultado un tanto enigmática y, por qué no, extraña. Que su amigo la hubiera llamado sin darle ninguna explicación de por qué quería verla, especialmente cuando hacía menos de veinticuatro horas que habían hablado, la descolocaba bastante.

Quizás solo pretendía ponerla al día de cómo le fue el café con Gisela, pero, de ser así, ¿por qué no lo había dicho abiertamente? Era imposible que supiera que la rubia estaba a su lado cuando le cogió la llamada, y, aun así, Gisela no disponía de oídos biónicos.

Antes de que pudiera aventurar nada más, se abrió la puerta y apareció Fran con una expresión seria que no acostumbraba a ver en él.

—Pasa.

—Buenas tardes para ti también.

—Déjate de sarcasmos, Nora.

—Si estás de mal humor, no entiendo para qué me has hecho venir —comentó al tiempo que le seguía hasta el ya conocido comedor transformado en estudio comunitario.

Fran se detuvo frente a la mesa y cogió un periódico de allí. Sin mostrar un ápice de sonrisa, le tendió el diario a Nora, que le miró confundida.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Página dieciséis —dijo sin aclarar nada más.

Movida más por la curiosidad que por la obediencia, Nora abrió el periódico por la página indicada y se quedó de piedra ante lo que vio.

Lo primero que captaron sus ojos fue la fotografía de un vehículo blanco cubierto por una pintada. En letras grandes y rojas, supo del color que eran a pesar de que la fotografía estaba en blanco y negro, había una frase en la luna delantera: «Haz el amor y no la guerra».

Con el corazón latiéndole a toda prisa por la anticipación, se fijó en el titular que encabezaba la noticia: «La plaza de la Sagrada Familia se llena de vándalos en pijama».

«La madrugada del sábado al domingo se tornó en desconcierto y temor en el barrio del Ensanche cuando cinco individuos ataviados con pijamas se dedicaron a lanzar consignas y a hacer pintadas en zonas públicas con lo que *supuestamente* eran barras de labios. Aparentemente no eran un grupo organizado, sin embargo, los destrozos al mobiliario público son considerables. Esta redacción ha sabido…»

Nora dejó de leer y clavó la mirada en Fran, que no se perdía detalle de ninguna de sus reacciones.

—Fran, te juro que no me acuerdo de nada de esto.

—Me da igual, Nora. ¿Eres consciente de que habéis cometido un delito? ¿Sabes lo que podría pasar si descubren que fuisteis vosotros? Os tachan de vándalos. Esto no es ninguna broma. ¿En qué narices estabais pensando?

—¡Madre mía! ¿Crees que nos descubrirán?

—No lo creo, pero nunca se sabe. Alguien pudo haber hecho fotografías o haberos grabado. ¿Te diste cuenta de si os cruzasteis con alguien? ¿Hablasteis con alguna persona?

—No me acuerdo de nada, Fran. De verdad.

—Entonces, lo mejor que puedes hacer es hablar con tus amigos a ver si entre todos lográis reconstruir vuestra ajetreada noche —aconsejó.

—¡Tienes razón! ¡Me voy! ¿Puedo…? —Alzó el periódico para que viera lo que le estaba pidiendo.

—Llévatelo.

—¡Gracias!

CAPÍTULO 26

«Aquí lo único que tiene una emergencia son tus hormonas»
(Marta)

Nora salió de casa de Fran con el periódico en la mano y el móvil en la otra, tecleando sin descanso para movilizar al grupo. Como siempre que querían hablar de cosas importantes, quedaron en verse en la academia de baile de Madame Silvia. La profesora siempre les permitía usar una de las salas para que ensayaran a solas, para que hablasen o simplemente para que se reunieran.

Al ver la cara de Nora al llegar, fue la propia Silvia quien les aconsejó que descargaran tensiones bailando un poco. La profesora, que era pura discreción, ni siquiera se mostró sorprendida de verlos aparecer por allí un lunes a las seis de la tarde.

Alterada por lo que acababa de saber, Nora ni siquiera esperó a que cerraran la puerta para soltar la bomba.

—¡Hemos salido en el periódico! ¡Nos han pillado!

—¿De qué hablas? —preguntó Marta.

—Lo que hicimos el sábado. Fue peor de lo que recordábamos. ¡Mirad! —pidió tendiéndoles el periódico.

Sin decir nada, todos se acercaron alrededor de ella dispuestos a comprender de una vez de qué estaba hablando su amiga.

Conforme iban leyendo, las expresiones de sus rostros cambiaban, asimilando lo que habían hecho el sábado. No obstante, a juzgar por sus caras, cada uno de ellos se estaba tomando el incidente de un modo distinto.

—¿Y bien? —preguntó Nora cuando todos alzaron la mirada de la hoja de papel.

—¡Somos famosos! —canturreó Mateo—. Qué pena que no se sepa que somos nosotros.

—¡Estás loco! —gritó Gisela—. Nadie puede saber que somos nosotros o nos fichará la policía y olvídate de tener un trabajo normal de…

—Para, Gisela. No seas exagerada —cortó Marta.

Los tres se enzarzaron en una disputa sobre lo que les podía ocasionar el incidente a sus brillantes futuros. Las únicas que no intervinieron fueron Tania, quien parecía todavía estar asimilando la información, y Nora, que al ser la primera en enterarse había superado ya esa fase.

—¿Podemos centrarnos en lo importante? —pidió alzando la voz—. Tenemos que borrar las pruebas.

—¿Y cómo narices hacemos eso? —inquirió Gisela nerviosa.

—Tenemos que reponerle a tu abuelo las botellas de alcohol. Y después revisaremos la casa para ver si nos hemos dejado algo que pueda incriminarnos. ¿Dónde están las barras de labios?

—En mi bolso —respondió Marta.

—¡Tíralas a la basura! ¡Todas! —pidió Gisela en un arranque de pánico.

—¿Estás loca?

—Creo que sería buena idea que lo hicieras —apuntó Nora—. Entre todos te compraremos pintalabios nuevos. ¿Verdad, chicos?

Los aludidos asintieron y Marta se dio por satisfecha.

—Si es así, me parece bien.

—Muy buena idea, y lo de la limpieza también, pero no necesitamos ir todos a casa de los abuelos de Gisela —apuntó Mateo—. Para deshacernos de los pintalabios, revisar que todo haya quedado recogido y rellenar las botellas, con dos personas que vayan es más que suficiente.

—No intentes escaquearte, Mateo. Esto es cosa de todos —regañó Tania.

Antes de que su amigo pudiera defenderse, sonó el teléfono de la chica, que se acercó hasta su bolso para sacarlo y responder. Su rostro serio cambió en cuanto tuvo el móvil entre las manos.

—Hola —saludó con una sonrisa de oreja a oreja que su interlocutor no podía ver.

—Hola. ¿Estás ocupada? —preguntó Charlie.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Estaba aburrido en casa y he pensado en ti —confesó con naturalidad.

—Interesante, pero ahora mismo no estoy en mi casa.

—Eso no es un problema, ni siquiera un inconveniente. Si me das una dirección, paso a recogerte con la moto.

—Suena bien.

—¿Que vaya en moto o que te recoja?

Ella rio, consiguiendo, sin desearlo, la atención de sus amigos, que no perdían detalle.

—Las dos cosas, aunque un poco más la moto.

—Demasiado peligrosa… —murmuró él, como si hablara consigo mismo.

No hizo falta que siguieran escuchando la conversación para que dedujeran de qué iba todo y quién era la persona con la que hablaba. Al que peor le sentó todo fue a Mateo. Unos instantes antes, Tania le estaba regañando por decir que no era necesario que acudieran todos, y ahora ella se preparaba para salir con su misterioso chico y dejarlos a ellos con el trabajo de cubrir las huellas de su pequeño acto de vandalismo.

Con paciencia esperó a que terminara de hablar para vengarse.

—Imagino que no estás pensando en irte —provocó, sabiendo que más bien era todo lo contrario.

—Lo siento, lo siento. Mateo, te quiero —dijo mientras iba recogiendo sus cosas—, en realidad os quiero a todos, pero tengo que irme. Emergencia… familiar —improvisó, a pesar de que sabía que sus amigos la habían pillado.

—Aquí lo único que tiene una emergencia son tus hormonas —expuso Marta sin dobleces.

—Anda, ve y diviértete —ordenó Nora.

—Gracias, gracias. Os quiero —dijo ya saliendo por la puerta.

—Vamos al supermercado antes de que cierren. Hay que hacer una colecta —anunció Gisela metiendo la mano en el bolso para sacar la cartera.

—¡No es justo! No solo me tengo que encargar de todo, sino que además me toca pagar —se quejó Mateo poniendo los brazos en jarras.

—Mejor cállate, que de lo poco que me acuerdo del sábado es de que fuiste tú el de la idea. —Gisela clavó los ojos en los suyos a la espera de que se delatara.

—Es cierto. Te empeñaste en que la gente viera lo guapa que habíamos puesto a Gisela. Y también fuiste tú el que hizo que sacara los pintalabios —apoyó Marta.

Mateo no contestó inmediatamente. Metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y dijo con aparente buen humor:

—Yo colaboro con veinte euros. Que no se diga que no me sacrifico por mis amigas.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Tania al bajar de la moto y ver que estaban frente a la librería en que se habían encontrado por primera vez.

—He pensado que esta vez podríamos hacer algo que no estuviera relacionado con Miguel y me ha parecido apropiado comenzar aquí.

Tania no dijo nada. Nunca hubiera imaginado que Charlie fuera a hacer algo así. A pesar de su apariencia dura, siempre conseguía sorprenderla con las propuestas más ingeniosas y tiernas.

—Es tu idea, así que mandas tú… ¿Qué hacemos ahora?

Él sonrió con picardía.

—Voy a hacer lo que se hace cuando tienes la suerte de estar con una chica como tú.

El corazón de Tania se aceleró por instinto.

—¿Y qué se hace exactamente? —preguntó, a pesar de que anticipaba la respuesta.

—Besarla —anunció alargando el brazo para enrollarlo en su esbelta cintura y atraerla hacia su cuerpo.

Tania no tenía pensado oponer resistencia. En cualquier caso, Charlie tampoco le dio opción a que lo hiciera. Un segundo antes estaba mirándola de frente y al siguiente la envolvía entre sus brazos y posaba con suavidad sus labios sobre los de ella.

Se trataba de un beso que pretendía descubrir y tentar. Tania se estremeció al sentir los dientes de él sobre su labio inferior, y soltó un gemido quedo que permitió que Charlie la besara con más profundidad. La boca de él sabía a café y a cigarrillos. Y el roce de su barba de tres días le cosquilleaba la piel y hacía que le burbujeara la sangre. En otras circunstancias y con otra persona no hubiera consentido que la besaran con una barba tan rasposa, ya que tenía la piel muy sensible y se le irritaba con facilidad.

En esta ocasión, sin embargo, en ningún momento pensó en algo que ahora le resultaba tan nimio como pasarse los próximos días con la piel enrojecida.

De hecho, apenas podía hilvanar ningún pensamiento mientras Charlie deslizaba las manos por su espalda y las subía por sus hombros para detenerse en su rostro.

Se separó con lentitud de su boca. Como si le costara trabajo dejar de besarla.

—Te dije que la segunda cita sería mejor que la primera, ¿qué opinas? ¿Cumplo o no mis promesas?

—Opino que ya tengo ganas de ver cómo es la tercera —contestó con picardía, relamiéndose los labios.

CAPÍTULO 27

«En ese caso…, no puedo negarme»
(Nora)

—¿Te ha vuelto a decir Pablo algo sobre lo de salir juntos? —inquirió Gisela el martes durante la clase de tutoría.

El día anterior había estado tan trastornada mientras regresaban a casa de sus abuelos que ni siquiera le había preguntado por el motivo de Fran para llamarla e insistir en verla. Y es que Nora había llegado tan alterada con el periódico en la mano que ni siquiera les había dicho a sus amigos la fuente por la que había dado con la noticia de sus actividades nocturnas del sábado.

Primero habían ido hasta casa de Gisela, donde esta se había visto obligada a sustraerle, temporalmente, las llaves del piso de sus abuelos a su madre, lo que había provocado su mala conciencia y sus lamentos durante todo el trayecto en metro hasta allí. Lamentos que Nora había soportado estoicamente al verse obligada a sentarse a su lado, gracias a las estrategias de Marta y Mateo para eludirla y cargarle a ella la responsabilidad de calmarla, algo que había evitado casi sin darse cuenta.

Y es que haber sido capaz de ignorar a su amiga se debía a que estaba tan concentrada pensando en todo lo que tenían que hacer cuando llegaran que ni siquiera se molestó en escuchar lo que le estaba contando.

Una vez allí, se dedicaron a buscar posibles pistas que ellos mismos hubiesen dejado en la casa sin ser conscientes de ello: revisaron la alfombra, en la que habían derramado ponche, el dormitorio principal, los cuartos de baño… Hasta que finalmente se dirigieron al supermercado más cercano para comprar las botellas de alcohol que debían reemplazar a las que se bebieron. Eso sí, no sin antes detenerse en la sección de perfumería, donde compraron dos barras de labios nuevas para Marta como indemnización por haberse deshecho de las suyas. Como era de esperar, tratándose de quien se trataba, tardaron casi media hora para que esta se decidiera entre el rojo sangre o el rojo pasión, cuando ella era la única capaz de encontrar diferencias entre ambos tonos.

Cuando acabaron con el borrado de huellas, estaban tan cansados, y era tan tarde, que no pudieron hablar de nada más.

—No. No ha vuelto a sacar el tema. Supongo que el que estemos a principios de semana influye.

—¡Qué raro! ¿Crees que se ha arrepentido de invitarte? —preguntó Gisela con más curiosidad que tacto.

Nora se dio la vuelta para mirarla a los ojos.

—¿Lo crees tú?

—No. Si se hubiese arrepentido, no se habría sentado ayer con nosotros a la hora de comer. Además, te mira como si le gustaras.

—Entonces, ¿por qué me lo has preguntado? —inquirió Nora con suspicacia—. ¿Tienes ganas de fastidiarme el día?

—No seas bruta. Quería saber tu opinión. No le des más importancia de la que tiene. ¡Encima que me preocupo por ti!

No pudieron seguir hablando del tema porque la profesora les llamó la atención. Una cosa era que usaran su clase de tutoría para estudiar o hacer los deberes pendientes y otra muy distinta era que se pusieran a hablar como si en lugar de en una clase de segundo de bachiller estuvieran sentadas en una cafetería.

La respuesta de las chicas fue idéntica, ambas enrojecieron y se callaron de inmediato sin atreverse a mantenerle la mirada a su profesora. De hecho, la clase al completo se quedó en silencio, a excepción de la risilla burlona de Mateo, que sonó como la voz en *off* de los programas televisivos, para enfado de sus amigas.

A mediodía Nora ya ni siquiera recordaba el incidente. O, al menos, se había olvidado de la parte de la regañina. El detalle de que Pablo no hubiera vuelto a sacar el tema de la cita seguía activo en su cabeza por culpa del infortunado comentario de Gisela.

Solo fue capaz de apartarlo de su mente cuando, al llegar a la cafetería, a la hora de comer, le vio allí sentado con Mateo, a quien le había vuelto a tocar adelantarse para coger el sitio, y con Josep, que parecía empezar a disfrutar de la compañía del grupo.

—Hola —saludó a todos sentándose junto a Pablo. No porque quisiera estar junto a él, aunque fuese así, sino porque se había colocado al lado de la silla en que ella se sentaba cada día.

—Hola —contestaron los demás, al tiempo que iban situándose en los lugares vacíos que habitualmente utilizaban.

Inmediatamente después comenzaron las conversaciones mientras iban sacando bocadillos y fiambreras de las mochilas.

—¡Qué hambre tengo! —se quejó Mateo.

—Tú siempre tienes hambre —apuntó Marta con una sonrisilla traviesa, pero sin mirar a su amigo.

—Cierto, pero hablaba de otro tipo de hambre.

—Yo hablaba de lo mismo, no seas mal pensado. Parece mentira que no me conozcas.

El comentario hizo sonreír a todos. Hasta Josep, que era el que menos conocía a Marta, supo la guasa que escondían esas palabras.

Marta y Mateo siguieron lanzándose pullas mientras Josep los observaba entre divertido y alucinado. Como era habitual en las últimas semanas, Tania estaba

mandando SMS a Charlie, y Gisela parecía habitar su propio mundo interior, por lo que Pablo vio la oportunidad perfecta para hablar con cierta intimidad con Nora.

—¿Recuerdas que tenemos una cita pendiente? —inquirió, esperando a que ella asintiera—. Pues he pensado que podríamos ir este fin de semana a la bolera. ¿Te apetece? —preguntó Pablo inclinándose con cuidado hacia ella. Había hablado bajito para que nadie pudiera oírle, ya que, a pesar de que parecían pendientes de sus propios asuntos, dudaba de que no estuvieran alerta de cualquier movimiento suyo hacia Nora.

—Nunca he jugado a los bolos —comentó ella ofreciéndole una sonrisa cálida, al tiempo que mentalmente se recitaba su mantra: «No puedes ser débil, no puedes ser débil...». «¡Qué difícil va a ser esto!», se quejó. Pablo llevaba tiempo siendo encantador, no obstante, no sería buena idea fiarse tan pronto.

—Seguro que te encanta. Lo único importante es llevar calcetines, porque tienes que ponerte unos zapatos especiales para no resbalar en la pista.

—¿Zapatos usados?

—Sí, de ahí lo de los calcetines.

—De acuerdo —aceptó molesta consigo misma por no haber sido capaz de hacerse un poco más la dura—. Tomo nota de lo de los calcetines.

—¿Por qué no vamos todos? —intervino Mateo, que no les había quitado la vista de encima.

El comentario los hizo saltar por la sorpresa. Durante su conversación se habían ido acercando el uno al otro, pendientes solo del pequeño e imaginario círculo de intimidad que habían creado a su alrededor.

—La idea era que fuéramos Nora y yo —apuntó Pablo—. Ni siquiera tendrías que habernos escuchado —dijo fulminándole con la mirada. Llevaba días intentando encontrar la cita perfecta, y cuando por fin había dado con ella, se iba al traste por culpa del cotilla de Mateo.

El aguafiestas desechó el comentario con la mano.

—Podéis quedar para salir solos el sábado, y el viernes nos vamos todos a la bolera —siguió insistiendo Mateo.

Nora miró con pena a Pablo. No sabía con quién había topado. Mateo no se iba a dar por vencido con facilidad. Seguiría sacando el tema y dando la lata con él hasta que por cansancio, y solo para que se callara, le dijeran que sí.

Afortunadamente, no llegaron a ese extremo.

—Solo si Nora me promete que quedará conmigo el sábado —aceptó, sacando provecho de la interrupción de Mateo.

—Por supuesto que dirá que sí. ¿Acaso no te has dado cuenta de cómo te mira? Si fueras comestible, ya no estarías aquí.

—¡Mateo, cállate de una vez! —Nora echaba chispas por los ojos. ¿Es que nunca aprendería a callarse a tiempo?

—A lo mejor se lo digo a Charlie. Quizás ya es hora de que le conozcáis. ¿Os apetece que le invite? —la intervención de Tania llegó en el momento justo, ya que evitó que Nora desollara vivo a su amigo y se pusiera todavía más en evidencia.

—Sería estupendo conocerle —dijo Gisela, y añadió mirando a su mejor amiga y echándole el cable que necesitaba—: Nora, estás obligada a decirle a Pablo que sí, aunque sea solo para que por fin conozcamos al misterioso Charlie de Tania.

La pelirroja le ofreció una sonrisa agradecida a su mejor amiga y a Tania antes de hablar.

—En ese caso…, no puedo negarme. El viernes todos a la bolera.

—¿Y el sábado? —inquirió Pablo.

—A donde sea que vayamos a ir.

La mirada clara de Pablo se desvió de sus ojos a sus labios logrando que el corazón de Nora se acelerara tanto que tuvo que ponerse una mano en el pecho por temor a que saliera disparado.

Consciente de la tensión sexual no resuelta y satisfecho por haberse salido con la suya, Mateo se esforzó por reanudar la conversación, en esta ocasión con temas menos escabrosos.

Cuando sonó el timbre que anunciaba el inicio de las clases y comenzaron a levantarse, Gisela asió del brazo a Nora y, dejándolo caer como si no fuera importante, por fin se descubrió:

—Esta tarde tienes clase de inglés con Fran, ¿verdad?

—Sí, ¿por? ¿Tienes alguna duda con los ejercicios? ¿Quieres venir? —ofreció sorprendida por la pregunta.

—No, no. Estaba pensando que, si el viernes vamos todos a la bolera, seguro que Marta invitará a Fer para que nos acompañe.

—Supongo que sí, es su novio —acompañó la respuesta encogiéndose de hombros.

—Lo sé. Lo sé. Lo que quiero decir es que… Estaría bien que tú invitaras a Fran. Después de todo, también es amigo nuestro, y después de lo que le hicimos el sábado… Podríamos invitarle como compensación por haberle amargado la noche. ¿No crees?

Nora mantuvo la cara de póker.

—Igual no es buena idea que venga Fran habiendo quedado con Pablo.

Supo por la expresión de Gisela que la había pillado y que no tenía salida. No obstante, su amiga no era la más lista de la clase solo porque se pasara la vida pegada a los libros de texto.

—Tal vez sea buena idea para ver cómo reaccionan los dos. Te servirá para comprobar cuál de ellos está más interesado en ti. Además, no deberías preocuparte, tu cita con Pablo es el sábado. —Y añadió—: Lo de la bolera es algo entre amigos, y Fran es un amigo.

—¡Tienes razón, Gisela! Eres un genio. Esta misma tarde se lo digo. Espero que no siga muy enfadado o dirá que no.

Nora sintió la sonrisa deslumbrante de su amiga como un triunfo. Si finalmente no lograba aprobar inglés y se perdía por ello la selectividad y la posibilidad de ir a la universidad, siempre podía plantearse abrir un negocio de casamentera, ya que en ese tema era una profesional.

No obstante…, aún le quedaba algo que hacer.

—Pablo —llamó adelantándose para alcanzarle—, tengo que contarte una cosa muy importante, pero tienes que prometer que me guardarás el secreto.

El chico se detuvo en medio del pasillo y la miró con curiosidad.

—Prometo no chivarme a nadie —bromeó con su encanto habitual—. ¿Es un secreto escabroso sobre tu pasado?

Nora puso los ojos en blanco, ¿qué narices les pasaba a sus amigos que en cuanto conocían a su hermana se volvían tan melodramáticos como ella?

—Déjame adivinar, ¿no eres pelirroja natural?

Sonrió de forma misteriosa. Se iba a quedar con las ganas…

—No es sobre mí, es sobre Gisela… Y Fran.

—¡Ah! —aceptó Pablo con menos entusiasmo que antes—. ¡Cuéntame!

Fran no parecía guardarle ningún resentimiento por haberle fastidiado la noche del sábado. Ni siquiera parecía recordar que su alumna preferida se había comportado como una vándala, arrastrando con ella a la chica que le gustaba. Más bien parecía contento.

—Pareces muy feliz —comentó cuando Fran terminó la explicación que estaba haciendo.

—¿Te molesta?

—No. Me sorprende. La última vez que te vi estabas de muy mal humor. —Nadie podía estar tan feliz mientras explicaba la estructura del condicional. No era sano. Ni siquiera su profesora de inglés en el instituto era capaz de sonreír y explicar a la vez, aunque bien pensado quizás era por otra razón.

—Estar de malas no es mi estado natural. Soy más bien de sonrisas y bromas.

—Lo sé, por eso me impactó tanto verte tan serio. No sé si me disculpé por haberte llamado de madrugada y haberte preocupado. Si no lo hice, lo hago ahora.

Fran arrugó la frente y abrió la boca como si fuera a protestar o a exponerle las razones por las que le había afectado leer el artículo, pero se lo pensó mejor. ¿No acababa de decirle que el buen humor era su seña de identidad?

—Estás perdonada.

Al darse cuenta de que Fran no pensaba recriminarle nada más, Nora aprovechó la situación para invitarle a la bolera.

—No sé de qué hablarías con Gisela el domingo cuando me marché, pero, fuera lo que fuera que le dijeras, ha dado resultado.

—¿Qué resultado?

—Me ha dejado caer que te invitara a la bolera este viernes. Vamos a ir todos, Fer también va… Bueno, y Pablo.

—Ya entiendo por qué me invitas. Quieres darle celos a tu amigo —aventuró Fran riendo.

—Para nada. Te he invitado porque Gisela me ha pedido que lo hiciera. Es mi mejor amiga, no podía negarme. Además, que sepas que le he contado a Pablo lo nuestro.

—¿Lo nuestro? —¿Qué parte se había perdido, por Dios?

—Nuestra estrategia para ennoviarte con Gisela —explicó gesticulando con las manos.

—¿Y qué le ha parecido?

—Para ser sincera, primero se ha mostrado incrédulo. Después se ha reído. Mucho. Finalmente ha dicho algo como «Nora, no dejas de sorprenderme».

—Eso suena bien —dijo Fran con tiento. No sabía cómo se lo había tomado Nora, y no quería meter la pata. Aunque para él no había ninguna duda de que era una frase con sustancia. Implicaba que estaba interesado, y mucho.

—Sí. Hasta ha aceptado ayudarnos —comentó como quien no dice nada.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ya lo verás el viernes. Tú solo tienes que mirarme con amor. O sea, lo opuesto a como me estás mirando ahora mismo. Será mejor que empieces ya a ensayar.

CAPÍTULO 28

«Culpable de todos los cargos»
(Charlie)

Tania no sabía casi nada de Charlie. Él le había comentado, de pasada en una de sus conversaciones, que estudiaba algo sobre construir motores o algo similar, por lo que ella había supuesto que era algún módulo de Mecánica. También sabía que tenía la misma edad que Miguel, lo que la llevaba a pensar que se trataba de un módulo superior.

No obstante, también estaba el tema de su moto, y es que, teniendo en cuenta lo poco que sabía Tania sobre ellas, era llamativo que estuviera al tanto de que la Harley Davidson era una marca muy cara. ¿Trabajaría después de clase para pagarse la suya? ¿Habría trabajado igual que Miguel para poder comprarla?

Había tantas cosas que no sabía de él que podía parecer una locura que se planteara siquiera invitarle a salir con sus amigos. Sobre todo porque había decidido mantenerlo alejado de ellos, y viceversa. Se había dicho a sí misma que no quería gafarlo presentándoselo antes de tiempo, pero además de por esa razón existía una más importante: no quería arriesgarse de nuevo tanto con alguien y después salir lastimada.

No obstante, lo que había surgido como una manera de ayudar a Nora se había transformado en un nuevo paso en su *amistad* que no sabía que tenía tantas ganas de dar.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —preguntó Charlie, que la observaba darle vueltas y más vueltas a su café.

—Tengo algo que proponerte.

—Eso suena muy bien —rio con picardía.

—El problema es que casi no te conozco, y no estoy segura de que sea buena idea.

—Ahora suena mejor todavía —dijo achicando los ojos—. Las malas ideas suelen ser las mejores.

Ella no pudo evitar sonreírle en respuesta. ¿Qué tenía ese chico que, en lugar de dispararle todas las alarmas, conseguía que se sintiera tan genial a su lado? Era sin duda un chico malo. Pelo largo, ropa oscura, chaqueta de cuero y moto por encima de sus posibilidades, ¿y si era un delincuente? ¿Y si se metía en un problema por estar con él? Aunque, por otro lado, ¿estaba dispuesta a dejar de verle para evitar riesgos? Después de todo, Miguel había sido el chico perfecto, estudioso, educado, de buena familia, y al final lo único que había sacado de él era un corazón roto y un duro golpe en su autoestima.

Seguía perdida en sus pensamientos sin apenas darse cuenta de que él continuaba hablándole.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Charlie volvió a ofrecerle su sonrisa: sexy, peligrosa, letal. Y Tania dejó de preocuparse por las consecuencias que pudiera acarrearle estar con él.

—Ya me he dado cuenta de que estabas en Babia. He dicho que puedes preguntarme lo que quieras. —Se detuvo un instante—. No. Mejor no. Tengo una idea genial. Puedes hacerme solo cinco preguntas, y yo estaré obligado a decirte la verdad.

—Me gusta la idea.

—Lo sé, pero… Siempre hay un pero.

—Me lo imaginaba.

—Yo dispondré de las mismas cinco preguntas. Exactamente las mismas. Puedes preguntarme lo que quieras, pero tú también responderás a ellas, así que afina la puntería, preciosa.

—¡Hecho! —aceptó alzando la mano y ofreciéndosela para que la estrechara, de modo que el trato quedara cerrado.

Charlie se repantigó en la silla lo mejor que pudo y cruzó los brazos a la altura del pecho a la espera de que comenzara el juego.

Tania lo tenía completamente fascinado. La casualidad y la curiosidad le habían empujado hacia ella aquella tarde en la librería cuando la había visto observar a la pareja con tanta pena en su mirada. El interés de ella había despertado el suyo, por lo que los había estado observando a los tres intentando adivinar qué sucedía entre ellos.

De hecho, se sentía tan hechizado que había sido incapaz de pasar de largo y no hablarle, y al no poder hacerlo, había comenzado todo.

La observó sin disimulos mientras ella le daba vueltas a lo que quería preguntarle. No había duda de que Tania era una persona razonable y como tal encontraría las mejores preguntas. Aquellas que fueran necesarias para desvelar el misterio que él seguía siendo para ella.

Charlie era consciente de lo poco que le había contado sobre él, y podía hacerse una idea bastante aproximada de las conclusiones a las que una mente tan activa como la de Tania habría llegado. Sabía que debía decirle la verdad sobre él, pero temía que al saberla dejara de estar interesada. Acabado el misterio, ¿se apagaría la chispa?

—De acuerdo, primera pregunta. ¿Estudias o trabajas? Y te aviso que, si haces las dos cosas, tienes que darme todas las explicaciones pertinentes.

—¡Qué decepción! ¿No has encontrado una pregunta más típica y tópica? —se rio.

—Será tópica, típica y todo lo que tú quieras, pero también es perfecta. Dos respuestas en una sola pregunta. Quien tuviera la idea de hacerla era un genio —comentó escondiendo la nariz en su taza de café. Ahora que por fin había soltado sus dudas, ya podía tomárselo tranquila.

—Está bien… Veamos… No trabajo, estudio.

«¡Genial! —pensó Tania—, es un delincuente, por eso tiene esa moto tan cara.»

Obligándose a no mostrar ninguna reacción, le hizo un gesto con la mano para que siguiera hablando.

—Ya he contestado a tu pregunta.

—No lo has hecho, ahora tienes que contarme qué estudias.

Charlie arqueó una ceja para dejar clara su opinión; no obstante, respondió, incapaz de negarle nada.

—Estudio Ingeniería Industrial. Creo recordar que te dije que me gusta construir cosas, y para hacerlo primero hay que diseñarlas.

Ella abrió la boca varias veces emulando a un pez antes de que le saliera la voz o hubiera ordenado sus pensamientos lo suficiente como para decir algo con sentido.

—¿Qué?

—¿Es esta tu segunda pregunta?

—No, no. Para nada. Es que me he sorprendido. Pensaba que…

La cortó adelantándose a sus palabras.

—Que era mecánico o algo por el estilo.

—¿Cómo lo sabes?

—Voy a empezar a contarte las preguntas —dijo esbozando una sonrisa—. Lo sabía porque era lo que casi todo el mundo supone de mí cuando me conoce. Además, la primera vez que te hablé pusiste cara de espanto.

Tania iba a protestar por su comentario, pero se lo pensó mejor.

—Pero no fue por ti, sino por la situación en que me pillaste. Estaba espiando a mi ex, parecía una loca acosadora.

A pesar de no estar muy convencido, asintió con la cabeza, y le explicó la parte relacionada con sus estudios. Desde pequeño le había interesado construir cosas, desmontar motores, relojes… Cualquier objeto que se pudiera volver a montar. No obstante, nunca se detenía en dejarlos igual que estaban, sino que se esforzaba en añadirles piezas que los hicieran ir más rápido o mejorar su funcionamiento.

El que fuera un alumno aplicado no tenía nada que ver con su vestuario. Le gustaba el color negro, la música estridente, y ese era el *look* que más se ajustaba a su modo de ser. Lo demás no era más que suposiciones y prejuicios que la gente tenía sobre él.

—Culpable de todos los cargos.

—No te sientas mal. Supongo que el no contarte la verdad ha contribuido a que pensaras así. ¿Te sientes decepcionada? —Tania notó la ansiedad en su voz y agrandó mucho los ojos por la sorpresa. ¿Acaso creía que no iba a seguir interesada cuando supiera la verdad?

—¿Estás de broma? Estoy encantada con que no seas un macarra. Empezaba a pensar que me estaba transformando en alguien diferente. Nunca me habían atraído los chicos malos.

—¿Significa eso que te atraigo?

En lugar de responder, Tania optó por hacerle otra pregunta.

—Este juego tuyo, ¿funciona en las dos direcciones?

Charlie movió la cabeza hacia delante.

—Sí, me atraes mucho. La verdad es que me gustas. Me gusta estar contigo.

Durante unos segundos solo se miraron, hasta que finalmente Charlie habló. Para Tania fue como si hubieran pasado horas.

—Tú también me gustas. En realidad creo que podemos pasar de este juego e ir directamente al grano.

—¿Al grano? —¿De verdad estaba pidiéndole que se enrollaran allí en medio de la cafetería? Contra todo pronóstico, la idea de besar a Charlie, fuera donde fuera, no le desagradó de ninguna de las maneras.

—Tu propuesta —explicó—, habías comentado que querías proponerme algo. Y si te soy sincero…, estoy impaciente por saber qué tienes pensado.

—Es cierto… Mi propuesta.

«Lástima —pensó Tania—, los besos me gustaban más que una noche de bolos.»

—¡Tania! ¿Estás bien? —inquirió Charlie preocupado al verla tan descentrada—. No te sientas obligada a decírmelo. Eres una mujer, se te permite cambiar de opinión —bromeó con una sonrisa de dientes perfectos.

Tania arrugó la nariz y frunció el ceño para hacerle saber que la broma no le había gustado nada. No obstante, se lanzó a por todas:

—¿Quieres venir conmigo y mis amigos a jugar a los bolos el viernes? —lo dijo de carrerilla para no perder el valor.

—Ibas a invitarme aun creyendo que era un maleante —murmuró más para sí que para que ella le respondiera.

—Sí. Y que quede claro que nunca pensé que fueras un maleante. Un macarra tal vez, pero nunca un maleante.

La risa ronca de él hizo que se le erizara el vello de la nuca y que el estómago se le contrajera de emoción. «Que diga que sí —pidió cruzando los dedos por debajo de la mesa—, que diga que sí…»

—Me encanta jugar a los bolos —aceptó con su mejor sonrisa—. Pero me gusta todavía más la idea de conocer a tus amigos. Siendo como eres, seguro que ellos son geniales.

—Digamos que variopintos —dijo con una sonrisa maliciosa.

—Esos son los mejores.

—Es estupendo que vayas predispuesto a que te gusten porque tú les vas a encantar. Sobre todo a Mateo.

Las risas divertidas de Charlie resonaron con fuerza en la cafetería.

CAPÍTULO 29

«¿Me estás diciendo que debería seguir un impulso?»
(Gisela)

Los exámenes estaban cerca, por lo que los chicos dedicaron el tiempo libre que tenían hasta entonces para estudiar. En lugar de pasar las sobremesas de charla y cuchicheos, sacaban los apuntes y se consagraban a repasar el temario que habían dado esa evaluación. En unas semanas llegarían las fiestas de Pascua, pero antes tendrían que hacer los exámenes del trimestre.

De manera que para evitarse el mal trago de quedarse en casa el fin de semana, en que habían planeado su cita en la bolera, dedicaron cada hora libre que tenían a estudiar en la biblioteca y hacer los trabajos pendientes.

Las dos únicas personas que peor llevaban dicha tarea eran Marta, algo que no resultaba nuevo para nadie, dada su capacidad para evadirse de todo lo importante, y Gisela, la gran sorpresa de la semana.

Y es que cada una andaba metida en sus propios conflictos. Mientras Marta se preocupaba por cómo iba a ir vestida a la comida del domingo en casa de su novio, Gisela no paraba de darle vueltas al asunto de Nora y de Fran.

Por un lado, sabía que como mejor amiga de Nora debía hablar con ella y exponerle sin ambages que estaban interesadas en el mismo chico, pero, por otro lado, su sentido común la empujaba a olvidarse de ello y a seguir con su plan de vida perfectamente meditado y estudiado. Esa dualidad le estaba afectando tanto que era un auténtico calvario para ella sentarse con un libro delante y entender lo que estaba leyendo.

Se encontraban estudiando en la biblioteca del instituto, puesto que disponían de una hora libre entre clase y clase por la ausencia de un profesor, cuando Nora se percató de que su mejor amiga estaba absorbida por otros asuntos más profanos que la literatura del Siglo de Oro español.

Si bien sus ojos estaban fijos en el libro que tenía delante, su mano derecha, que sostenía un bolígrafo, esbozaba garabatos sin sentido.

—Gisela, ¿qué te sucede? ¿Te encuentras mal? —No había otra explicación más que una grave enfermedad terminal que justificara la actitud de Gisela, pensó Nora.

La aludida levantó la cabeza para mirarla.

—No me pasa nada. Estoy perfectamente, solo un poco despistada.

—Inténtalo otra vez, esa respuesta no me sirve —animó con una mirada acusadora —. Decir *nada* y *perfectamente* es como no abrir la boca para responder.

Gisela miró a ambos lados para comprobar que no había nadie cerca que pudiera escucharla. Una vez que se quedó satisfecha, se dispuso a contarle en susurros, a pesar de que fuera innecesario porque, por no estar, no estaba ni la profesora encargada de la biblioteca a esa hora:

—Tengo un pequeño conflicto —expuso con aire inseguro, lo que despertó la curiosidad de Nora—. Hay una cosa que me gustaría hacer, pero el sentido común… y la lealtad me impiden seguir el impulso. ¿Qué crees que debería hacer? ¿Me dejo llevar o mejor me olvido de todo?

—¿De verdad pretendes que te dé un consejo sobre un tema que desconozco? —se maravilló la pelirroja. Si bien, tras el pequeño discurso en el que había hablado de lealtad, podía hacerse una idea de lo que su amiga estaba intentando decir, tenía toda la intención de que lo dijera en voz alta, más que nada para que se escuchara a sí misma. A ver si con ello conseguía que se dejara de sandeces.

—De acuerdo. Es posible que me guste un chico. —Se detuvo para ver la reacción de Nora, quien, para su sorpresa, no se lanzó a dar saltitos de alegría, sino que se limitó a sonreír con serenidad—. El problema es que todo ha ido demasiado rápido.

En esta ocasión, Nora no esperó a que Gisela la mirara para hablar, sino que se adelantó a su amiga.

—Tampoco es que sea el primer chico que te gusta… No le veo el problema —comentó Nora con intención de hacerla hablar.

—No, pero sí que es el primero que me gusta lo suficiente como para saltarme el plan. Y no tendría que suceder tan pronto.

—Tienes dieciocho años, yo no diría que es pronto. —Se guardó lo que realmente quería decir, preocupada porque pudiera volver a cerrarse en banda—. En cualquier caso, define *pronto*, porque para mí no tiene sentido.

—Es pronto porque es un imprevisto. No entra dentro del plan que tengo marcado —explicó Gisela—. Esto es algo que no me esperaba. Me ha descolocado y no sé cómo corregir el problema.

—Ahí es donde reside el fallo en tu plan. La vida no se puede organizar, Gisela. Suele ser bastante difícil dar con la persona correcta, muchos ni siquiera la encuentran en toda su vida. Así que, ¿qué más da que se haya adelantado un día, un mes, un año…? Lo absurdo sería perder la oportunidad por seguir un plan que está abocado al fracaso desde su inicio, y el tuyo, amiga mía, es una utopía.

—¿Me estás diciendo que debería seguir un impulso?

—Para nada. Tú no podrías hacer algo así ni borracha, si no mírate. Le estás dando vueltas a la posibilidad de dejar pasar al chico que te gusta solo porque ha aparecido antes de lo que esperabas… Esto ha dejado de ser un impulso, lo estás meditando desde todos los puntos.

—Tal vez tengas razón. Lo malo es que hay más… Mi conflicto es un poco más amplio, y no creo que te guste mucho lo que viene después —apuntó bajando la mirada hasta sus manos, posadas sobre la mesa.

—Para nada. Sea quien sea, voy a adorarle por conseguir tentarte —se rio—. Es todo un logro —dijo guiñándole un ojo.

—Sé que vas a adorarle, aunque no sea por la razón que crees. Puede que incluso ya le adores. La verdad es que no estoy segura respecto a eso…

Nora se guardó la sonrisa triunfal para sí misma, estaba a una palabra de conseguir lo que tanto había deseado para su amiga. Gisela estaba a punto de admitir que tenía sentimientos por Fran. Y ella sabía que Fran era la pareja perfecta para ella.

—¿Quién es? —su tono fue serio, no podía descubrirse a sí misma cuando tenía la victoria tan cerca.

—Es Fran —confesó la rubia sin dejar de mirarla a los ojos—. Me gusta Fran. Tu Fran.

Nora asintió en silencio. En esos momentos tenía que actuar como lo haría su hermana o Mateo. Bueno, quizás con un poco menos de dramatismo, pero la idea era esa. Tenía que clavarlo o Gisela encontraría extraña su reacción.

—Te confieso que no me lo esperaba —su tono no desvelaba nada—. ¿Has decidido contármelo en la biblioteca porque aquí no puedo gritar? —preguntó como si se sintiera dolida por el excesivo tacto de su amiga.

—Somos las únicas personas de la biblioteca. Dudo que nadie vaya a enterarse si lo haces —dijo poniendo los ojos en blanco—. ¿Estás enfadada? Porque entendería que lo estuvieras.

—No, claro que no estoy enfadada. Entiendo que te guste, ya sabes que a mí… Entiendo que te guste. Y sé que a él tú también le gustas. Eso se nota, y no olvides que le gustan las rubias.

—No estoy tan segura de eso —murmuró con algo que se parecía mucho a la derrota.

—Le gustas —zanjó Nora—. Y yo soy tu mejor amiga. Iba a tener que tomar una decisión sobre Fran y Pablo y esto ha terminado de declinar la balanza a favor de Pablo. Por mi parte, Fran es tuyo. Así que no seas idiota y manda a paseo ese plan tuyo para permanecer virgen hasta el matrimonio, y lánzate a por todas.

—Yo no voy a… —se quejó Gisela; no obstante, no llegó a terminar la frase al ver cómo su amiga se reía a carcajadas de ella.

Indignada, se dispuso a recoger sus apuntes para marcharse de allí cuanto antes. Acababa de confesarle su secreto más preciado, terminaba de rebajarse siendo egoísta y pensando solo en lo que ella quería, y su amiga, en lugar de enfadarse o gritarle, se dedicaba a reírse de sus convicciones y de sus temores.

—Gisela, no te vayas. Es que estoy tan contenta de que te hayas enamorado por fin.

Se detuvo con el estuche a medio camino de su mochila.

—¿Aunque te haya robado al novio? —la incredulidad teñía su rostro.

—Precisamente por eso. Nadie mejor que tú para robármelo.

Si su madre seguía pintando el mundo de color de rosa un segundo más, estaba dispuesta a bajarse en la primera parada que encontrara y la alejara de tanta perfección.

Marta estaba empezando a hartarse de escuchar a Belén hablar de lo maravilloso que era que su hija fuera a conocer a sus suegros, y de que tuviera un novio tan formal y

atento.

Una parte de ella comprendía la felicidad de su madre, no era un secreto que en el barrio tenía fama de ser un culo de mal asiento, pero de ahí a fijar la fecha de la boda había un largo trecho. Uno que ella no tenía pensado recorrer. ¡Nunca!

Hacía solo unos días se estaba planteando si su relación con Fer hacía aguas, si él era realmente esa persona que conseguiría hacerla cambiar, lograr que no se desilusionara con tanta rapidez… Y ahora sentía como si fuera a ahogarse entre nubes de satén blanco y raso.

—Si mamá sigue así, voy a morirme de un ataque de felicidad desmesurado —anunció Marta entrando en el dormitorio que compartía con su hermana mayor.

—¡Genial! —contestó Nora, quien apenas había escuchado una palabra de las quejas de su hermana.

—¿Genial? —preguntó mirándola con suspicacia—. ¡¿Qué clase de hermana eres?!

Nora estaba tumbada sobre su cama leyendo una revista que no casaba con ella. No se trataba de ningún magazine de cine o de algo relacionado con el séptimo arte, una de las pasiones de Nora, quien soñaba con escribir sus propios guiones, sino todo lo contrario. Estaba ojeando su *SúperPop*. «¿Estaría haciendo el test?», pensó Marta.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

—No. He descubierto que soy un genio, y he decidido darle un respiro a mi maravillosa mente —comentó levantando la revista para que viera a lo que se refería.

—¿Un genio? —preguntó para cerciorarse.

—Exactamente.

—Perfecto, genio. Pues dime cómo hago para que mamá vuelva a ser normal y deje de darme la lata con Fer y la dichosa comida familiar.

—Marta, te he dicho que soy un genio, no un mago —zanjó Nora con indignación, volviendo a retomar la lectura.

CAPÍTULO 30

«Yo no apostaría por eso»
(Nora)

Y como suele ser habitual, tras el jueves llegó el viernes, el día que todos habían estado esperando, aquel en que habían planeado ir a la bolera. Una velada que se aventuraba especial para todos, cada uno por sus propias razones personales: primer encuentro con los amigos de su chica, primera cita, planes de conquista, nuevos amigos…

No obstante, a pesar de ser una salida colectiva, como la idea había surgido de Pablo, recurrieron a él para que eligiera el local, sobre todo porque al parecer era el único que sabía dónde quedaba uno de esa condición. De ese modo habían llegado a New City Bowling, una bolera ambientada al más puro estilo años cincuenta, con paredes coloridas, publicidad de la época y dependientas con faldas abullonadas, calcetines tobilleros y zapatillas.

—Este sitio está genial —aprobó Mateo dando una vuelta sobre sí mismo para abarcarlo todo con la mirada.

Los demás corearon la afirmación mientras se acercaban al mostrador a por sus zapatos. La bolera disponía de su propio restaurante especializado en hamburguesas, por lo que habían decidido cenar allí mismo. Comenzarían con una partida para calentar motores y después se recargarían de energía para comenzar de nuevo.

Casi por inercia se fueron uniendo unos con otros para establecer charlas y comentar lo que estaban viendo. Nora no apartaba la mirada de Gisela, que revoloteaba tímidamente alrededor de Fran, sin llegar a decidirse a hablarle más allá de monosílabos.

Tras su charla con Gisela, la pelirroja había decidido mantenerse fiel a su mejor amiga y no contarle a Fran nada acerca de su confesión. Después de todo, gran parte del trabajo estaba hecho y ahora les correspondía a ellos terminar lo que quedaba, a saber: la parte más dulce de una relación… No obstante, no estaba de más dejar un ojo puesto en la pareja, no fuera que se estropeara algo en el último momento por la timidez de una o el celo del otro.

—¿Qué te parece la bolera? —preguntó Pablo a Nora con interés.

—Me gusta mucho. Es una pena que no hayamos podido venir solos. Si hubiera sabido cómo era, habría insistido en ello —dijo medio en broma medio en serio—. Nunca había estado en un sitio como este.

—Siempre podemos volver otro día. Tú y yo. Incluso puedo enseñarte mi lanzamiento secreto —dijo sonriendo al mismo tiempo con los labios y con sus brillantes ojos.

Nora sonrió encantada. El comentario era bastante esclarecedor. Pablo estaba interesado en volver a quedar con ella.

—Sería genial —aceptó devolviéndole la sonrisa.

Se acercaron al grupo y se unieron a la fila que esperaba por sus zapatos.

Finalmente, habían acudido diez amigos, lo que los obligó a dividirse en dos grupos para poder jugar todos. El grupo A lo integraban Nora, Pablo, Tania, Charlie y Mateo. En el B estaban Marta, Fer, Gisela, Fran y Josep.

Los primeros tiros fueron los más divertidos. Para realizar los lanzamientos algunos llegaron a emular a los contorsionistas profesionales, y es que prácticamente nadie sabía lanzar la bola sin que saliera desviada, y además estaba el tema del peso de estas. Dependiendo del color que tuvieran, eran más pesadas o menos.

La bola rosa era la más engañosa, porque a pesar de su color era más pesada que otras menos femeninas. Los hombres, no obstante, se abstuvieron de utilizarla y se dedicaron a hacerse los interesantes lanzando las que sus amigas no podían levantar.

—Nora, ¿qué te ha parecido Charlie? —preguntó Tania, aprovechando que estaban solas, ansiosa por conocer el veredicto de su amiga.

—Me parece que ahora comprendo por qué no querías presentárnoslo. ¡Es guapísimo!

—Lo sé. Pero es mucho más que eso. Es encantador, divertido e ingenioso.

—Entonces, no le dejes solo mucho tiempo —bromeó.

—Marta está ocupada con Fer —bromeó Tania.

—No seas mala —se rio Nora—, además, esto está lleno de lagartas —añadió siguiendo la broma.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Pero no te preocupes, se nota lo mucho que le gustas. Las lagartas no tienen nada que hacer.

Tania se encogió de hombros.

—Puede que le guste, pero no tanto como él me gusta a mí —confesó Tania con un puchero.

—Yo no apostaría por eso —dijo Nora girándose para mirarlo y comprobando así que Charlie apenas podía alejar los ojos de su amiga.

—¡Te lo dije! —se jactó al toparse con los ojos de Tania al darse la vuelta—. No te quita la mirada de encima. Seguramente para vigilar que no se te acerque nadie.

Le guiñó un ojo a Tania y sonriendo se encaminó a la cinta para alcanzar una bola con la que lanzar, como si no hubiera pasado nada.

Además de la pista de bolos, también había una zona a la izquierda de la entrada principal en la que se encontraban toda clase de máquinas recreativas, varios billares y futbolines.

Gisela se sentía estúpida intentando captar la atención de Fran. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que él pudiera estar interesado? A pesar de los poco sutiles esfuerzos de Nora por sentarlos juntos y por hacer que se acercaran, él parecía más interesado en hablar con Pablo de series de ciencia ficción que en coquetear con ella. Por su actitud parecía que la conexión que habían establecido el domingo anterior no hubiera sido más que pura imaginación suya, lo que la llevaba a mostrarse tímida y poco comunicativa.

Menos mal que había perdido en la primera ronda, pensó Gisela con alivio. Estar en la misma sala y ver cómo la ignoraba no era muy agradable que dijéramos.

Intentando hacer tiempo, se paseó por la sala recreativa. Al fondo estaban los billares y al otro extremo los futbolines, que estaban ocupados en ese momento por un grupo de chicos muy ruidoso. Huyendo de la gente, se acercó hasta los billares y se sentó en el lateral de uno de ellos mientras paseaba la mano por el tapete verde, pensando en cómo se iba a tomar Nora su absoluto fracaso. Su amiga nunca se daba por vencida. Nora era una luchadora incansable, mientras que ella…

—No sabía que jugaras al billar —comentó una voz conocida.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar jugando? —se dio cuenta de que su tono había sido demasiado frío, pero estaba tan nerviosa que no había calculado ni sus palabras ni su modo de exponerlas.

—He caído en la segunda ronda —explicó Fran poco afectado por haber perdido.

—Lo siento. No parecía que te fuera tan mal.

—Es cierto, pero al parecer me desapareció la suerte… Igual que tú. ¿Qué haces aquí tan sola? ¿No te da miedo que intenten ligar contigo?

Gisela estaba a punto de negarlo, sin embargo, en el momento en que abrió la boca, las palabras cambiaron en su mente y salieron disparadas por sus labios entreabiertos:

—Estoy esperando a algún contrincante que tenga el valor de desafiarme. —«¡Dios!», pensó Gisela. Eso había sonado muy bien. Si hasta había sido capaz de poner pose y todo mientras le retaba.

—No tengo muy claro si desafiarte va a ser una buena idea, pero estoy dispuesto a arriesgarme.

—¡Buena respuesta! —aceptó bajándose de un salto grácil del billar—. Ahora muéstrame lo que sabes hacer.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo?

—Absolutamente. —De nuevo una pose. Cada vez era más fácil ligar, se felicitó mentalmente.

Tras los primeros tiros, resultó que Fran no era tan mal jugador como Gisela había supuesto y que ella no era tan buena como había dado a entender.

—Creo que a este juego le falta motivación —apuntó Fran con una sonrisa calculadora—. Creo que ganarme no te supone un reto.

—¿Qué quieres decir?

—No estás desarrollando todo tu potencial porque no tienes nada que conquistar. Tal vez con la motivación adecuada… —Se calló para darle tiempo a que asimilara sus palabras. Sabía que Gisela era demasiado inteligente como para no darse cuenta de

hasta dónde quería llegar—. ¿Qué tal una apuesta? Si gano, saldrás conmigo mañana. Si pierdes, saldré contigo mañana.

La rubia se echó a reír, encantada por la propuesta. Al fin y al cabo, pasara lo que pasara, tendría una cita al día siguiente.

—O sea, que gane quien gane saldremos mañana. No es una apuesta muy justa.

—Tenía que intentarlo —se excusó Fran encogiéndose de hombros.

—De acuerdo. Si ganas, eliges tú dónde vamos, si gano, elijo yo. ¿Qué te parece mi propuesta? Es infinitamente más interesante —bromeó nerviosa y emocionada al mismo tiempo.

No cabía duda de que había sido una tonta al creer que no tenía ninguna posibilidad con Fran, después de todo la había seguido hasta allí y acababa de darle a entender que quería salir con ella sí o sí.

—Creo que, pase lo que pase, soy yo el que sale ganando. Pero de acuerdo, trato hecho —aceptó extendiendo la mano para que se la estrechara, algo que Gisela hizo y con ello el trato quedó sellado.

Comenzaron la partida los dos solos; no obstante, poco a poco fueron apareciendo los que iban quedando eliminados de la ronda de bolos. La siguiente en aparecer por allí fue Marta, quien se quedó completamente asombrada al ver el desparpajo que mostraba Gisela, que coqueteaba con mucha gracia con Fran, intentando que perdiera la concentración y fallara los tiros.

—Sé lo que quieres hacer —comentó este cuando su contrincante se acercó a él por detrás, justo cuando estaba a punto de darle a la bola blanca.

—No seas paranoico —se defendió sonriendo—. Solo quiero mirar.

—Gisela es demasiado legal para hacer trampas de ningún tipo —apoyó Marta, lo que le valió una sonrisa agradecida de la aludida.

—Dos preciosas mujeres contra mí, no sé si tener miedo o sentirme afortunado.

El siguiente en aparecer fue Mateo, que para sorpresa de todos se guardó los comentarios inadecuados y las pullas.

La partida finalizó cuando Fran metió la bola negra en la tronera equivocada, lo que le dio la victoria a una exultante Gisela.

—Cualquiera diría que has ganado algo —explotó Mateo, que se había callado durante demasiado tiempo.

—Lo he hecho.

—Cuenta, cuenta —pidió frotándose las manos mentalmente.

—Va a ser que no.

Marta se volvió para mirar alternativamente a Gisela y a Mateo. Y al ver la expresión victoriosa de la una y la frustrada del otro, estalló en carcajadas.

—Gisela, me gusta esta nueva versión de ti —le comentó a su amiga.

—A mí también —coincidió ella.

Tania estaba nerviosa, aunque no sabía muy bien cuál era el motivo. Cierto que era la primera vez que llevaba a Charlie con sus amigos, pero había congeniado

inmediatamente con ellos. Quizás su intranquilidad se debía a que, aunque el haberlo llevado implicaba que había algo más que una amistad entre ellos, hasta el momento no habían hablado sobre el tema. Además, su intimidad no había ido más allá de unos pocos, aunque maravillosos, besos.

Después del batacazo con Miguel tampoco estaba muy segura sobre comenzar una nueva relación con un chico; no obstante, sí estaba segura de algo: no quería que Charlie la viera únicamente como una amiga.

Se quedó allí sentada, meditando lo que le estaba sucediendo. No tenía ninguna gana de ir a ver la partida de billar que se estaba desarrollando en la otra sala y que, según Mateo, estaba tan interesante. Prefería quedarse allí y ver cómo Charlie se movía con la agilidad y la elegancia de un felino para lanzar la bola.

De todos los que había allí esa noche, Pablo y él eran los que mejor jugaban, se notaba a la legua que no era la primera vez que lo hacían.

Nora se sentó a su lado, demasiado intuitiva como para no darse cuenta de que algo iba mal.

—¿Estás bien?

—Sí. Genial —dijo con una sonrisa completamente falsa.

—Ya lo veo. Te ves estupendamente —se rio la pelirroja.

—De acuerdo, puede que esté un poquito preocupada.

—¿De verdad? No me había dado cuenta —apuntó con el sarcasmo que la caracterizaba—. ¿Por qué estamos preocupadas exactamente?

—No sé qué somos Charlie y yo. Y tampoco sé si quiero que seamos algo más que amigos. ¿Y si me emociono con él y luego me pasa lo mismo que con Miguel?

—Vamos por partes. Primer punto, está claro que sois algo más que amigos, solo hay que ver cómo os miráis; y segundo punto y más importante de todos, Charlie no es como Miguel, de hecho, es completamente opuesto a él, y no me refiero a su modo de vestir, sino al hecho de que haya conectado tanto con nosotros en tan poco tiempo. Miguel nunca llegó a hacerlo por completo, y Charlie lo ha conseguido en menos de quince minutos. Sé que eso no es garantía de nada, pero igualmente es importante.

—Nora, te toca —la llamó Pablo desde la pista.

—¡Voy! —dijo, y se giró para mirar a su amiga—. Piénsalo, y si no te queda claro algo sobre vosotros, se lo preguntas —y dicho eso, se marchó dejándola completamente alucinada.

¿Y qué narices tenía que preguntarle? ¿Si quería salir con ella?

Instintivamente le buscó con la mirada. Estaba hablando con Josep enseñándole el movimiento para que la bola rodara sobre sí misma e hiciera una parábola que barriera todos los bolos de izquierda a derecha.

Quizás, después de todo, tampoco fuera una locura querer saber en qué punto se encontraba, pensó. Se lo preguntaría, no tenía nada que perder. Aclararía sus dudas cuando la llevara a casa.

CAPÍTULO 31

«Siento haber sido tan desordenado en este punto.
¿Podrás perdonarme?»
(Charlie)

—No hacía falta que te desviaras tanto para acompañarme. Podría haber vuelto a casa con Fran —comentó Nora con naturalidad cuando al salir de la bolera Pablo se había bajado en la misma parada que ella, en lugar de esperarse a la siguiente, que era la suya.

El chico se detuvo y arqueó una ceja, entre divertido y desconcertado.

—No, no. No es por lo que piensas. Es que somos vecinos, Fran vive en mi finca, por eso me da clases de inglés.

—No te miro así por lo que estás pensando. Ya me lo explicaste y lo entiendo. Es solo que me sorprende que no te hayas dado cuenta de que se ha escapado con Gisela a otro vagón, seguramente con intención de acompañarla a casa —dijo con una sonrisa pícara que hacía que sus ojos azules se vieran más intensos.

Tras la partida de billar, la pareja no se había despegado durante el resto de la noche, pendientes el uno del otro. Ni siquiera había sido necesario que Nora hiciera ningún movimiento para propiciar un acercamiento. Ellos solos se habían apañado muy bien.

De repente, casi sin que se dieran cuenta, la salida en grupo había pasado a ser una serie de pequeñas citas englobadas en una más amplia.

Fran y Gisela se habían dedicado a hablar entre ellos, ajenos a todos los demás, y Nora, por su parte, había sucumbido a la burbuja en la que Pablo y ella habían pasado casi toda la noche, lo que le había impedido darse cuenta de las intenciones de Fran.

—Genial. No me he dado cuenta de nada —confesó avergonzada por haber estado tan pendiente de Pablo como para olvidarse de su mejor amiga.

—Creo que han quedado mañana. —Y añadió—: Lo que me recuerda que nosotros también lo hemos hecho. ¿Qué te parece pizza y cine? Va a ser difícil superar la bolera.

—Suena muy bien —aceptó Nora, deteniéndose frente a su portal, con el pulso disparado por la anticipación. ¿La besaría?—. Eso sí, la película la elijo yo.

—Me parece justo. ¿Paso mañana a recogerte a las ocho?

—Sí, pero no llames al timbre, mi madre anda como loca últimamente y te sometería a un tercer grado. Créeme, es mejor para nuestra paz mental que me hagas una llamada perdida para que baje yo.

Pablo sonrió divertido y asintió en silencio. Con una hija como Nora seguro que la madre también era digna de conocer. Aunque claro, podía esperar para ello.

—Buenas noches —se despidió acercándose para darle un beso en la mejilla, aunque, para su sorpresa y deleite, Nora decidió mostrarse audaz y giró la cara en el momento justo, por lo que en lugar de en su mejilla, donde la besó fue en los labios.

Y el beso rápido, que había pretendido darle, pasó a ser un beso en toda regla. Un beso que sorprendió a ambos.

En el instante en que sus labios se rozaron el ambiente cambió. Nora sintió el cuerpo de Pablo pegado al suyo cuando los brazos de este la rodearon y la presionaron contra él. Sus manos estaban calientes cuando sus dedos rozaron su nuca. Sintió cómo se le erizaba el vello…

Se separaron, aunque los dos tuvieran ganas de perpetuar el beso.

—Hasta mañana, Nora. ¡Que descanses! —se despidió Pablo, con la respiración todavía irregular y los ojos brillantes.

—Buenas noches —respondió, consciente de que iba a ser incapaz de formar una frase más larga.

La noche había sido un éxito para todos. Lo habían pasado estupendamente, habían cumplido objetivos, y era posible que algún que otro sueño también se hiciera realidad. O al menos eso era lo que Tania esperaba mientras iba agarrada a Charlie, que conducía su moto entre el escaso tráfico de la madrugada.

Había acordado con Nora que hablaría abiertamente con él y definiría de una vez la relación que los unía, lo que justificaba que estuviera tan nerviosa. No tanto por tener que hablar con él, ya que desde el primer momento habían sido capaces de abordar cualquier tema por vergonzoso que fuera, sino por la posible respuesta de Charlie a su pregunta.

Se subió la visera y dejó que el aire le diera en la cara, pensando que quizás el viento lograra desembotarle la mente.

—¿Estás bien? —preguntó Charlie, que había notado su movimiento.

—Sí —respondió en el mismo tono alto que él había utilizado para que pudiera escucharle.

Charlie no respondió ni volvió a hablar. Y Tania, por su parte, se mantuvo inmóvil el resto del trayecto hasta su casa, sin querer alertarle de su intranquilidad.

Ya era difícil tener que dar el paso de aclarar en qué punto se encontraba su relación como para, además, demostrarle lo mucho que le importaba la respuesta.

Como siempre que la llevaba a casa, Charlie se detuvo frente al vado que había a dos puertas de su finca. Esperó a que ella bajara y finalmente lo hizo él con una agilidad y elegancia que dejaron a Tania boquiabierta. Después ató la moto, mientras ella esperaba pacientemente, y una vez que la Harley estuvo lo suficientemente segura, se pusieron a andar los escasos metros que los separaban de su casa.

—Tus amigos son estupendos —comentó Charlie, ajeno a las preocupaciones de Tania—. Lo he pasado muy bien esta noche. Sois un grupo muy divertido y acogedor.

—Sí, yo también lo he pasado bien.

—Llevas un par de horas un poco rara —especuló mirándola con los ojos entrecerrados—. ¿Te sucede algo?

No respondió, sino que se lanzó de pleno a descargar sus inseguridades.

—Nosotros siempre hemos podido hablar de cualquier cosa —apuntó. No era una pregunta, aun así Charlie respondió afirmativamente con la cabeza, sin dejar de observarla, intentando adivinar qué pasaba por su mente en ese momento—. Me gustaría comentarte algo que me tiene un poco… intranquila.

—Por supuesto —aceptó alzando las manos y posándolas sobre sus hombros—. No quiero que te sientas intranquila estando conmigo.

Un agradable estremecimiento recorrió el cuerpo de Tania. Charlie y ella se tocaban como si fueran pareja. Se tomaban de las manos, se enviaban mensajes durante todo el día… Incluso se habían besado. No obstante, eso no era garantía suficiente para ella. Necesitaba escuchar la palabra que lo delimitaba todo.

—Te parecerá una tontería, pero soy una persona muy ordenada. —Y aclaró para que no quedara ninguna duda—: En todos los aspectos de mi vida. Y para mí es un problema no saber… ¿qué somos?

—¿No sabes qué somos? —inquirió con cierto deje de humor en la voz.

Tania enrojeció violentamente, pero no se amilanó.

—Sé que somos amigos… Y me encanta ser tu amiga.

—¿Solo amigos? —pinchó él.

—No lo sé. Por eso te pregunto. ¿Qué crees tú?

Charlie se mantuvo en silencio. Seguramente buscando una respuesta que aclarara el asunto.

—Creo que esto ha sido culpa mía por no haber hecho las cosas bien desde el principio —dijo finalmente.

—No, no es culpa de nadie. Yo…

—Déjame arreglarlo, Tania. Está claro que lo que hace falta es solucionar este pequeño malentendido para que todo quede lo más ordenado posible.

Ante tales palabras, el corazón de Tania comenzó a bombear a máxima potencia.

¡Había metido la pata! ¿Cómo podía ser tan absurda? Ahora Charlie le iba a decir que no quería que fueran más amigos porque ella era incapaz de ser su amiga y nada más. No tendría que haber sacado el tema…

—Charlie, no… —¿Qué se suponía que iba a decir? Se calló sin saber cómo arreglar el entuerto.

—Tania, ¿quieres salir conmigo? —preguntó con una sonrisa—. Permíteme que haga las cosas correctamente, pero hazme un favor y dime que sí.

Los temores desaparecieron instantáneamente y una sonrisa de felicidad y alivio asomó a sus labios.

—Sí —aceptó sin dejar de sonreír.

—Siento haber sido tan desordenado en este punto. ¿Podrás perdonarme? —bromeó un momento antes de impedirle protestar acallándola con un beso.

CAPÍTULO 32

«Ya sabes que soy un desastre guardando secretos,
y no es porque no tenga toda la intención de…»
(Marta)

Gisela no podía dormir. Y su insomnio no era consecuencia de toda la cafeína que había ingerido, sino que se debía al hecho de que se estaba saltando todo el programa largamente meditado y estudiado que componía su futuro.

A pesar de lo mal que comenzaron las cosas en la bolera, terminaron por enderezarse de modo que se había pasado toda la noche junto a Fran, y al día siguiente tendría su primera cita con él. Su primera cita con un chico, y estaba tan verde en esos temas que no tenía la más remota idea de cómo actuar sin parecer boba e ignorante. Y por si no contara con suficiente tensión, encima Fran era mayor y por lo tanto más experimentado y sofisticado, y ella solo era una brillante estudiante de segundo de bachillerato con un futuro programado que se tambaleaba frente a sus narices.

Cierto era que había visto muchas películas románticas y que había vivido de primera mano las relaciones de sus amigas, pero esa no era información suficiente para afrontar el día que le esperaba. Al fin y al cabo, en las películas, como en las novelas, todo aquello que separaba a los amantes terminaba por arreglarse en el último momento.

Si quería que su noche terminara de la misma manera, iba a tener que documentarse en condiciones, pensó, mientras daba otra vuelta en la cama. Por un lado, Tania era la opción más acertada, era la que más tiempo había mantenido una relación de pareja, discreta y amable; no obstante, su ruptura con Miguel la había dejado tocada y Gisela no quería que sus preguntas removieran la pena y el dolor por el abandono. Y es que, aunque ahora parecía encantada con Charlie, el hecho de que su novio la hubiera dejado por Chewbacca deprimiría a cualquiera. Y Gisela no quería arriesgarse y remover la herida sin estar segura de que había cicatrizado.

Por otro lado, Nora era la opción esperada. Era su mejor amiga, la persona con la que podía hablar de todo sin avergonzarse, a veces ni siquiera se hacía necesario que formulara la pregunta, Nora se anticipaba a ella y le ofrecía una respuesta. No obstante, su vida amorosa era tan desastrosa como la suya propia, lo que la hacía poco idónea para dar consejos.

Mateo estaba descartado, no porque fuera un hombre, sino porque era incapaz de tomarse nada en serio. Si intentara hablar con él, se limitaría a regañarla por haber

esperado tanto para salir con alguien y la conversación no llegaría al punto que ella deseaba abordar. Su incapacidad para la discreción era otro punto que tener en cuenta.

Por descarte, pues, quedaba Marta. La benjamina del grupo era lo suficientemente experimentada para darle consejos con autoridad, lo complicado del asunto era que no sabía cómo tocar el tema con ella sin que nadie se diera cuenta. Aunque eran amigas, no compartían excesivas confidencias, y verlas hablar a solas seguramente despertaría curiosidades.

Finalmente se quedó dormida repasando las posibles maneras de hablar con Marta y pedirle consejo de forma discreta y eficiente. Si los demás se enteraban, lo convertirían en un debate sobre qué hacer y qué no hacer en la primera cita. Discutirían a voz en grito, no estarían de acuerdo en nada, y ella se quedaría sin respuestas. Exactamente lo que más necesitaba.

Como era habitual cada sábado por la mañana, se reunieron en el salón de baile de Madame Silvia. No importaba que tuvieran que estudiar, que diluviara o que hiciera un sol abrasador, las dos horas semanales de baile eran una cita obligada para todo el grupo. Desde pequeños habían usado la danza para liberar tensiones y para dar rienda suelta a su creatividad. Comenzaron de preadolescentes emulando a sus ídolos, las Spice Girls, y habían seguido con ello a pesar del tiempo transcurrido y de que sus gustos musicales hubiesen ido evolucionando y cambiando.

Con la misma idea en mente de pedirle ayuda a Marta, Gisela aprovechó una pausa en la coreografía para acercarse a ella. Después de pasarse media noche en vela, había llegado a la conclusión de que lo mejor era hablar de frente con su amiga. Si se escondía, conseguiría que los demás sospecharan; por otro lado, Marta tenía un carácter muy especial y con ella lo más acertado era dejarse de tonterías y abordarla sin darle tiempo a reaccionar.

—Marta, tengo que hablar contigo de algo importante —susurró Gisela, que había seguido a su amiga como si ella también hubiera parado para beber agua.

Nora, Tania y Mateo seguían en medio de la sala repasando los pasos de baile, ya que a Tania no se le estaba dando bien el explosivo cambio de ritmo de la coreografía.

Marta abrió los ojos exageradamente para resaltar lo asombrada que estaba.

—¿Conmigo? Tú dirás…

—No, ahora no. ¿Puedes venir esta tarde a mi casa? Es algo… personal —dijo sin llegar a explicar nada más. Vio cómo Marta arqueaba una ceja y hasta podía percibir el funcionamiento de los engranajes de su cerebro intentando adivinar de qué quería hablar con ella.

—¿A qué hora quieres que vaya? He quedado con Fer.

—Cuando puedas… La verdad es que necesito ayuda con algo… Tengo una cita y no sé…

—Nada.

—Bueno, yo no diría *nada*. Algunas cosas sí que sé —contestó a la defensiva.

—Iré a tu casa sobre las cuatro. Tenemos mucho trabajo que hacer. ¿Tienes algo decente que ponerte? —inquirió dándole un repaso a su atuendo—. ¿Algo que no sea de la primera comunión?

—¡Muy graciosa! Aunque creo que tu definición de decente dista mucho de la mía.

La chica ni se inmutó por la pulla.

—Entonces, lo mejor será que vayamos de compras. Espérame a las cuatro en tu portal, iremos a un centro comercial y te vestiremos para una cita. ¿Dónde va a llevarte?

—A cenar a un italiano y después iremos a ver a uno de esos cómicos que habla solo y hace reír a la gente.

—Un monologuista —aclaró Marta—. Bueno, no es el mejor plan para ti. No tienes sentido del humor, pero tendrá que servir.

—Sí que tengo…

—En cualquier caso, que el plan sea un desastre no quiere decir que no puedas alegrarlo apareciendo supersexy.

—¿Cómo de sexy? —preguntó Gisela, que empezaba a replantearse si había sido una buena idea pedirle ayuda a Marta.

—¿De qué estáis hablando vosotras dos? —preguntó Mateo, acercándose para cotillear, intrigado por el secretismo que destilaba la conversación, a pesar de los intentos de Gisela por evitarlo.

—No seas paranoico. Me está ayudando con un paso que no me sale bien —explicó Marta.

Dejaron de hablar para no alertar a Mateo, que parecía a la búsqueda y captura de un buen chisme.

—¿Dónde vas a estas horas? —preguntó Nora a su hermana cuando la vio colgarse el bolso a las cuatro menos cuarto de la tarde.

—Yo… A comprarme una minifalda nueva para esta noche —improvisó.

—Voy contigo. Así miraré también algo para mí.

—No puedes.

—¿Por qué?

—De acuerdo. Te diré la verdad. Ya sabes que soy un desastre guardando secretos, y no es porque no tenga toda la intención de…

—¡Al grano! —la cortó Nora intrigada por lo que fuera a decirle su hermana.

—He quedado con Gisela para ir de compras y darle algunos consejos sobre citas.

—¿Tú? ¿Por qué te lo ha pedido a ti? —preguntó asombrada.

—Porque soy la experta en citas del grupo. Soy la que más liga y eso no puedes negarlo.

—Pero…, pero es mi mejor amiga —se quejó Nora.

—Que sea tu mejor amiga no significa que no sepa que soy más versada en el tema que tú.

—¿Versada o besada? —inquirió de mal humor.

—¡Cuánta chispa! Además, Gisela cree que te gusta su futuro novio. Es normal que no te haya pedido ayuda, eres la competencia. ¡Tengo que irme!

Nora no dijo nada. Se quedó allí parada en mitad del pasillo, pensando en que había llegado el momento de contarle la verdad a Gisela.

Eran las ocho en punto de la tarde cuando Fran llamó al timbre del portal para recogerla. La madre de Gisela se había empeñado en ver al chico con el que iba a salir, negándose a dejarla abandonar la casa si no lo hacía.

Se cuadró de hombros y respiró profundamente. No tenía motivos para estar nerviosa, se dijo, solo que sí que los tenía.

Hacía una hora que estaba arreglada y a la espera. Marta se había empeñado en maquillarla ella misma, y después de pasarse toda la tarde de compras con ella, era lo menos que podía hacer. La hermana de su mejor amiga se había portado maravillosamente con ella. A pesar de sus temores iniciales, Marta no la había obligado a probarse ninguna prenda que a ella no le gustara previamente. De hecho, desde un primer momento había optado por vaqueros ceñidos y no por una minifalda, como ella había temido.

—Un vaquero será la opción perfecta. Le pondremos el toque picante en el top —había dicho, al tiempo que pasaba perchas de ropa de un lado a otro de la barra del perchero.

—¿Cómo de picante?

—Nada que deba preocuparte. Fran sabe cómo vistes normalmente, así que nos mantendremos en esa línea, lo único que haremos será añadir un buen escote y comprarte un sujetador en condiciones.

Gisela agachó la cabeza para mirarse el pecho.

—No hay nada que hacer al respecto. Lo que ves es lo que hay —dijo encogiéndose de hombros con resignación—. A no ser que sepas hacer magia.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. Espera y verás.

—De acuerdo, pero que quede claro desde ahora que me niego a ponerme relleno —protestó la rubia.

Marta se rio sin disimulos.

—Es increíble que seas tan inocente. Nada de rellenos. Ahora hay sujetadores que los llevan incorporados y además hacen trucos que ni la varita mágica de Harry Potter —expuso sin dejar de reír.

Una vez que escogieron los vaqueros, de los que había que reconocerle el mérito a Marta, pues tenía un gusto excelente para la ropa, se pusieron manos a la obra para encontrar el jersey perfecto. Tras recorrer casi todas las tiendas del centro comercial, se toparon con la prenda que buscaban: de color turquesa con cuello barco, lo suficientemente ancho como para dejar a la vista el tirante del sujetador, de punto, suave, cálido y ceñido.

—Vas a estar increíble. Ni muy arreglada ni muy casual. ¡Perfecta! Eso sí, ponte tacones. La parte de los tacones no es negociable. Si te añades tus buenos diez

centímetros, te sentirás capaz de comerte el mundo.

—De acuerdo. ¿Algo más? —preguntó con cierto deje sarcástico—. Porque cuando esta mañana te dije que quería hablar contigo, no estaba pensando en que renovaras mi armario, sino en hablar contigo.

—No te pongas quisquillosa. ¡Pregunta!

Al tener vía libre, Gisela descargó todas sus dudas: ¿debía mostrarse interesada o quizás optar por hacerse la interesante?, ¿era obligado reírse de sus chistes?, ¿qué debía decir cuando se acabaran las conversaciones típicas?, ¿tenía que besarle al despedirse?, ¿tomaba la iniciativa o se lo dejaba a él? La lista de dudas era tan larga como lo eran sus ganas de estar con Fran. Interminables.

Las explicaciones de Marta en lugar de orientarla lograron que se sintiera más perdida. La máxima de su amiga fue clara y poco esclarecedora: ¡haz lo que te apetezca!

—Gisela, cariño. Han venido a recogerte —anunció su madre asomando la cabeza por su cuarto—. ¡Estás preciosa!

—Gracias, mamá. Ahora mismo salgo.

—Tómate tu tiempo. Tu padre y yo tenemos que comprobar que no es ningún psicópata en potencia —bromeó, aunque Gisela sabía que había una parte de verdad en el comentario.

—No te preocupes. Es vecino de Nora, sé dónde vive.

—Entonces, podemos fiarnos —dijo riendo, al tiempo que sacaba la cabeza y cerraba la puerta.

Sonrió ante las ocurrencias de su madre, que en algunos aspectos era tan meticulosa y exagerada como ella misma, y se levantó de la cama, en la que se había sentado a esperar que llegara la hora. Iba a salir del dormitorio cuando sonó el móvil en su bolso. Al sacarlo se dio cuenta de que era un mensaje de Nora. Su mejor amiga le mandaba su apoyo y su cariño en forma de SMS:

«Eres fabulosa y Fran es demasiado listo como para no darse cuenta. Un beso, guapa.»

Salió de su dormitorio con el corazón latiéndole a toda máquina, sintiéndose un poco culpable por no haber hablado con Nora en lugar de con Marta. De cualquier manera, ya estaba hecho. Al día siguiente la llamaría y se disculparía con ella. Hoy estaba guapísima. Era su primera cita e iba a disfrutar de ella sin temores ni restricciones. Por una noche se olvidaría de los planes y de las normas. «¡Puedo hacerlo! —se dijo—, lo único que tienes que hacer es acordarte de respirar regularmente. Lo demás está chupado.»

CAPÍTULO 33

«Bueno, tampoco ha sido tan difícil»
(Marta)

Gisela tuvo la satisfacción de ver la expresión de Fran al hacer su aparición en el salón, donde se había sentado con sus padres para esperarla. Sus ojos se quedaron clavados en ella y su boca esbozó una sonrisa que conseguía que le sudaran las manos y se le acelerara la respiración.

Fran llevaba unos pantalones color caqui y una camisa oscura que resaltaba el color de sus ojos. A Gisela le llamó la atención darse cuenta de lo atractivo que estaba cuando sonreía. Era como si su rostro se iluminara. Tragó saliva, nerviosa, y dio el último paso que le quedaba para plantarse delante de ellos.

—Estás guapísima —comentó él levantándose para acercarse hasta ella y darle dos castos besos en la mejilla. Al tenerlo tan cerca, el aroma de su colonia invadió sus fosas nasales, lo que despertó un agradable cosquilleo en su estómago.

—Gracias. ¿Nos vamos ya?

Fran asintió sin vocalizar. Gisela se tranquilizó un poco al darse cuenta de que no estaba tan sereno como había creído que estaría, al fin y al cabo, él era el experimentado.

Con la extrema educación que le caracterizaba, Fran se despidió de sus padres, que parecían encantados con él, y se dio la vuelta para esperar a que Gisela se pusiera a su lado, cediéndole el paso. Una vez que llegaron al portal, Fran se encaminó hasta un Ford Focus gris metalizado que había aparcado en la puerta.

—¿Tienes coche? —preguntó la rubia arqueando una ceja. La noche anterior había ido a la bolera en metro como todos los demás.

—Claro.

El detalle no debería haber sido tan importante, no obstante, lo fue. Resaltaba lo que Gisela ya sabía, que era mayor y más acostumbrado a las citas que ella. De nuevo volvieron las inseguridades que la habían empujado a preguntarle a Marta sobre relaciones. Como si se diera cuenta del cambio, Fran le abrió la puerta para que entrara y esperó hasta sentarse frente al volante para hablarle con mucha suavidad.

—¿Qué sucede, Gisela? Pareces incómoda conmigo. ¿Te has sentido obligada a salir esta noche conmigo por la apuesta que hicimos ayer durante la partida de billar?

—No, no… Me apetece mucho. Es que… es mi primera cita.

—También es mi primera cita —comentó él con naturalidad.

Gisela le miró con suspicacia, arrancándole una sonrisa.

—Es mi primera cita contigo. También estoy nervioso. Me gustas mucho y no quiero fastidiarla —confesó, borrando de un plumazo todo el temor de ella.

—Tú también me gustas mucho. Y también me preocupa fastidiarla —sonrió con timidez.

—Bueno, ya sabes que tengo debilidad por las rubias… —dijo bromeando.

—Sí, algo he oído… La verdad es que eso me tranquiliza —le siguió la broma, aunque era cierto que estaba más relajada que al principio.

—¡Genial! Entonces, lo mejor será que comencemos a pasarlo bien y nos olvidemos de lo demás —propuso arrancando el motor.

Nora estaba pendiente de su móvil, por mucho que disimulara consigo misma que no lo estaba. Había quedado con Pablo en que le haría una llamada perdida cuando llegara, y aunque faltaban unos minutos para la hora en que pasaría a recogerla, llevaba los últimos quince minutos sin despegar los ojos del teléfono.

De hecho, desde que su hermana le había contado que se iba de compras con Gisela, no había podido concentrarse en nada más. En lugar de preocuparse porque iba a salir con el chico que le gustaba, se sentía intranquila por haberle mentido a su amiga. Había pensado en llamarla y decirle la verdad, que a ella nunca le había gustado Fran y que desde el primer momento lo había encontrado perfecto para ella, pero el teléfono era demasiado impersonal y le preocupaba cuál podía ser la reacción de Gisela al enterarse de la verdad. No obstante, tenía que hacer algo, se dijo. Cogió el móvil, por enésima vez, y le mandó un mensaje a su mejor amiga. Si era cierto lo que suponía Marta y a Gisela le preocupaba que le gustara Fran, quizás unas pocas palabras servirían para que la rubia olvidara esa posibilidad y disfrutara de su primera cita con un chico.

Pulsó la tecla de enviar y suspiró aliviada. Únicamente para volver a sentir acelerarse su corazón unos segundos después, cuando el teléfono vibró en su mano con la tan esperada llamada de Pablo, que había pasado a un segundo plano casi sin darse cuenta.

Se levantó de un salto de la cama y salió corriendo hasta su armario. Ni siquiera había pensado en qué iba a ponerse y él ya estaba allí abajo, esperándola.

Tecleó un mensaje rápido diciéndole que ya bajaba al tiempo que se peleaba con los vaqueros mientras intentaba ponérselos. Menos mal que estaba recién duchada y llevaba el pelo perfecto. Se puso un poco de corrector de ojeras, sombra, máscara de pestañas negra, gloss en los labios, y salió disparada por la puerta. Regresó con la misma rapidez cuando se dio cuenta de que ni se había puesto perfume ni había cogido el bolso.

—¡Respira! —se dijo a sí misma—. No puedes ser débil, no puedes ser débil…

Esperarla le demostraría que no estaba tan desesperada como pudiera parecer, decidió, o quizás dejaría al descubierto que le hacía esperar para que no creyera que estaba desesperada… Lo que implicaba que realmente lo estaba…

—¡Ya basta! —se regañó. No podía dejarse llevar por su tendencia a cuestionarlo todo. Incluso sus propios pensamientos.

Salió del dormitorio con paso tranquilo y entró en el salón para despedirse de sus padres, que estaban viendo la televisión.

—¡Pásalo bien! —dijo Belén con una sonrisa—. ¡Estás preciosa!

Su padre asintió sin apartar la mirada de la película que estaban viendo.

Su madre no dijo nada más, pero Nora supo que estaba al tanto de que esa noche no era un sábado cualquiera para ella.

Después de un sábado fabuloso para todos, el domingo amaneció soleado y muy prometedor.

La noche anterior, Gisela y Fran habían descubierto que eran perfectos el uno para el otro, Pablo y Nora habían confirmado lo que ya sabían, que lo pasaban estupendamente juntos. Tania y Charlie habían tenido su primera cita desde que etiquetaron su relación, y Mateo había visto transcurrir la noche del sábado entre las cajas de refrescos y cerveza del almacén del Rules con Nico a su lado.

La única del grupo cuya noche no había sido perfecta fue Marta, que no dejaba de darle vueltas a la comida a la que tenía que asistir en casa de los padres de Fer.

De hecho, para ella el domingo amaneció nublado y con posibilidad de precipitaciones localmente fuertes.

Todavía no habían dado las diez cuando su madre entró en el dormitorio para despertarla, con cuidado de no molestar a Nora, que tuvo la suerte de poder dormir un poco más. Y por si eso no fuera suficiente castigo, prácticamente la llevó a rastras a la cocina para que desayunaran juntas y así pudieran hablar del día que les esperaba.

—¿Ya sabes qué vas a ponerte para causar buena impresión? —preguntó Belén, que, sin duda, tenía su propio modelo escogido para la ocasión.

—Mamá, apenas soy capaz de mantener los ojos abiertos. No lo sé.

—Bueno, cariño mío, tómate el café y decidimos juntas.

¡¿Cariño mío?! Marta ni siquiera se molestó en luchar una batalla que tenía perdida de antemano. Con resignación dejó caer la cabeza sobre la mesa, con la esperanza de que, si no protestaba, Belén la dejaría dormir un poco más, aunque fuera sobre el café con leche que tenía delante.

—Tú debes de ser Marta —dijo la madre de Fer al tiempo que le daba un repaso de arriba abajo.

Parecía poco conforme con su atuendo, lo que era raro, dado que lo había elegido otra madre, la suya. No tendría que haberse puesto falda por mucho que Belén insistiera en que tenía que dejar ver lo guapa que era, debería haber optado por algo más formal, o con un poco más de tela.

El padre de Fer, en cambio, parecía encantado con ella. Apartando a su mujer, se abrió paso y se presentó dándole dos besos en las mejillas.

—Hola, Marta, soy Fernando. Estamos encantados de conocerte. —Su sonrisa fue genuina y se parecía mucho a la de su hijo.

—Gracias —aceptó Marta, mordiéndose la lengua para no hacer ningún comentario sobre lo contenta que parecía Elvira, su encantadora suegra.

El resto de la comida transcurrió entre los comentarios impertinentes de Elvira y los intentos de su marido y de su hijo por arreglarlos.

Dos horas más tarde, las dos horas más largas que Marta recordaba haber vivido nunca, por fin escapaban de las afiladas garras de aquella víbora, ataviada con un vestido dos tallas más pequeño que su cuerpo.

—Bueno, tampoco ha sido tan difícil —comentó Marta más relajada ahora que estaba fuera de casa de su novio.

—Lo siento mucho, cariño. Mi madre es un poco… especial.

«¡Es una bruja! —pensó Marta—, de especial nada, llámalo por su nombre.» En cambio, solo dijo:

—Espera a conocer a la mía. ¡Te va a encantar! —La venganza era un plato que se servía frío y ella pensaba servírselo en una bandeja rosa con mantel de seda.

CAPÍTULO 34

«No puede haber sido tan malo»
(Tania)

—Menos mal que he podido escapar —comentó Marta a sus amigos cuando llegó a casa de Mateo.

Mientras estaba con Fer, había recibido un SMS citándola allí, y no había visto la hora para salir corriendo y poder desahogarse con sus amigos. El pobre Fer había comprendido que, tras conocer a su madre, su novia necesitaba un tiempo de reposo.

Y es que entre los nuevos amigos, los exámenes y mil cosas más, llevaban mucho tiempo sin reunirse los domingos y comentar la semana. Y ese día en concreto, con tantas citas que comentar, era imprescindible que quedaran todos y se pusieran al día. Además, todavía quedaba el asunto más importante de todos, que Nora le contara la verdad a Gisela sobre su intervención en su recién estrenado noviazgo con Fran.

—¿Tan mal te ha ido? —preguntó Nora observando a su hermana con intensidad.

—Peor.

—Cuenta, cuenta —dijo Tania, que desde el viernes habitaba en una nube.

—¡Después, Marta! —zanjó Mateo—. Hoy nos hemos reunido aquí para… —comenzó.

—Eso suena a boda —se quejó Gisela riendo.

—Tiene más posibilidades de acabar en divorcio, la verdad —apuntó Marta con su acostumbrada sinceridad brutal—. De ti depende.

Nora se encogió de preocupación ante lo que venía en esos momentos. Estaba a punto de soltarlo todo cuando llamaron a la puerta del dormitorio de Mateo, y antes de que alguien le diera permiso para entrar, la puerta se abrió y apareció la dueña de la casa con una sonrisa que recordaba muchísimo a la de su hijo.

—Hola, chicas, ¿queréis merendar? Que Mateo no os ha ofrecido nada —comentó cabeceando en dirección al pésimo anfitrión que era su hijo.

—Mamá, no seas cotilla. Cuando tengamos hambre, buscaremos comida en la nevera —se quejó levantándose de la cama para empujarla fuera del cuarto—. Ya no tenemos cinco años.

—Mateo, hijo, no es por cotilleo, es que estaba preocupada porque tuvierais hambre, que son más de las seis —se defendió la mujer.

—Seguro, mamá —aceptó con sarcasmo, cerrándole la puerta en las narices.

Las chicas, incómodas, miraban para todas partes menos a la madre y al hijo.

Cierto era que Rebeca, la madre de Mateo, era una réplica femenina de su hijo, redondeada, simpática, divertida y, sí, con ese puntillo cotilla que formaba parte de su encanto. Y es que a las chicas nunca les había importado que de vez en cuando se sentara con ellos y compartiera los chismes. Y a Mateo tampoco le había molestado tanto como para echar a su madre de allí. Debía de estar a punto de contar algo importante para que lo hubiera hecho, o quizás su noche no había sido tan fantástica como la de ellas y no quería que su madre se preocupara. No obstante, fuera lo que fuese lo que le empujó a echar a su madre, no dijo nada, se limitó a pedirle a Nora que hablara.

—Gisela, eres nuestra amiga y te queremos —apuntó Nora—. Recuérdalo mientras te cuento lo que te tengo que decir. Eso y que para nosotros tu felicidad es lo más importante.

—Estoy empezando a preocuparme.

—No lo hagas. Ya está hecho, y ha salido genial —comentó Mateo haciendo un gesto con la mano para restarle importancia al tema.

—No le eches la culpa a Nora, todos estuvimos de acuerdo con ella —apuntó Tania —. Y hemos participado de una u otra forma.

—Después de esto sí que estoy acongojada —apuntó Gisela.

—Bien, dicho esto, allá va: nunca me ha gustado Fran. Desde el primer momento en que lo vi, pensé que era perfecto para ti, pero como eres tan especial no podía presentártelo así sin más. De modo que organicé un encuentro, y resultó que a él le gustaste enseguida y yo pensé que seríais una pareja ideal.

Gisela lo escuchaba todo con la boca abierta por la sorpresa.

—Y lo sois, perfectos el uno para el otro. ¿Me perdonas por manipularte para que te gustara Fran?

—¿Me estás diciendo que no hay motivos para que siga sintiéndome culpable por robarte a Fran? ¿Que todo ha sido premeditado? ¿Que no tienes sentimientos por él?

—Básicamente, sí. Te está diciendo eso —corroboró Marta.

—De todo lo que te he dicho, ¿es eso lo que has sacado en claro? —preguntó Nora de mal humor. La culpabilidad estaba cediendo para dar paso al enfado.

—La parte más importante, Nora. No seas egoísta —dijo con seriedad. Después, sin previo aviso, se puso a reír. Y entonces fue el turno de sus amigos para abrir la boca con asombro.

—¿De verdad que no estás enfadada? —preguntó Nora por enésima vez.

—No estoy enfadada.

—Y tampoco estás enfadada con Fran —apuntó Nora de nuevo.

—Tampoco. En realidad, es halagador que alguien se tome tantas molestias por mí. Aunque, eso sí, como no me lo cuente en nuestra próxima cita, es hombre muerto. —Y añadió, mirando a su amiga directamente a los ojos—: Ni se te ocurra avisarle.

—¿Yo? Jamás haría eso —comentó fingiéndose ofendida, cuando en realidad se sentía aliviada y victoriosa.

Su plan había sido un éxito rotundo, y durante el proceso había conectado con Pablo, y lo que era más importante, por fin se había enamorado. La parte negativa le

había tocado a la pobre Tania, que había visto como su novio la dejaba por otra chica. No obstante, al final había salido ganando con el cambio al conocer a Charlie.

Mateo, que en un principio había sido reacio a colaborar con ella para que Fran y Gisela se hicieran novios, parecía ahora un devoto del amor. Conocer a Nico había ayudado a que perdiera parte de su cinismo. Ese que durante años hizo que le diera igual tirarle los tejos a una mujer o a un hombre, a pesar de que siempre tuvo claro lo que le gustaba. Y Marta…

—Marta, no nos has contado cómo te ha ido la comida. ¿No te ha llamado mamá para que la pongas al día?

—¿Estás de broma? Mamá lleva llamándome desde las cuatro y media. Lo que pasa es que no le he contestado para no hundir su castillo rosa, de fantasía. —Hizo una pausa deliberada en *rosa* para resaltar la palabra.

—No puede haber sido tan malo —intervino Tania conciliadora.

—Ya os lo he dicho, no ha sido tan malo, ha sido peor. La madre de Fer es una bruja.

—Bueno, cariño, casi nadie se lleva bien con su suegra —apuntó Mateo.

—Si todas las suegras son como Elvira, me lo creo.

—Todas no son brujas, mira mamá —apuntó Nora.

Marta la miró con incredulidad.

—¿Mamá? ¿La misma que me chantajeó para que hablara como ella quería? ¿La que lleva intentando casarme desde que supo que los padres de Fer me habían invitado a comer? ¿La que hace temblar el suelo cuando se enfada?

—Bueno, visto así… ¿Vas a invitar a Fer a cenar como te ha pedido mamá?

—Que no te quepa la menor duda —confirmó con una mirada calculadora, lo que le valió las risas de sus amigos.

CAPÍTULO 35

«Creo que deberíamos replantearnos las reglas del grupo»
(Nora)

Las siguientes semanas estuvieron repletas de noches en vela y exámenes. La temida selectividad cada vez estaba más cerca y los nervios más activos, la única que se libraba de ella era Marta, pero aun así sufría el mismo ataque de ansiedad por solidaridad con su hermana y sus amigos. Y es que todos sabían de la importancia que tenía la segunda evaluación para el resultado del curso, así que se aplicaron a estudiar y se pasaron los siguientes fines de semana en casa.

Lo único que los animaba era que cada vez estaban más cerca las vacaciones de Semana Santa, en las que habían decidido hacer una acampada en algún lugar cercano a la playa. Al menos una vez al año cogían las tiendas y los sacos y se iban unos días a convivir con la naturaleza. El problema era que las circunstancias habían cambiado para todos y ninguno estaba muy entusiasmado con la idea de dejar al novio en casa.

Fue Nora la que abordó el tema un sábado por la mañana en clase de baile. Llevaban mucho tiempo ensayando una coreografía nueva, pero esa mañana decidieron cambiar la música y con ello activaron nuevos comienzos.

—Creo que deberíamos replantearnos las reglas del grupo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gisela, a quien la idea de saltarse las reglas la ponía en alerta.

—Me refiero a la parte en la que los novios están vetados en las acampadas, las fiestas de pijamas y demás reuniones. Pronto tendremos vacaciones de Semana Santa y me gustaría poder estar con Pablo.

—Estoy de acuerdo con tu propuesta —apuntó Marta—. Deberíamos votar.

—Las votaciones solo se hacen cuando hay discrepancias —apuntó Mateo—. Tengo la sensación de que esta es la primera vez que todos vamos a estar de acuerdo.

—No me puedo creer que nadie se oponga —se maravilló Nora—. ¿Ni siquiera tú, Gisela? Este día pasará a la historia de nuestra amistad. ¡Que lo sepáis!

—Siempre me ha parecido un poco exagerada la norma, aunque entiendo que con el historial de Marta tuviéramos que ponerla —comentó la rubia intentando defenderse.

—¡Qué chistosa! Ahora que tiene novio ha encontrado su sentido del humor, por supuesto, a mi costa —se quejó Marta—. No entiendo por qué soy siempre la de los chistes —dijo haciendo un puchero perfectamente estudiado en el espejo de su cuarto de baño.

—Siempre ha tenido sentido del humor. No seas mala —la regañó su hermana.

—La defiendes porque te ha perdonado. Pero todos sabemos que Gisela nunca se ríe de los chistes.

—A lo mejor es porque son muy malos y no me hacen gracia —intervino la aludida.

Siguieron discutiendo por niñerías sin que llegara la sangre al río. Tanto el baile como sus pequeñas disputas eran primordiales para mantener al grupo unido. El baile era el pegamento que los había unido de niños, con el tiempo fue el cariño el que hacía de adhesivo.

Cualquiera que los viera desde fuera se sorprendería de que cinco personas tan diferentes entre sí fueran amigos durante tanto tiempo. Y en este caso, el término abarcaba todo el sentido de la palabra y mucho más. No solo se divertían juntos, sino que se entendían, se querían y se apoyaban cuando lo precisaban, la mayoría de las veces sin que fuera necesario pedirlo.

—¿Cómo creéis que seremos dentro de diez años? —preguntó Tania cuando se dejaron caer al suelo, agotados por el ejercicio y las riñas tontas—. ¿Estaremos juntos? —dejó caer la pregunta y cada uno de ellos se imaginó cómo sería con veintiocho años.

—Yo seré más guapo, atractivo y delgado de lo que soy ahora. Y vosotras me odiaréis por robaros a todos los chicos —expuso Mateo soñador—. A pesar de eso, me querréis mucho, porque no podéis vivir sin mí.

—Exactamente igual que ahora —le pinchó Marta.

—Gisela, en tu plan de vida, ¿ya estás casada a los veintiocho? ¿Cuántos hijos tienes ya? ¿Has pensado cómo vas a elegir el sexo? —volvió al ataque Marta.

—Me he deshecho del plan de vida. Después de saltarme un punto, no tenía sentido seguir con él. Pero como te veo interesada te diré que sí, quiero estar casada a los veintiocho. Me niego a llegar a los treinta sin marido.

—Mira que eres anticuada. —Nora seguía agradecida con su mejor amiga por haberse tomado tan bien su intervención, pero de ahí a callarse algo como eso… había un gran paso.

Gisela se estiró ofendida. Aunque tuvo el buen tino de no decir nada, consciente de que entonces todos opinarían y saldría perdiendo.

—¿Y tú, Tania? No has dicho nada —apuntó Nora.

—La verdad es que no lo había pensado hasta ahora. Me ha puesto melancólica bailar el «Wannabe». Ha pasado mucho tiempo desde la primera vez y me ha hecho pensar… Creo que lo único que puedo decir a ciencia cierta es que no viviré en casa de mis padres. Seguramente viva con mi novio y, si no tengo, con alguna amiga solterona cercana a los treinta, como yo —se burló haciendo referencia al comentario de Gisela.

—Parece que la que va a tener la mejor vida soy yo. Trabajaré de relaciones públicas de varias marcas importantes. Cada noche asistiré a un evento vip. No tendré un novio, tendré muchos. —Sonrió encantada al imaginárselo.

Mateo fue el primero en estallar en carcajadas. Las demás, mucho más discretas, intentaron ocultarlas. No obstante, acababan de hacer ejercicio, de segregar endorfinas, por lo que no tardaron en unirse a él. Al final hasta Marta se rio de sus sueños de grandeza.

¿Quién podía decirles dónde iban a estar pasados diez años? De hecho, ¿qué importancia podía tener dónde estuvieran? Lo importante, lo que realmente contaba era ¿con quién?

EPÍLOGO

«Si tuvieras algo interesante que contar,
habrías entrado gritándolo»
(Tania)

Nora no había cambiado mucho durante los años transcurridos. Seguía teniendo ideas descabelladas que terminaban por funcionar a pesar de que el sentido común dijera lo contrario. Seguía manteniendo las mismas amistades y el amor continuaba esquivándola. En los años transcurridos tras su ruptura con Pablo, el chico con el que más tiempo había salido, no había vuelto a relacionarse seriamente con ningún otro. De algún modo, su vida había cambiado poco en las cosas importantes.

De hecho, en esos momentos andaba enfrascada en su nueva locura: la organización de la despedida de soltera de la que seguía siendo su mejor amiga, Gisela. Un romance del que se jactaba de haber sido la artífice, y una despedida que era la peor de todas sus pésimas ideas, teniendo en cuenta que Gisela había dicho clara y expresamente que no deseaba tener ninguna. No obstante, una negativa nunca era suficiente para que Nora se echara atrás, más bien todo lo contrario. Y esa cualidad de darles la vuelta a los problemas le permitía seguir luchando por sus sueños en la vida y en el trabajo.

—No creo que a Gisela le guste mucho el disfraz que has elegido —aventuró Tania mientras observaba en la pantalla del ordenador el peludo disfraz—. Para ser sincera, dudo que consigas que se lo ponga.

—Entonces, no se lo pediremos —apuntó dando a la opción de comprar.

—¿Vas a atarla para ponérselo? —Tania se dio cuenta tarde de que le estaba dando ideas a su amiga. Ideas demasiado peligrosas.

—Es una opción —aceptó complacida cuando la web la informó de que el disfraz ya era suyo y que lo recibiría en ocho días—. ¿A qué hora has quedado con Mateo y con Marta?

—Hace media hora que deberían haber llegado, lo que no es raro en Marta, que siempre se retrasa, pero sí que lo es en Mateo, que se vanagloria de ser siempre el primero en llegar.

—Tal vez debería replantearse su puntualidad, en las citas da la sensación de que está desesperado —comentó Nora.

—Lo sé, pero no seré yo quien se lo diga —cortó Tania. Mateo era muy susceptible en ciertos temas y este era uno de ellos.

En ese preciso instante sonó el telefonillo del portal, y Nora abandonó su puesto frente al ordenador para ir a abrir la puerta.

Minutos después entraba en el salón un Mateo despeinado con cara sonriente y mejillas arreboladas.

Ni Nora ni Tania hicieron ningún comentario a su falta de puntualidad, sabedoras de que su amigo estaba como loco por contarles lo que fuera que le había impedido llegar a tiempo y hacer alarde de su precisión.

—¿Ninguna va a regañarme? ¿No vais a preguntar por qué llego tarde? —inquirió con un deje impaciente.

—Yo paso —dijo Nora conteniendo la risa.

—La verdad es que yo también. Si tuvieras algo interesante que contar, habrías entrado gritándolo —dijo Tania con la misma intención que Nora de sacarlo de quicio.

—¡Joder! Esperaba que me preguntarais. Ponedle un poquito de misterio al asunto… —Se calló unos segundos para ver si alguna se daba por aludida—. Venga, no hace falta que insistáis tanto, os lo diré, pero solo porque sois mis amigas y soy incapaz de guardar un secreto mucho tiempo. —Esperó a que ellas rebatieran lo de mucho tiempo, pero al no ver intenciones de nada se lanzó a soltar su bomba—: Allá va: he conocido a alguien.

—¡Qué sorpresa! —dijo Nora con sorna.

—Espera, espera —pidió Tania—, no nos lo digas. ¡Es el hombre de tu vida! —se guasearon las dos.

—Lo es. Esta vez es el definitivo. Lo sé aquí —dijo señalándose el pecho.

—¡Qué sorpresa que digas eso! —esta vez fue Nora quien lo dijo—. Jamás lo hubiera imaginado.

—¡Qué cursi, Mateo! No me lo esperaba de ti —se guaseó Tania.

—¡Envidiosas!

Tania iba a protestar, pero la detuvo el sonido del timbre.

—Será Marta. Ya abro yo. Seguro que ella me entiende mejor que vosotras —se ofreció Mateo.

—Será porque sois tal para cual —acusó Nora sin poder ocultar la sonrisa—. Con vosotros, el teatro ha perdido a dos grandes de la escena —siguió pinchando. No obstante, Mateo alzó la nariz y salió con dignidad.

En cuanto su amigo abandonó el salón, Nora y Tania se miraron significativamente. Mateo parecía tan convencido de que había conocido al hombre de su vida… El problema era que siempre parecía convencido. No obstante, sus convicciones no duraban más allá de un mes, dos si había suerte. Otro aspecto que compartía con Marta, quien seguía buscando a su número diez.

—Démosle el beneficio de la duda —pidió Tania con una sonrisa—. Alguna vez será la verdadera.

—¿No es exactamente eso lo que hacemos siempre? ¿Darle el beneficio de la duda?

—Parece ser que somos un grupo poco afortunado en el amor…

—A excepción de Gisela, y todo gracias a mi visión de futuro y a mi *savoir-faire* —sentenció Nora con orgullo.

—Creo que el mérito es de ellos por seguir juntos y enamorados después de tanto tiempo. La decisión de casarse ha sido suya, no te atribuyas también el mérito.

—Puede que tener pareja no sea lo mío, pero en encontrarlas para otras personas soy una experta. Además, no te olvides de que también fue idea mía lo de eliminar la regla de no llevar novios a las acampadas. Gracias a ello, Gisela perdió la virginidad y afianzó su relación con Fran —expuso con orgullo.

—No puedes afirmar que perdiera la virginidad entonces. Gisela siempre lo ha negado —apuntó Tania—. Así que es pura especulación.

—Claro, por eso salían esos sonidos tan característicos de su tienda de campaña. Lo ha negado porque es demasiado puritana para reconocer que no esperó más que unos pocos meses. —Y añadió con una sonrisa diabólica—: Se siente culpable.

—Si tú lo dices… —dijo dándole la razón para que no le diera más vueltas al tema. Después de todo, el que siguieran juntos y a punto de casarse era mérito propio, por mucho que Nora se indignara.

Nora miró a Tania con mala cara, pero ya no siguieron hablando porque en ese instante Marta entró en el salón, seguida por Mateo y por la misma cancioncilla del hombre ideal que acababa de venderles a las otras dos.

—Siempre dices lo mismo, Mateo. Ya no tienes credibilidad —fue la respuesta de Marta una vez que su mejor amigo terminó de hablar.

—Sois unas aguafiestas —se quejó teatralmente—. Cuando esté a punto de pasar por el juzgado con él, tendréis que arrastraros para que os perdone. ¡Mucho! Y aun así, me pensaré si lo hago.

Tanto Nora como Tania sonrieron ante el comentario. Acababa de conocerlo y ya estaba pensando en el matrimonio. No era de extrañar que se llevara tan bien con la benjamina del grupo, los dos tenían tendencia a dramatizar.

—Por fin vamos a lo que nos ha traído aquí: la fiesta. Casi tengo organizada la despedida de Gisela —anunció Nora al ver que, si se lo permitía, Mateo haría un monólogo sobre el poco apoyo emocional que recibía de sus amigas.

—No va a querer celebrarla —comentó Marta de pasada, que se había sentado frente al portátil de su hermana y tecleaba en Google a la caza de modelos masculinos en ropa interior—. Lo ha repetido hasta la saciedad. Lo que no entiendo es cómo tú no lo has oído —se burló.

—No se lo vamos a decir. ¡Vamos a secuestrarla!

Ninguno de ellos se inmutó ante tal confesión. Estaban demasiado acostumbrados a Nora como para que les sorprendiera alguna de sus locuras.

—¿Dónde vamos a celebrarla? —el tono de Marta indicaba que estaba más interesada en el ordenador que en la conversación.

—Nos vamos un fin de semana a Canarias. Contamos con Fran para llevar a cabo el secuestro.

—Canarias suena de maravilla. El buen tiempo hace que la gente lleve poca ropa… —La sonrisa ladina de Mateo no pasó desapercibida para las chicas.

—Menos mal que acabas de conocer al hombre de tu vida —le recriminó Marta.

—¿Y se puede saber quién ha dicho que solo puede haber un hombre de mi vida? —parecía genuinamente indignado—. Parece mentira que seáis mis amigas. ¡Con qué clase de mujeres me junto! —exclamó exagerando el gesto.

Nora sonrió discretamente. Tenía una vida estupenda y unos amigos sensacionales. Compartía piso con una de sus mejores amigas, Tania, y las dos estaban en una etapa de libertad emocional que les permitía disfrutar de todo sin atarse a nada. Puede que la suerte no les sonriera en el amor, pero había cosas más importantes de las que ocuparse. Había sobrevivido al amor, ahora tenía que sobrevivir a una despedida. Después, ya vería…

Fin

Cómo sobrevivir al amor
Olga Salar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Shutterstock

© Olga Salar Carrera, 2015
© Atlantis, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2015

ISBN: 978-84-08-14081-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.